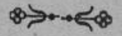
1

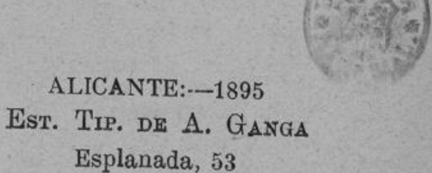
C. de Soto y Corro

R 57640

BIGAMO

Novela original





ALICANTE:—1895
EST. TIP. DE A. GANGA
Esplanada, 53

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

A mi querida sobrina

MARIA DE LA AURORA

A ti, angel mío, primer retoño de mi amada hermana que con grave peligro de su vida acaba de darte al mundo, dedico este trabajo de mi modesta inteligencia; cuando tengas discernimiento para leerlo comprenderás el objeto que en él me propongo, llamando la atención de los legisladores sobre uno de los delitos que obtienen más suave pena, y haciendo triunfar la virtud que alcanza siempre respeto y consideración en la tierra y santo premio en el cielo.

C. DE SOTO Y CORRO



© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

CAPITULO PRIMERO

En ferrocarril

Silbó la locomotora y el tren partió dejando tras sí espesa nube de humo.

Las numerosas personas que habían acudido á despedir á los viajeros, dieron el último adiós á sus amigos y deudos, y éstos, agitando sus pañuelos, no tardaron en desaparecer, perdiendo á su vez de vista el andén, la estación de San Bernardo, la alegre población hispalense, la pradera de San Sebastián, y, poco después, la famosa Giralda, los floridos recreos y los hermosos campos sevillanos.

La poderosa máquina de hierro, acrecentando su fuerza á impulso del vapor que alimentaba su seno, aumentó en velocidad y fué arrastrando en su vertiginosa carrera su larga cola de wagones que, á lo lejos, semejaban deslizarse por la tierra con el suave culebreo de la serpiente.

© Biblioteca Nacional de España

Era por el mes de Julio y el tren iba casi lleno de gente que, huyendo de aquel sofocante clima, se dirigía en busca de más fresco ambiente, ya que no á los puertos del Norte de España ó del lado allá de los Pirineos, hácia las costas del Oceano.

Girando una visita de inspección por todos los coches, veremos que en los de tercera predominaba la nota ruidosa de la confianza y la alegría, entre la risa, el dicho picante, la broma chistosa ó el sentido cantar, expresión fiel de las impresiones, del estado de ánimo ó de los sentimientos de los hijos de aquel país. En los de segunda clase se respiraba ya otra atmósfera, mezcla de medianía y desahogo, entre cursi y elegante, á juzgar por el aspecto de las distintas y también numerosas personas que ocupaban los asientos. No acontecía lo propio en los de primera, en los cuales las vanidades humanas, más que la comodidad, habían hecho menos prosélitos y caminaban con más desahogo los viajeros, envueltos en ese perfume de buen tono que dá la posición y el dinero.

En uno de estos coches, que ostentaba la tablilla de abonado, sentados muy cerca uno de otro, iban silenciosos y al parecer profundamente emocionados, dos viajeros de distintos sexos.

El frisaría aproximadamente en los cin-

© Biblioteca Nacional de España

cuenta años y era de estatura mediana, algo grueso, de color trigueño y facciones vulgares. Vestía, aunque sin elegancia, un rico traje de verano, gorra de seda obscura, guantes color nutria y, pendiente de una correa, una preciosa cartera de viaje, de piel de Rusia.

La joven, porque la compañera que iba á su lado era joven y bonita, rubia, con ojos negros, rasgados, avasalladores, nariz perfecta y boca regular con hermoso ornamento de perlas y corales, como diría un poeta, hallábase ataviada con más gusto que lujo, aunque con cierto aire de modestia, con un sencillo traje de satén gris plata y un lindo sombrero de paja calada con anchas alas y profusión de hojas y flores, sujeto al pelo con un valioso alfiler de brillantes.

Cualquiera, al ver á estos viajeros, los hubiera creído padre é hija, á juzgar por la diferencia de edad que mediaba entre ellos, pues la joven contaría á lo sumo veintidos años: pero muy distinto parentesco los enlazaba, porque un sacerdote habíalos unido aquella misma mañana con cadena indisoluble, ante la antorcha de Himeneo, y la luna de miel debía iluminar con sus fulgurantes y deleitosos reflejos aquel viaje de novios.

Mas no parecía suceder así, porque la joven esposa permanecía melancólica, conmovida y como absorta en tristes pensamien-

© Biblioteca Nacional de España

tos; sus ojos se hallaban nublados de lágrimas y profundos suspiros escapados de su pecho, delataban su pesar.

El marido, desde que se vió libre de importunas miradas, respirando con desahogo, con el más completo abandono y en el perfecto uso de su derecho, se había dejado caer lánguidamente sobre los almohadones, junto á su esposa, y enlazando su brazo derecho por el flexible talle de aquélla, mientras la estrechaba una mano con la suya izquierda, y la cubría de apasionados besos, quedóse fijo mirándola como embebecido en su dicha, con una especie de adoración, de arrobamiento.

Breves instantes, desde que partiera el tren, estuvieron los nuevos cónyuges en silencio, pues el feliz esposo lo rompió diciendo profundamente conmovido y con el más tierno acento á su compañera:

—Ya eres mi mujer, Salud mia, gracias al cielo y al poderoso amor que arde en mi pecho, he vencido los obstáculos que se oponían al logro de mi ventura, he conseguido interesar tu corazón de angel, he desvanecido tus infundados temores y ya puedo gozar sin trabas de la satisfacción de este momento que tanto anhelé, del placer de llamarme tu esposo, de saber que ya eres mia, sólo mía, porque á mí sólo perteneces y nadie podrá arrancarte de mis brazos... pero ¿lloras?...

© Biblioteca Nacional de España

¡ah, sí! llorarás de emoción, de dulce emoción, al tocar la realidad de nuestra ventura infinita, de nuestra unión santificada por las leyes divinas y humanas; yo también, conmovido, pero lleno de vigor como en los dias de mi pasada juventud, tiemblo y me extremezco de gozo en este feliz instante, al aspirar tu aliento que me embriaga, al sentir el calor de tu mano que enardece todas mis fibras, al llamarte ¡esposa mía! ¡esposa adorada!... pero ¿por qué callas? ¿por qué suspiras? ¡Oh! mírame y responde, Salud de mi vida!

—Tienes razón, Francisco, respondió al fin aquélla, yo no debo estar hoy triste, sino al contrario, alegre, satisfecha, orgullosa de ser tu mujer, la mujer de un hombre rico, generoso, inteligente, que me ama con delirio y que todo me lo ofrece gustoso; fortuna, reputación, cariño... á mi, de tan humilde cuna, de tan modesta condición, que no poseo más que un nombre honrado y una conciencia tranquila...

—Y un alma de angel, y un rostro hechicero, y un corazón de oro, que valen mucho más que todas las riquezas de la tierra,—exclamó aquél con entusiasmo, estrechándola contra su pecho.

—El beneficio tan grande que me haces y que haces á los mios, añadió la joven derramando nuevas lágrimas, me obliga á tí de tal modo, que no puedo menos de sentir en

© Biblioteca Nacional de España

el fondo de mi pecho inmensa gratitud, afecto infinito...

—¿Y por qué no amor? ¿amor ardiente, apasionado, enloquecedor, como el que yo siento por tí?

—Y bien, sí; yo te amaré; yo debo amarte como deseas y te prometo cariño, tanto como mereces por tus bondades conmigo; dijo Salud con un acento de dulzura y de resignación tales, que hubiera causado lástima á cualquier observador indiferente que hubiera podido penetrar en el fondo de aquellos dos corazones.

En este momento el tren se detuvo en la estación de Dos-Hermanas, y nuestros viajeros, descorriendo las cortinillas del coche, miraron agradablemente, sorprendidos el pintoresco panorama que ofrece á la vista del curioso pasajero, aquel lindo pueblo que aparece cual fantástica decoración, por entre el follaje que le sirve como de arco triunfal á su entrada.

Espesa y corpulenta arboleda, fértiles y extensas huertas y floridos jardines, engalanan aquellos lugares, brindando sombra, sabrosos productos y delicados aromas, á los fervientes adoradores de la fecunda y pródiga naturaleza.

© Biblioteca Nacional de España

CAPITULO SEGUNDO

Impresiones del viaje

Una de las mejores posesiones de Dos-Hermanas, acaso la más bella y suntuosa, es la Alquería del Pilar, perteneciente á una respetable persona muy conocida y estimada en los círculos literarios de Sevilla. Dicho propietario es un distinguido escritor, viudo de una no menos ilustre y laureada poetisa, de cuyo fallecimiento se ocupó no hace mucho la prensa con frases de verdadero pesar, pues su pérdida fué sensible y dolorosa para las letras, tanto como para el corazón del tierno compañero que la llora, y de sus deudos y admiradores de las virtudes y de los grandes méritos que la adornaban.

En tan delicioso retiro vivieron frecuentes y largas temporadas estos esposos, ella, aunque delicada de salud, dando forma á sus hermosas inspiraciones poéticas, y él, al cui-

© Biblioteca Nacional de España

dado de su dulce compañera y entretenido al par en el ejercicio intelectual de nuevas creaciones ó con el estudio de los valiosos volúmenes que guarda en su biblioteca.

Hoy también reside allí casi siempre el desconsolado viudo, pero ahora tristemente solo, entregado á los recuerdos de aquellos días felices, y ocupado en coleccionar las numerosas y notables producciones que dejó inéditas su digna esposa, para darlas todas á la publicidad.

Mas como no es nuestro ánimo ni conviene á nuestro propósito detenernos en este punto, saludemos al paso al insigne poeta con cuya amistad nos honramos, y sigamos adelante, puesto que el tren, tras la parada de reglamento, se ha puesto otra vez en marcha, y poco á poco adquiriendo nueva velocidad, vuelve á seguir con rapidez su camino, recorriendo en breve largas distancias y avanzando sobre las ricas tierras que riega y fecundiza el río Carbones, mientras vá dejando atrás con ligereza pasmosa los frondosos olivares que á un lado y otro de la vía férrea ocupan una gran extensión, cuyos numerosos olivos, á pesar de su solemne quietud, solamente interrumpida por el aire que mueve sus ramas y por los pájaros que se mecen en sus copas, al dulce son de sus trinos, parece que á la vista del viajero, puestos también en marcha, como extraño y uni-

© Biblioteca Nacional de España

forme ejército, corren á su vez al paso del mónstruo del siglo, en precipitada fuga.

Media hora á lo sumo, que transcurrió veloz, mientras el pensamiento fué distraido con la observación de aquellas imágenes que aparecían y desaparecían como por encanto, tardaríamos en descubrir las torres de Utrera, población importante desde que S. M. el Rey D. Alfonso XII (q. g. h.), en la visita que le hizo, se dignó honrarla con el título de ciudad, y desde que la empresa de ferrocarriles andaluces, por medio de nuevas líneas, la ha puesto en comunicación con varias importantes poblaciones.

Ocho ó diez minutos después nos alejábamos de aquella estación, sin que nada de particular aconteciera, y bien pronto hácia la derecha, no lejos de la vía, se destacaron las Alcantarillas que dan nombre á otra estación enclavada en aquel término, y poco más allá las ruinas de un caserío, del que se cuentan cosas curiosas por haber tenido lugar en él hechos fabulosos y sucesos de tal naturaleza, que la fantástica imaginación de los andaluces ha convertido en pasmosa leyenda, revistiendo de interés y de poesía, hasta las escenas más dramáticas y aterradoras.

¿Qué hijo del país, al pasar por allí, no extiende su brazo señalando hácia aquellos muros derruidos por la impericia del tiempo, y refiere á los ignorantes que aquella fué la

© Biblioteca Nacional de España

célebre y ya histórica Venta, junto á cuya chimenea, sobre el tejado, estuvo en cierta ocasión el desdichado D. Rufo sirviendo de vigía por orden de Diego Corriente, para que diese aviso al punto en que descubriese á lo lejos la diligencia que aguardaba para efectuar un importante robo, y otras muchas fechorías del famoso bandido?

En cada tramo de tierra por Andalucía, en cada cortijo, en cada dehesa, en cada choza por donde se pasa y en cada pueblo á donde se llega, hay siempre algo que recordar, alguna anécdota que referir y algún gracioso cuento que traer á la memoria con admirable oportunidad.

En el transcurso de una hora ó poco más, nos detuvimos haciendo breves paradas, en las tres estaciones llamadas las Cabezas, Lebrija y el Cuervo, que faltaban para llegar al término de nuestro viaje.

Desde que entramos por la provincia de Cadiz, la decoración campestre cambió mucho y muy especialmente después de atravesar las extensas llanuras de Caulina, donde celebra anualmente su hermosa féria de ganados la población contigua, y en cuyos terrenos se vé también el magnífico hipódromo que posee la distinguida sociedad de Sport jerezana, donde ejecutan, en la estación florida del año, brillantes carreras, los renombrados caballos de Guerrero, de Gar-

© Biblioteca Nacional de España

vey y de otros no menos famosos ganaderos, que han obtenido siempre señalados honores y triunfos, doquier han presentado y lucido en honrosa liza sus hermosos caballos jerezanos.

A un lado y otro del camino ofrecíase á la admiración de los viajeros, el rico explendor de la naturaleza que parece haberse recreado y complacido en dotar aquellas tierras con sus mayores privilegios, dándolas una fertilidad prodigiosa y vistiendo de un verdor incomparable las innúmeras cepas que bordan aquellos extensos viñedos y forman la riqueza agrícola é industrial del país.

La vista se extasía gozosa por aquella hermosa comarca que tan pródiga la hizo Dios en beneficio y en bellezas, y admira y recrea el ánimo el espectáculo de tantas casitas blancas y primorosas, como risueñas y engalanadas campesinas, que aquí y allá se divisan entre los pámpanos, rodeadas de flores y enredaderas; las saludables vides cuajadas de racimos aún no maduros, que contienen en su seno el zumo deleitoso que después de la vendimia exprimido y clasificado, queda convertido en licor dorado, aromático, gustoso, embriagador, tesoro imponderable de aquel suelo de Jesucristo; y los árbolee y los rosales que forman calle á la entrada de cada viña, oasis delicioso defendido no más que por un rústico portillo y circuído por

© Biblioteca Nacional de España

espeso y punzante vallado de pitas ó de chumberas cargados de higos de tuna, cuyo dulce y exquisito fruto cubierto de espinosa vestidura, sirve poco después de regalo al paladar y de sostén á muchos pobres que lo venden beneficiándose con el ínfimo producto que allí deja esta pequeña industria.

Absortos en tales contemplaciones, nos sorprendió el silbido de la locomotora anunciándonos que habíamos llegado al término de nuestro viaje.

En efecto, Jeréz de la Frontera, preciosa é importante población, tercera contribuyente de España, se destacó ante numerosos ojos como blanca deidad sobre lecho de esmeralda, desde cuyo regazo el niño ciego ensaya su eterna jugada contra incautos y prevenidos, mientras el blando murmullo del céfiro entre las frondas semeja el tierno cantar del viejo vate de Grecia, cuando ornado de pámpanos y rodeado de ninfas cubiertas no más que con guirnaldas de flores, entonaba entre suspiros y libaciones, sus amorosas y plácidas anacreónticas.

Estábamos ya en Jeréz, en la Jeréz tan renombrada por la riqueza de sus vinos, por su culto religioso, por sus mujeres hermosas; la Jeréz codiciada y tantas veces disputada á los valientes caballeros cristianos por los ambiciosos adoradores del falso Profeta; la que guarda en el seno de su caudaloso Gua-

© Biblioteca Nacional de España

dalete la más dolorosa página de la historia del último rey godo. Allí irguiéndose altiva cual si quisiera tocar con su frente la cumbre de la inmediata sierra de San Cristóbal, Jeréz, ostenta como alegre y cándida doncella, sus poderosos encantos, las elevadas torres de sus magníficos templos y la blancura nívea de sus edificios coronados de azoteas que más parecen jardines por su ornamento de macetas llenas de rosas, de claveles, de geráneos, de jazmines y de otras muchas flores que embalsaman con sus aromas el espacio. Allí pués, ante aquella población llena de atractivos, acabábamos de detenernos, y numerosas personas descendieron del tren ávidas de pisar el suelo jerezano y de llegar cada uno al objeto de su expedición.

También bajaron de su coche los nuevos esposos que conocimos al principio de este viaje, los cuales, apoyada la jóven con cierto aire de abatimiento y de tristeza en el brazo de su marido, cuyo semblante irradiaba de satisfacción, atravesaron por entre la gente el andén y dirigiéndose presurosos á un coche, después de colocar cuidadosamente en èl á su compañera y de tomar asiento á su lado, dijo el caballero al auriga.

Al Hotel de Xeréz, y el vehículo partió con rapidez entrando por la calle de Medina, y en dirección á la que ocupa la más elegante fonda jerezana.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

CAPITULO TERCERO

Retroceso

Preciso es, antes de seguir más adelante, poner á nuestros lectores en conocimiento de quienes son las personas que hemos presentado en el capítulo primero, porque éstas han de jugar un importante papel en nuestro libro y conviene por tanto dar de ellas los pormenores que estén á nuestro alcance.

Salud Gutiérrez era hija de una modesta familia de Sevilla, que habia pasado la mayor parte de su existencia trabajando en la honrada industria de la sastrería. D. Pedro Gutiérrez, que así se llamaba el padre, había logrado á fuerza de afanes y desvelos, reunir en su juventud algunos ahorros, con los cuales, distribuidos con el mayor órden y acierto, estableció un pequeño taller y se unió en matrimonio con una virtuosa jóven llamada Angela Martínez, que gustosa compartió

© Biblioteca Nacional de España

con él las fatigas y penalidades de la vida con una resignación, un cariño y una constancia admirables.

Fruto de este matrimonio fueron tres hijos, cuyo aumento de familia si bien acrecentó el santo gozo paterno, también hizo más penoso el estado pecuniario de la casa y más difícil la situación de todos, pues Angela dedicada al cuidado de aquellos y á los quehaceres domésticos, tuvo que retirarse del taller dejándolo á cargo de su marido y de dos oficialas que tenían; más de tal modo se resintió el negocio al faltar la parte activa que ella tomaba en los trabajos, que fué necesario introducir grandes economías, empezando por despedir á una de las muchachas, lo cual aumentó el conflicto, porque se hizo imposible de este modo dar exacto cumplimiento á los compromisos contraídos.

Al propio tiempo la difteria, esa traidora enfermedad azote de los niños con quienes se ensaña cruel ahogándolos como serpiente venenosa, penetró haciendo funestos estragos en el seno de aquella humilde familia y en menos de ocho días arrebató al amor de sus padres los dos hijos menores, y Angela inficionada, estuvo á punto de seguirlos, más la providencia tuvo piedad de aquellos seres y la enferma se salvó milagrosamente, librándose tambien del contagio

© Biblioteca Nacional de España

la hija mayor, Salud, que ya por esta época contaba nueve años.

Con todas estas desdichas que hicieron derramar abundantes lágrimas á los esposos, y la falta cada vez mayor de recursos, mal lo hubieran pasado á no ser por la enérgica disposición de Angela, que revistiéndose de valor en vista de la horrorosa miseria que les amenazaba, recurrió á visitar á muchas personas de su conocimiento anterior, las cuales compadecidas de sus desgracias, volvieron á suministrarle trabajo, y de este modo privándose hasta del necesario descanso del sueño, ambos esposos trabajando asíduamente sin más ayuda que la que les prestaba una pobre aprendiza, lograron poco á poco ir saliendo de deudas y vivir con menos dificultades, aunque siempre con estrechez y privaciones.

La niña, fué enviada al colegio de unos parroquianos á quienes pagaban la educación de aquella á cuenta de costura, y de este modo pudo adquirir Salud una mediana instrucción en e escaso término de tres años. Al cabo de dicho tiempo, juzgando ya los padres que la niña sabía lo suficiente para una mujer, la retiraron del colegio y la instalaron en el taller, con objeto según decían, de que aprendiese un medio de subsistencia para el porvenir, ya que no les era posible hacerla una señorita con más bri-

© Biblioteca Nacional de España

llante educación y ofrecerle esperanzas más lisongeras.

La tierna joven, dotada de las mejores cualidades, prudente, juiciosa, dispuesta, con gran inteligencia y sintiendo hácia sus padres el más entrañable cariño, asintió sumisa á cuanto le indicaron aquéllos y se dedicó gustosa á trabajar al lado de su madre, sin que jamás profiriese la menor queja ni demostrase el menor deseo de disfrutar como otras niñas, de las naturales espansiones propias de su edad.

Sin embargo, los dias de fiesta, D. Pedro, cumpliendo los preceptos religiosos, cerraba el taller, iba con su familia á misa y previniendo como escepción, algunas provisiones fiambres en vez del cocido ordinario, íbanse con la merienda, como ellos decían, á respirar al campo, y con el fin de que su amada hija corriera y disfrutase de la única diversión que le podían facilitar despues de una semana de trabajo y de privaciones.

Así transcurrieron los años, sin que nuevas contrariedades, ni progreso nuevo en su industria, viniese á alterar ni á modificar en modo alguno la situación siempre modesta de tan ejemplar familia.

Salud era ya una mujer de diez y ocho años, de regular estatura, bien conformada y de una gran belleza que la hacía más superior la singularidad de tener el pelo ru-

© Biblioteca Nacional de España

bio de un rubio color de oro, y los ojos negros de un negro solo comparable, aunque sea vulgar la comparación, con el carbón, materia combustible pronta á convertir en incendio el pecho de quien se atreviera á comunicarle el fuego de su mirada. Muchas veces su hermosura, su donaire, su candor y su gracia, á la vez que su natural modestia, habían cautivado la atención de las personas que como ellos, iban á pasear en los días festivos, ya por la puerta de Carmona, por el camino de la Venta Eritaña, por Torre Blanca ó por otros lugares no menos concurridos y agradables, por los contornos de Sevilla.

Un día, eligieron como punto de parada y por indicación de Salud, que gustaba de las alturas, una pequeña colina bordeada de florecillas silvestres, entre las que sobresalían el jaramago y multitud de margaritas blancas y de copetes amarillos que allí crecían arrogantes, fecundados por la frescura de un arroyo que como pequeño desahogo del Guadaira, que no distante se despeñaba en ruidosa cascada junto á un molino, cruzaba ligero al pié de la eminencia fertilizándola, cubriendo de un verdor inimitable el terreno y llenando el espacio de frescura y de fragancia.

En lo más alto de este montecillo, donde balanceaban sus ramas al soplo de un aire

© Biblioteca Nacional de España

suave, algunos árboles, fué donde la joven se detuvo con sus padres, respirando con deleite las brisas del río y mirando con infantil alegría el pintoresco panorama que descubrieron sus ojos.

Sentóse el matrimonio al pié de un frondoso árbol que los resguardaba de los ardientes rayos del sol, y tras unos momentos de descanso, doña Ángela estendió un blanco mantel sobre la yerba y comenzó á sacar de la cesta las viandas; una botella de vino, chuletas de carnero, pescado frito, aceitunas, queso, rábanos y naranjas, aperitivos estos últimos, que no habían de faltar nunca en las comidas de campo por ser los postres predilectos de D. Pedro.

© Biblioteca Nacional de España

CAPITULO CUARTO

En el campo

En tanto que la buena industriala preparaba su modesto banquete con el orden y el buen arreglo que solo comprenden bien las mujeres pobres acostumbradas á la economía, y las excelentes madres de familia que saben repartir á todos con admirable igualdad, dejando para sí la más pequeña porción, con la dulce expresión de la ternura en lós ojos y la hermosa satisfacción del deber cumplido, en el alma, sublime desinterés del cariño puro y grandioso sin mezcla de egoismo, del santo amor maternal; D. Pedro había cogido un manojo de rábanos y sacando una navajilla del fondo de la cesta, comenzó á rasparlos uno por uno, mientras observando á su cara mitad exclamó con el acento del hombre que se considera dichoso:

—¡Bendito sea Dios que nos dá salud y lo

© Biblioteca Nacional de España

indispensable en medio de tanta escasez, para que podamos disfrutar de este agradable esparcimiento siquiera una vez en la semana!

—Es verdad, gracias al Señor á quien con tanta fé pedimos, jamás nos ha faltado su divina providencia.

—Nuestra pobre hija, añadió aquel tornando la vista hacia el lado por donde esta se había dirigido cantando y á la cual vió arrancando de entre el cesped algunas amapolas que iba colocando con gracia entre sus cabellos; goza y se divierte con bien poca cosa; estos paseos son todo su encanto y los cree suficiente recompensa á su trabajo diario, y la verdad es que la pobrecilla pasa una vida tan llena de dificultades y con tan limitadas espansiones, que un día así parece que hasta la robustece y la dá fuerzas. Mírala, mira como corre alegre y colorada tras una mariposa intentando inutilmente aprisionarla entre sus dedos; parece una niña de diez años en lo sencilla y candorosa.

—Para mí siempre es niña, siempre la misma niña inocente, sumisa y cariñosa que nos concedió el cielo para nuestra ventura. ¡Y qué hermosa está! prosiguió la madre mirándola embelesada. ¡Qué bien le sientan aquellas flores rojas entre el color dorado de sus cabellos! Y ese vestido de percal

© Biblioteca Nacional de España

celeste que ha sabido hacerse ella misma con tan buen gusto, en algunos ratos robados al sueño, ¡qué distinción tan particular presta á su figura y cómo hace resaltar la nacarada blancura de su tez! ¡Es un angel! ¡No hay otra más habilidosa, ni más dispuesta ni más amante de sus padres ni más buena! y en su arrebato amoroso, dos lágrimas de infinita ternura, de suprema dicha, de entusiasta orgullo maternal, rodaron por las mejillas de aquella tierna madre.

Mientras los esposos proseguían su diálogo, dando en breve término á sus preparativos, Salud, desistiendo de perseguir á las mariposas, habíase decidido por reunir un ramillete de flores de las más lindas, y ya llevaba algunas en su mano izquierda, pero queriendo agregar al ramo algunas margaritas, descendió sin miedo por la pendiente del monte, más con tal ímpetu y ligereza corrió cuesta abajo que le fué imposible contenerse, y sin poderlo evitar fué á caer en el arroyo. La joven ahogó entre sus labios un grito temerosa de asustar á sus padres, y con los piés y el vestido mojados, intentó subir de nuevo cogiéndose á las matas más salientes de las floridas yerbas, pero en aquel momento varios jóvenes de aspecto distinguido, al parecer estudiantes, que cruzaban alegres por el camino en dirección tal vez de algún ventorro, viendo apa-

© Biblioteca Nacional de España

recer y desaparecer como una visión celeste á la encantadora joven al precipitarse desde lo alto de la colina al arroyo, corrieron en su auxilio, y uno de ellos tendiéndole las manos para ayudarla á salir de allí, díjole con galante y solícito acento:

—Agárrese usted à mí, apóyese usted bien, sin ningún temor; un esfuerzo más y ya está fuera; así; ¿se ha hecho usted daño, señorita?

—¡Oh, nó! gracias caballero; contestó Salud temblorosa aún por el sobresalto que sin darse cuenta acababa de experimentar, con el rostro encendido por el rubor y limpiándose con su pañuelo las heridas que se había hecho al intentar subir otra vez por donde había caído, agarrándose á las incultas plantas erizadas de ortigas y abrojos que sobresalían por aquel sitio y que punzaron la suave piel de sus manos.

—¡Tiene usted sangre en las manos! la dijo el mismo con solicitud.

—Sí; pero no es nada, se apresuró á responder la joven, repito á usted las gracias y voy más allá por donde es facil vadear el arroyo y hay una vereda para subir á donde están mis padres.

—Permítanos usted que la acompañemos hasta dejarla junto á aquellos; dijo entonces uno de los otros jóvenes que habían presenciado la escena.

© Biblioteca Nacional de España

—Sí, sí, acompañémosla, exclamaron todos deseosos quizá de proseguir más adelante tan imprevista aventura.

—No se molesten ustedes, se lo suplico, repuso ella con timidez.

Pero el ruego de la joven no fué bastante á hacer desistir á aquéllos de su propósito, y tuvo que resignarse á ir escoltada por los jóvenes.

Encamináronse, pues, todos, por el lado que había indicado Salud y ya se hallaban casi en lo más alto del monte, cuando vieron venir con presteza á D. Pedro que cuidadoso por la desaparición de su hija, corría en su busca, más al divisarla acompañada de varias personas, la miró al pronto con extrañeza, y luego sospechando que algo la habría sucedido, apresuró el paso hasta llegar junto á ella.

—¿Qué es esto, Salud? la interrogó, pero observando al momento el estado lastimoso de su vestido manchado de barro y roto, añadió con visibles muestras de inquietud. ¿Te has caído? ¿Te has lastimado? ¿Qué te has hecho, hija mía?

—No se alarme usted, padre mío, no es nada; tuve el imprudente capricho de querer coger algunas florecillas de las que hay al borde del arroyo y me resbalé... pero no me hice ningún daño, además, estos caballeros que pasaban casualmente tuvieron la bon-

© Biblioteca Nacional de España

dad de darme la mano para saltar fuera del arroyo y luego se han empeñado en acompañarme hasta aquí.

—Fué nuestro deber... balbuceó el que le había prestado su auxilio.

—Gracias, señores, muchas gracias, contestó D. Pedro reconocido y queriendo significar mejor su gratitud invitó, con su natural franqueza, á los jóvenes, á tomar un vaso de vino y á compartir con ellos su modesta merienda, pero éstos si bien aceptaron lo primero, no juzgaron oportuno acceder á lo segundo, y á poco se despidieron haciéndose mútuamente los cumplidos de buena educación y ofreciéndoles el sencillo industrial su casa.

Cuando el auxiliador de Salud, al que conoceremos en adelante con el nombre de Luis, se despidió de aquélla, díjole con voz apenas perceptible:

—Señorita, si me lo permite usted, iré á verla para enterarme de su salud.

La joven bajando la vista ruborizada ante la penetrante mirada de aquél, sólo se atrevió á balbucear:

—Cuando usted guste.

Unos momentos después, terminada la comida y ya disgustado el matrimonio por el incidente de la caída de Salud y sintiendo además doña Angela el estropeo del vestido nuevo que con tantas economías y traba-

© Biblioteca Nacional de España

jos se había podido hacer su amada hija, recogieron los sobrantes de las provisiones, que solían dar de limosna al primer mendigo que encontraban en el trayecto y se dirigieron hácia su casa.

La joven, muy impresionada todavía por el percance ocurrido, por la galantería de aquellos jóvenes y más singularmente por el recuerdo de la ardiente mirada de su favorecedor, que había quedado impresa en su alma, estuvo pensativa y preocupada durante el resto de la tarde, y aquella noche apenas pudo conciliar el sueño.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO QUINTO

Luis de Salazar

Dos días después, Luís, se presentó solo en casa de nuestros conocidos, con el objeto de saludarlos, aprovechando el ofrecimiento del honrado industrial, y deseoso de saber si la joven había descansado ya de la impresión y de las molestias que le ocasionara la caída. D. Pedro lo recibió afectuoso, y complacido por la fina atención del joven, no tuvo inconveniente en hacerle pasar á la habitación donde trabajaban su mujer y su hija.

Esta, al verle, sintió como si una oleada de sangre hirviendo se agolpara á su cabeza y como si una corriente de aire perfumado llenara al mismo tiempo de gratos aromas su alma.

La mirada de Luis volvió á fijarse con insistencia, con profunda y singular expre-

© Biblioteca Nacional de España

sión, en el bello rostro de la joven, que se tiñó del color de la rosa, produciendo en su pecho desconocida y dulce emoción.

Se habló durante la visita de lo acaecido el día del campo y de cosas indiferentes, y pasada media hora, el joven, comedido y prudente, no juzgando oportuno prolongarla, se despidió manifestando el gusto que experimentaba al haber hecho conocimiento con tan amables personas y el placer que tendría en seguir cultivando su amistad.

Su fino porte, su instrucción y su simpática fisonomía, inspiraron desde luego confianza á los padres de Salud y no pusieron obstáculos al deseo de Luis, antes al contrario, aceptaron como un favor sus deferencias, pensando para sí que acaso les deparaba la suerte, en este inesperado amigo, un porvenir ventajoso para la hija querida á quien ellos solo podían ofrecer una existencia llena de privaciones.

Luis, pues, no hizo retardar su segunda visita, en la que estuvo más franco y espansivo, y poco á poco fué menudeándolas hasta el punto de pasar todas las veladas allí, al lado de Salud, mientras ésta y su madre cosían junto á un velador, logrando interesar fácilmente, con todo el fuego del primer amor, el corazón de la linda joven con quien no tardó en ponerse en inteligencia, con la aprobación de los padres á quienes sig-

© Biblioteca Nacional de España

nificó la profunda pasión que sintió desde el primer día por Salud, y sus propósitos de casarse con ella dentro de un breve término, cumplido el cual esperaba estar en condiciones para ofrecerle una posición.

Tales ofrecimientos fueron como es natural del agrado de todos, y á partir desde este instante, las cosas marcharon sin ninguna dificultad, creciendo en proporciones cada vez más, el intenso cariño que se profesaban los jóvenes quienes sostenían sus amorosas pláticas todos los días por tarde y noche en presencia de la excelente doña Angela.

Luis de Salazar era hijo de una distinguida familia rica en otro tiempo y hoy reducida, con la muerte de su padre y por los azares de la suerte, á una penosa medianía, por cuya sensible causa habían dejado la capital sevillana para ir á vivir con más economías á un pueblo de la provincia de Huelva, donde un pariente dueño de unas minas que representaban un crecido capital, les ofreciera casa y su protección para que el joven Luis terminara la carrera de medicina.

Este pariente, primo de la madre de Luis, había sufrido la inmensa pena de perder á su esposa y una hija de veinte años, de enfermedad del pecho, hereditaria en su familia, por lo cual temeroso de que la única

© Biblioteca Nacional de España

hija que le restaba, dos años menor que la otra, y de naturaleza también delicada, llevase igual camino, habíala rodeado de los mayores cuidados y comodidades, y procuraba con su estremado amor de padre evitarle todo género de disgustos.

María Pepa, este era el nombre de la hija, aunque de escaso mérito físico, reunía un conjunto agradable y el atractivo de un carácter alegre, acaso en demasía, pues acostumbrada á ver satisfechos á la más leve insinuación suya, todos sus gustos y deseos, no había tenido ocasión de sentir jamás ninguna de esas contrariedades ni desengaños que llevan forzosamente al espíritu de la mujer el disimulo ó el fingimiento.

Por esta razón sin duda no había ocultado á su buen padre el vivo interés que le inspiraba su primo Luis, quien por su parte no la había hablado nunca de amor y solo habíale demostrado el cariño puro y desinteresado de un hermano y una ilimitada confianza á la que se prestaba el carácter franco y expontáneo de ella y el genio dócil y agradecido de él.

Durante las vacaciones los primos pasaban los días reunidos, paseaban juntos, se contaban mútuamente sus impresiones y por las noches la joven le suplicaba siempre que fuese á darle lección de guitarra,

© Biblioteca Nacional de España

cuyo instrumento rasgueaba Luis con admirable destreza y donaire.

Cuando la apertura del nuevo curso obligaba al joven á acudir á las aulas universitarias, María Pepa quedaba triste y desconsolada, la sonrisa desaparecía de sus labios y pálido el semblante, languidecía como florecilla sin riego.

Su amante padre que sufría hondamente con la observación de estos efectos, juzgando un nuevo peligro para la delicada organización de la joven semejantes despedidas y ausencias del primo, concibió el proyecto de unirlos en matrimonio en cuanto terminase Luis su carrera. Espresó á la madre su propósito, que fué acogido con júbilo y agradecimiento por parte de aquélla, puesto que esta unión significaba riquezas para su hijo y bienestar para todos, y quedó convenido el enlace, aunque sin consultar al joven, para el año próximo, en cuya época finalizaba éste sus estudios.

Entre tanto Luis, ageno á los proyectos de su familia, disponía de su voluntad entregando su corazón, como sabemos, á la encantadora Salud Gutiérrez, deseoso de hacerla partícipe de su suerte, y formaba en sus amorosas pláticas con ella, los más lisonjeros planes para el porvenir.

Llegó por fin el día en que fué forzoso al enamorado joven separarse de su amada pa-

© Biblioteca Nacional de España

ra obtener la suspirada reválida y doctorarse en Madrid, último esfuerzo que era preciso hacer para llegar á la dicha deseada, más no se marchó Luis sin asegurar de nuevo á su novia y á los padres de ésta que á su regreso cumpliría sus promesas de casamiento.

Desde la corte escribió diariamente á Salud con todo el ardor de la pasión que sentía por ella dándole cuenta detallada de sus adelantos y contando siempre los días que le restaban para ser feliz.

Algún tiempo más de lo que pensaban, tuvo sin embargo, que demorar la realización de su ventura, pues aunque lleno por completo y satisfactoriamente el objeto de su estancia en Madrid, le fué preciso, en atención á su tío que así se lo suplicara, hacer oposición á la plaza titular del pueblo, que el joven ganó con facilidad.

Así lo comunicó á Salud, en su última apasionada carta, designándole á la vez el día de su salida para Andalucía y espresándole su sentimiento por no poder detenerse entonces en Sevilla algunas horas para verla, porque su tío le había manifestado por telegrama que lo esperaba en la estación de dicha capital para acompañarlo hasta el pueblo. Pero él se prometía hablar á su madre y á su tío de sus amores y arreglarlo

© Biblioteca Nacional de España

todo para no tardar en volver á su lado, y después... después... ¡cuántas felicidades gozarían unidos para siempre con el santo yugo!

Salud leyó conmovida más de veinte veces aquella última y espresiva carta, y su corazón palpitaba estremecido al considerar la dicha que iba á ser para ella, la ventura tan grande que experimentaría al unirse en eterno lazo con Luis su primero y único amor, con Luis tan bueno, tan cariñoso, tan desinteresado, que pudiendo por la nobleza de su abolengo y por sus propios méritos, aspirar á un matrimonio brillante con alguna señorita de más alta clase, la prefería á ella, humilde hija del pueblo, modesta hija de industriales que no podían ofrecerle otra dote que su virtud y su honradez.

¡Cuánto agradecimiento y cuánto amor encerraba el pecho de la joven para su tierno y generoso amante, y cómo había de espresárselo ella con dulces caricias, con solícitos cuidados, con santa abnegación y hasta con su propia vida, en caso necesario, cuando fuese su mujer!

Salud soñó indecibles delicias, bendecidos halagos, lisonjeras idealidades, y arrullada por tan fantásticas dichas, por tan encantadores delirios, durmió las primeras noches tranquila, esperando afanosa y confia-

© Biblioteca Nacional de España

da, la carta que debía llegar del pueblo de su amado anunciándole su vuelta y la próxima realización de todos aquellos bienes deseados.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO SEXTO

La carta

Pasaron seis días sin recibir noticias y la joven comenzó á inquietarse.

¿Qué causa tan poderosa podría impedir á Luis el escribirle algunas líneas? pensaba aquella preguntándose muchas veces. ¿No sabía él cuánto lo amaba y la intranquilidad y el disgusto que sentiría con tan extraña demora?

—Pero qué impaciente soy; solía contestarse á sí misma tratando de encontrar una disculpa á la conducta de aquél; estará ocupado arreglando sus asuntos para luego no tener que pensar más que en nuestra boda. Esperemos con calma. Y convenciéndose de lo inmotivado de sus quejas, aguardó más tiempo aparentando un sosiego y una quietud que en realidad no sentía.

A los quince días de silencio su corazón

© Biblioteca Nacional de España

no pudo más y se desbordó en suspiros y lágrimas hasta entonces comprimidos en su pecho.

Su buena madre, que venía observando la tristeza y el profundo malestar que sufría su hija y que tambien como ésta extrañaba la carencia de noticias de Luis, había comunicado á su esposo sus inquietudes, más sin sospechar siquiera ni uno ni otro, de la lealtad de aquél, ni de que fuese capaz de faltar á su promesa. En tal situación las cosas, creyó la madre prudente hablar del particular con su hija y pensar en dar alguna solución al asunto, á fin de salir de aquella incertidumbre y de encontrar lenitivo al pesar y desconsuelo de la pobre niña, la que por su parte no se había atrevido á decir hasta entonces nada á sus padres por no disgustarlos.

La conferencia entre madre é hija fué breve, pero espresiva y tierna por parte de la confiada joven que no pudo contener el llanto que derramó en el seno de su madre, aunque sin atreverse todavía á juzgar desfavorablemente del incomprensible mutismo de su futuro. Ambas convinieron en que solo una grave enfermedad podía imposibilitar á Luis de escribirla en tantos días, y quien sabe, se dijeron, si acaso el pobre, agobiado por alguna penosa dolencia, estaría á su vez sufriendo y lamentando el poco interés

© Biblioteca Nacional de España

de su amada por averiguar lo que le ocurría. Conformes las dos con esta idea decidióse Salud, por consejo de su madre, á dirigir al joven algunas líneas, preguntándole la causa de su silencio y manifestándole á la vez las mortales angustias que ella estaba padeciendo por no saber de él, temerosa de que se encontrase enfermo.

Tres días de insoportable martirio para la niña, pasaron todavía, pero á la mañana del cuarto el deseado cartero le entregó por fin una carta. Era la letra de Luis. La contestación anhelada. El corazón de la joven se agitó con estraña violencia, más sin detenerse un momento, ansiosa de salir de tan dolorosa agonía, rompió con mano convulsa el sobre, y sin ver apenas por entre el raudal que empañaba sus hermosos ojos, leyó lo que sigue:

«Salud de mi alma; temía escribirte, pero ya que es preciso, te diré la verdad por sensible que sea.

Razones de familia me obligan, contra toda mi voluntad, á contraer matrimonio con una prima cuyo padre es mi protector, á quien debo mi carrera, cuanto soy y hasta el bienestar de los míos. No debo negarme, y en el caso escepcional en que las circunstancias me han colocado, antes prefiero matar las ilusiones de ventura que soñé contigo, sacrificar mi felicidad eterna y los ar-

© Biblioteca Nacional de España

dores de este corazón que es solo tuyo, á pasar por ingrato y desagradecido.

Comprende, amada mía, lo anómalo de mi situación y compadéceme en vez de culparme.

Solo á tí amo y amaré mientras viva.

Acaso tú serás más dichosa que yo. Quiéralo el cielo y él te conceda la suerte que mereces por tus virtudes.

Adios, perdona á tu infortunado,

Luis.»

Cuando acabó de leer Salud, quedó inmóvil mirando la carta, sin decir una palabra, sin lanzar un suspiro, sin verter una lágrima. Tan fuerte, tan dolorosa fué la impresión que le produjo aquel golpe inesperado, tanto como cruel para su pecho sensible y confiado, que en los primeros momentos no pudo darse cuenta de lo que le pasaba, pero transcurridos unos instantes su imaginación fija con insistencia en el papel, comenzó á comprender toda la triste verdad de su desdicha, toda la inmensa estensión de la herida que se abría en su pecho, toda la horrible realidad del desengaño de que era víctima, y sin poder llorar, sintiendo una opresión terrible en la garganta, como si todas las lágrimas que no pudieron salir por sus ojos se hubiesen acumulado allí para ahogarla, lanzó un gemido sordo y cayó desva-

© Biblioteca Nacional de España

necida en el suelo al propio tiempo que su madre que la observaba con interés desde la pieza inmediata, corrió á ella presa de mortal angustia y levantándola en sus brazos la llevó trabajosamente hasta el lecho.

No tardó en acudir D. Pedro al llamamiento de su esposa y con los solícitos cuidados y las tiernas caricias de ambos, volvió pronto en sí la desventurada joven, quien calculando la ansiedad de aquéllos por conocer la causa de su repentina indisposición, indicó á su madre, con una seña, el fatal papel para que ella misma se enterase, y cerró los ojos esquivando sin duda el hablar ella ni una sola palabra del asunto.

La sorpresa, el pesar, la indignación que sintieron aquellos amantes padres al saber la resolución de Luis, fué tan profunda, tan inmensa, como grande é ilimitada había sido la tierna afección, la dulce confianza que les había inspirado aquel joven, y, ¡obrar de modo tan inicuo con la angelical Salud, con esta niña tan sencilla y candorosa, que no había cometido otro delito que amarle con todo su corazón y cifrar todas sus esperanzas del porvenir en aquel enlace que significaba para ella, el bien, la dicha, la ventura eterna!... En el concepto de aquéllos, la conducta de Luis era incalificable, no tenía disculpa, porque les había hecho formal promesa de casamiento con Salud, y esta pala-

© Biblioteca Nacional de España

bra debía haber sido sagrada para él. ¡Qué engaño, qué burla tan cruel había tenido la impiedad de hacer sufrir á la inocente niña!

Esta en cambio no dijo una palabra, no espresó ni una queja, ni un acento siquiera de reproche contra quien así acababa de clavar en su pecho el dardo agudo de la más indigna y mortificante decepción. Pero un frío interno, glacial, se había apoderado de todos sus miembros y temblorosa como la hoja agitada por el viento, se extremeció convulsiva, hasta que el ardor de la fiebre invadiendo su cerebro, la hizo caer en un sopor profundo y sostenido que duró largas horas, poniendo en gran cuidado á los tiernos autores de su existencia.

La joven luchó algunos días con aquel imprevisto ataque que puso en grave riesgo su vida, pero al fin pudo más su naturaleza joven y robusta y volvió á adquirir sus vigorosas fuerzas, aunque no la alegría ni la vivacidad de otras veces. En su bello rostro ahora lleno de trizteza, se podía observar la melancolía, la santa resignación del que sufre ocultamente y evita hacer á los demás partícipes de su pena.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO SÉPTIMO

El forastero

Pasaron algunos meses.

La primavera, con todos sus encantos, volvió á lucir, alegre y explendorosa, llena de color y de perfumes, y la capital de Andalucía regocijada y conmovida con el atractivo de sus renombradas fiestas de Semana Santa, que á la sazón celebraba con su acostumbrada devoción y con el lujo sin rival de su asombrosa riqueza, cobijada en su hospitalario seno una multitud inmensa de forasteros, entre los que se veían tipos extraños y originales de todos los paises de la tierra.

Doña Angela que aprovechaba todas las ocasiones propicias para distraer á su hija y que participaba á su vez del entusiasta fervor religioso de sus paisanos, hizo que aquélla vistiese su modesto y elegante traje de

© Biblioteca Nacional de España

merino negro y una de las dos mantillas de blonda que conservaba de su juventud, bordadas por ella misma, y vistiéndose también con sus mejores galas, salieron á ver el desfile de las cofradías. Invitadas por un lejano pariente, antiguo cordonero de la calle de Francos, quien les ofreciera para el caso el único balcón de que disponía, hácia allí se encaminaron llegando poco antes de la hora precisa.

El consabido pariente vivía solo con su mujer, ya de avanzada edad los dos. Habían sido dueños de una modesta fortuna ganada en sus mejores tiempos con el producto de su trabajo, pero reveses de la suerte los había reducido á la humilde posición en que vivían y no contaban, en la época á que nos referimos, más que con un mediano pasar y la casa donde vivían. No tenían hijos, pero sí varios sobrinos pobres que aspiraban á la herencia de su ya escaso capital, por lo que siempre se hallaban rodeados de aquellos que se esforzaban por aparentar la más tierna solicitud y el mayor interés por los ancianos tíos.

Uno de los sobrinos, camarero de una fonda, deseoso de captarse las simpatías de un rico huésped recien llegado de América, á cuyo servicio estaba, y de quien esperaba buena propina, se ofreció á llevarlo á casa del cordonero para que desde el balcón

© Biblioteca Nacional de España

viera cómodamente las procesiones que por allí pasaban.

Con el americano había llegado al hotel una señora joven y bien parecida, aunque de belleza un tanto problemática y ficticia, y todos, en los primeros momentos, creyeron fuese su mujer por la intimidad con que se trataban, creencia que aquel desvaneció diciendo que era su ahijada, huérfana de un pariente que al morir le nombró su albacea, y que la acompañaba con objeto de ponerla en posesión de su fortuna, cuya mayor parte radicaba en un pueblo de Castilla la Vieja.

Nadie tuvo interés al saber esto, en suponer otra cosa por más que la proximidad y la confianza con que vivían, diese lugar á los maliciosos á temerarias interpretaciones.

A esta señora estendióse también la invitación del amable camarero, pero el caballero rehusó por parte de ella pretestando que hallábase un poco enferma y necesitaba reposo, por cuya razón dejándola en la fonda, siguió él solo al criado hasta casa de los parientes de éste.

Allí, pues, se encontraba el forastero en afable conversación con los dueños de la casa, cuando Salud y su madre entraron y despues de saludar afectuosas á los viejos parientes y de dirigir á aquella persona á la

© Biblioteca Nacional de España

que veían por primera vez, un vulgar cumplido, ambas se instalaron en el balcón.

Por una casualidad la joven quedó colocada junto al desconocido, quien sorprendido por la singular belleza, la gracia angelical y el aire al par de bondad y de modestia que se descubría en la joven, no cesaba de mirarla y no tardó en entablar conversación con ella á propósito de las costumbres del país, de la magnificencia de las cofradías y de otras muchas cosas, en cuyas respuestas y observaciones estuvo Salud tan atinada y discreta que acabó de encantar á su interlocutor.

Cuando ya anochecido hubo terminado el desfile de la última procesión del Jueves Santo, y la estrecha calle se fué poco á poco despejando de la multitud que la invadiera, doña Angela y su hija se despidieron ofreciendo volver á la tarde siguiente con igual propósito, en virtud de la repetida oferta de su amable pariente.

El americano vivamente impresionado por la simpática figura y el dulce trato de la joven, permaneció algunos instantes más con el anciano á quien dirigió con marcado interés algunas preguntas acerca de aquella, y satisfecho sin duda de sus nuevos conocimientos marchó á su vez, no sin aceptar antes complacido la invitación del bondadoso industrial para que volviese al otro día.

© Biblioteca Nacional de España

El forastero tornó preocupado y pensativo á la fonda y sin disimular su emoción pidió con cierta reserva al camarero cuantas noticias pudiera darle referentes á la linda joven que acababa de conocer en casa del cordonero, sabiendo al fin, por boca del solícito servidor, cuanto deseaba, las bellas cualidades de la niña, su modesta posición, las dificultades con que vivía y hasta sus malogrados amores y su eterna melancolía por el desengaño sufrido.

El Viernes Santo acudió con anticipación D. Francisco Giménez, que así se llamaba el forastero, á casa del honrado comerciante.

Fueron también como habían prometido, doña Angela y su hija; y ya con más confianza el americano, se espresó en su conversación con tal franqueza y estuvo tan comunicativo con ambas, hablándoles de las tristezas que le ofrecía su viudez y de otros puntos de su vida, que logró hacerse simpático y hasta obtuvo de la madre el consentimiento para acompañarlas hasta su casa, al terminar el religioso espectáculo de las cofradías.

Estas pasaron una tras otra con sus sagradas insignias, sus encubiertos penitentes arrastrando la gran cola de sus túnicas y sosteniendo con una mano el encendido cirio apoyado en la cintura; su vistosa tro-

© Biblioteca Nacional de España

pa de soldados romanos y sus hermosos pasos tan grandes que rozaban por algunos sitios con los muros laterales de la angosta calle y llegaban casi á la altura de los balcones las esbeltas imágenes, esculturas valiosas de belleza sin igual, adornadas con un tesoro de ricas telas, con expléndidos bordados de oro y deslumbradora pedrería.

Pasó el Santo Entierro de Cristo, su cuerpo pálido y macerado, dentro de brillante y magnífica urna, con su gran acompañamiento de hermandades y de corporaciones civiles y militares, con su notable séquito de nazarenos y soldados y con sus preciosos coros de ángeles, arcángeles y serafines.

Pasó todo esto sin que el caballero cubano pudiera apenas fijarse ni darse cuenta de lo que pasaba, arrobado y embebecido como se encontraba al lado de aquella espiritual y hermosa joven que absorvía por completo su atención y cuya voz vibraba en sus oidos tan dulce y cadenciosa como nota desprendida de las misteriosas armonías del cielo.

Aquella noche logró D. Francisco ser presentado por la misma doña Angela al padre de Salud.

El honrado sastre cándido y confiado como siempre, juzgando por el exterior bondadoso, por la respetable edad y por el fino y campechano trato del americano que ha-

© Biblioteca Nacional de España

blaba con la mayor naturalidad de sus múltiples negocios y de las inmensas riquezas que poseía en Cuba, no tuvo inconveniente en ofrecerle su amistad y abrirle las puertas de su casa, considerándose favorecido y honrado con ello y á la vez con la esperanza de que acaso le fuese útil y provechosa su relación con aquel potentado.

Su ingénua expontaneidad facilitó al cubano los medios de introducirse aún más como pretendió desde el primer instante, en el hogar deesta modesta familia que tenía para él un poderoso atractivo, la simpatía y la gracia seductora de aquella joven tan linda como buena.

En sus primeras visitas se limitó solo á grangearse la confianza y el aprecio de todos, sosteniendo largas conversaciones con el padre, sobre sus intereses, y haciéndoles familiares confidencias acerca de cómo había aumentado la fortuna que su buen padre cimentó con su hábil experiencia en el comercio. A las señoras contóles pormenores de su vida, relativos principalmente á la dulce paz de que gozó en los años de su matrimonio, al dolor que le produjo la pérdida de su santa compañera, sin que le quedasen hijos que mitigaran con su amor tan honda pena, y á la triste soledad en que vivía sin tener en el mundo quien se interesase lealmente por él ni más familia que parientes

© Biblioteca Nacional de España

lejanos y una sobrina huérfana á la que en virtud de una solemne promesa hecha al padre de ésta, en su última hora, se encontraba en el deber de acompañarla hasta un pueblo de Castilla donde la cuitada poseía algunas tierras y parientes.

Con el motivo expresado, el americano se despidió á los pocos días, de sus nuevos amigos, para verificar la indicada expedición con su sobrina, manifestando el propósito de volver inmediatamente en cuanto la dejase en su destino.

Pagó con largueza los gastos de ambos en la fonda y prometiendo también á los dueños de ésta volver en breve término, regaló dos billetes de cien pesetas al solícito criado que tan á su gusto le había servido, y después de enviar el equipaje á la estación de Madrid, aquella misma tarde marchó en un coche con la huérfana.

No tardó en regresar como dejó dicho, solo, al poco tiempo, pues su viaje no duró más de quince días. Tomó otra vez posesión del mismo hospedaje, y al día siguiente presentóse de nuevo á los de Gutiérrez que lo recibieron con su acostumbrada afabilidad, oyendo conmovidos de boca de aquél la relación que les hizo acerca del objeto de su corta ausencia, manifestando el profundo sentimiento con que se había despedido quizá para siempre, de su joven parienta, y

© Biblioteca Nacional de España

á la vez la satisfacción que sentía por haber cumplido religiosamente el deseo de un moribundo.

Esta prueba de que albergaba en su pecho un corazón tierno y generoso, bastó á aquellos nobles seres para señalarle un preferente lugar en su afecto, el cual, por parte de uno y de otros, fué haciéndose cada día más espresivo y sincero, así como se hacía doblemente ardoroso y vivo el que en el alma del habanero naciera desde la hora feliz de su conocimiento con la joven Salud.

No participaba ésta sin embargo, de igual género de simpatía por aquel hombre, más la consideración que le dispensaron sus padres, la obligó desde luego á conducirse con él benévola y atenta.

De carácter á todas luces vehemente, don Francisco, no pudiendo disimular mucho tiempo lo que sentía, comenzó por tantear el terreno junto á la joven, con palabras embozadas y hasta confusas para los oidos de la casta niña, sin que surtieran efecto. Sea por la clase de intenciones que abrigara ó por la diferencia de los años que le separaban de aquélla, es lo cierto que no pareció decidido al principio á declarar francamente su pensamiento, sin duda temiendo una negativa, pero observando bien pronto que no adelantaría nada por tal camino, cambió de táctica y fuese derecho al padre.

© Biblioteca Nacional de España

Algo empezaba á adivinar ya D. Pedro, como antes lo comprendiera su mujer, acerca de los sentimientos amorosos que animaban á su buen amigo, y así pudieron confirmarlo cuando una tardé invitando éste á Gutiérrez á comer con él en la fonda, luego solos en su habitación, le confesó expontáneamente que se hallaba enamorado, loco de amor por su hija á la que deseaba hacer su esposa, si le concedía su mano, ofreciendo dotarla expléndidamente y hacer por ellos como un buen hijo, colocándolos en desahogada posición.

El excelente D. Pedro, viendo en todo aquello una gran suerte para su hija, una inmensa fortuna para todos, que de modo providencial se les ofrecía, quedó al pronto confuso y aturdido sin saber qué contestar, pero serenándose un poco y enterado por el solicitante de que la interesada aún no era sabedora de su deseo, aplazó su contestación hasta después de haber consultado la voluntad de aquélla.

© Biblioteca Nacional de España

CAPITULO OCTAVO

Situación penosa

Para Salud no era un secreto el amor que le profesaba el americano, pues con la perspicacia propia de la mujer, lo había adivinado desde el primer momento, y así no le causó extrañeza cuando su padre llamándola á parte, le comunicó la formal petición de D. Francisco.

La joven, sin titubear, contestó al autor de sus días, con la discreción y prudencia proverbiales de su buen juicio y de su claro entendimiento:

—Padre mío, ese caballero será una persona muy buena y muy digna de nuestra consideración y aprecio, pero debemos tener presente que no lo conocemos sino de poco tiempo y que carecemos en absoluto de antecedentes, porque no tenemos más noticias que las de su propia referencia. Además

© Biblioteca Nacional de España

de esto, yo no siento hácia él más afecto que el de una reciente y superficial amistad. No le amo, ni creo que le amaré jamás, ni sus riquezas pueden ser tampoco un incentivo para mí que solo apetezco la quietud y la santa modestia de nuestro pobre hogar. Preciso es desengañarlo, padre mío, pues yo de ningún modo debo aceptar una unión que aunque al parecer ventajosa en demasía para una muchacha de mi humilde clase, no satisface en manera alguna los sentimientos de mi corazón.

A tan razonadas palabras y juiciosas observaciones, nada opuso el padre que comprendió toda la fuerza y oportunidad de la argumentación de su hija, á la que nunca intentaría obligar á un matrimonio que no fuese de su agrado.

La negativa de la joven fué trasmitida al apasionado amante de modo que no lastimase su amor propio ni hiriese en manera alguna su esquisita susceptibilidad; pero éste no se dió por satisfecho ni pareció tampoco desistir de su empeño. Antes al contrario, la oposición de la niña, produjo en su alma un doloroso y terrible efecto. Acostumbrado á vencer todo género de dificultades con la poderosa palanca del dinero, no esperaba aquel obstáculo y menos aún tratándose de una joven pobre á quien había creído alucinar con su ponderada fortuna. La llama que

© Biblioteca Nacional de España

había prendido en su pecho ardió más viva desde aquel momento, y firme en su idea se propuso á fuerza de constancia, de pruebas y de méritos, ganar aquel corazón que se le negaba.

Aparentando una conformidad que no sentía, siguió frecuentando la casa de D. Pedro y el trato siempre dulce y afable de aquella buena familia, á la que de contínuo manifestaba su deseo de servir y protejer, y rogaba á aquél con frecuencia que lo ocupase y que dispusiera con entera confianz de él en cuanto pudiera serle util.

Esta ocasión llegó propicia para él y por desgracia para los de Gutiérrez.

Una mañana D. Pedro no pudo abandonar el lecho, tenía fiebre, mucha fiebre, y una tos seca y pertinaz que le desgarraba el pecho.

Alarmada la familia, avisó al médico y éste declaró que el enfermo se hallaba atacado de pulmonía, la cual se presentaba con síntomas graves, por lo que era preciso estar prevenidos á lo que pudiera suceder y emplear los mayores cuidados con el paciente.

El hondo pesar, la intensa amargura que se apoderó de los corazones de la esposa y de la hija, fueron inesplicables, y mucho más por las dificultades de la escasez con que tenían que luchar y por el temor de que

© Biblioteca Nacional de España

la muerte les arrebatara aquel ser tan querido, aquel mártir del trabajo que había sacrificado casi toda su vida al amor y al sostenimiento de su familia.

Hubo que abandonar el taller, dejando en suspenso la poca obra que había, para atender esclusivamente al enfermo.

La gravedad fué en aumento por desdicha, y al final del segundo septenario, era ya no solo dudosa su salvación, sino casi seguro un fin próximo y doloroso.

La pesadumbre, el desaliento y el desconsuelo màs cruel, reinaba en aquella casa, y la esperanza que hasta entonces había fortalecido y animado á aquellas criaturas, se iba ya desvaneciendo.

D. Francisco, más solícito que nunca, procuraba consolarlas y no se separaba apenas de la cabecera de don Pedro, y hasta poniendo en práctica los más delicados ardides suministraba lo necesario para las medicinas del enfermo.

El doctor observando las proporciones que tomaba el mal, pidió junta, y el americano buscó por su cuenta á los mejores médicos de Sevilla. Celebrada aquélla quedó de cabecera uno de los más famosos, que no desesperó de salvarlo, y la esperanza volvió á renacer en aquellos oprimidos corazones.

El auxilio de D. Francisco en esta ocasión fué providencial y milagroso, pues gracias

© Biblioteca Nacional de España

al ventajoso cambio de médico, á las costosas medicinas y á los cuidados esquisitos que, con el apoyo y la generosidad de tan buen amigo, prodigaron al enfermo, éste sintió alivio y paulatinamente se fué mejorando hasta quedar fuera de peligro.

Cuando entró en la convalecencia, cuando tanto don Pedro, como su mujer y su hija, que habían sufrido veinte días de tormento y de horrorosas angustias, viéndolo padecer y juzgándolo perdido para sus amantes pechos, pudieron darse cuenta del inmenso bien, del inestimable favor que les había prestado D. Francisco, la gratitud de aquéllas tres personas, no tuvo límites, pues sin tan oportunos y grandes beneficios, D. Pedro acaso hubiera dejado de existir y ellas sentirían entonces el más agudo de los dolores, el más sensible de los martirios, el golpe cruel de la más triste y mísera orfandad.

El americano comenzaba á ganar terreno en el afecto de aquellos sencillos séres agradecidos; así lo comprendió él y dispuesto á seguir adelante por igual camino, inquirió y pudo averiguar fácilmente por ellos mismos, ya en el seno de la confianza, y por lo que él propio observaba y descubría sin dificultad, puesto que aquella ingénua familia nada ocultaba, ni podía reservar á su constante investigación, que se hallaban amena-

© Biblioteca Nacional de España

zados de la más penosa miseria, y que hasta el dueño de la casa donde vivían, les había indicado, apenas se mejoró D. Pedro, la precisión de dejarla, en vista de lo imposible que sería para ellos pagar los alquileres y menos aún la deuda que tenían ya contraída de los últimos meses.

La situación se presentaba temible y asoladora.

Una idea, sin embargo, surgió en la imaginación de D. Francisco, idea que no tardó en poner por obra, sin duda con la intención de obligar más hácia él á aquella buena familia que tanta gratitud le debía ya por sus inmensos y repetidos favores.

© Biblioteca Nacional de España

CAPITULO NOVENO

Donativo expléndido

La convalecencia del enfermo fué lenta y penosa, y aunque ya casi bueno, había quedado en un estado tal de debilidad, que no le sería posible en mucho tiempo volver á ocuparse del trabajo ni de nada que pudieraperturbar el sosiego de que tanto necesitaba, su ya delicada naturaleza.

Esta inutilidad en que se hallaba para todo, la paralización de sus negocios, lo precario de su situación y la orden terminante del casero para que desalojara la casa en un breve término, aquella humilde morada donde había vivido y sufrido tantos años, apocaron su ánimo y le entristecieron de tal manera que, impotente hasta para contener su pesadumbre, con frecuencia sentía resbalar candentes lágrimas por sus megillas.

En esta disposición hallábase una noche,

© Biblioteca Nacional de España

lamentándose con su virtuosa mujer de la precisión de abandonar aquella casa dentro de pocos días en que cumplía tres meses sin pagar, y del trastorno y conflicto tan grande que era para ellos dicha mudanza, y D.ª Angela trataba en vano de persuadirle para que manifestara francamente su situación á D. Francisco, ya que tanto se ofrecía, á ver si éste quería facilitarle los medios estrictamente indispensables para salir de tan apurado trance, cuando el americano seguido de otro indivíduo alto, delgado, vestido de negro y con un rollo de papeles debajo del brazo, se presentó en la habitación.

Al aparecer como enviado por la providencia en tan singular momento, los dos esposos cobraron aliento y miraron al generoso amigo como único faro de esperanza en el naufragio de su azarosa existencia.

D. Francisco, revelando en su semblante la mayor satisfacción, como quien se dispone á dar una feliz nueva, sacó de su cartera tres papeles que entregó á don Pedro, el cual vió admirado que eran los recibos de los tres últimos meses que adeudaba de casa, y sin comprender apenas, interrogó con entrecortadas palabras á su amigo, qué significaba aquello.

—Pues significa, dijo Giménez después de echar una ojeada por la estancia, como sin-

© Biblioteca Nacional de España

tiendo la ausencia de alguien en tal instante;—que ya están abonados y no tiene usted que preocuparse más por eso. Además, tendrá la bondad de firmar este documento, añadió tomando el rollo de mano de su acompañante y poniéndolo ante los ojos de D. Pedro que parecía estupefacto;—y enseguida, el señor, que es el escribano D. Casto Mendoza, hará el favor de leerlo en presencia de toda la familia.

D.ª Angela, comprendiendo más prontamente que su esposo, algo de lo que se trataba, salió á prevenir á Salud y advertirla que hacía falta su presencia, no tardando ambas en comparecer.

Las grandes pupilas de la joven, lejos de animarse y de expresar alegría, con el augurio de un bien, adquirieron de pronto un doble tinte de profunda melancolía.

El pobre sastre, sin poder explicarse todavía lo que era aquello y obedeciendo como un autómata, sin hacer la menor objeción, ni desconfiar un solo instante de la clase de documento que fuera aquel, sin mirarlo apenas, firmó con tembloroso pulso y lo devolvió al enlutado escribano, quien calándose los lentes con brillante armazón de oro y tosiendo ceremonioso, comenzó su lectura con tono magistral y voz hueca y campanuda.

Aquella porción de pliegos de papel sellado, escritos con letra gorda y estendida, re-

© Biblioteca Nacional de España

presentaban nada menos que una escritura de venta de la casa donde se hallaban, por valor de cinco mil quinientos duros, á favor de D. Pedro Gutiérrez y de sus herederos.

Imposible sería describir con verdadero colorido, el asombro, la sorpresa, la admiración, y al propio tiempo la expresión de infinita gratitud que se pintó en los rostros de aquellas tres desdichadas criaturas de cuyos ojos caían abundantes y silenciosas lágrimas mientras duró la lectura, y cuyos labios se abrían como si no pudiesen contener la explosión de gracias que estaba á punto de estallar por entre ellos.

Cuando el circunspecto curial dió por terminada su misión é hizo entrega de la expresada escritura al nuevo dueño de la finca, agregando que D. Francisco Giménez, allí presente, había abonado ya en su nombre todos los gastos, la manifestación de reconocimiento por parte de los agraciados no tuvo límites, y lo mismo D. Pedro que D.ª Angela, estrecharon entre sus brazos á aquel incomparable y generoso hombre, que con tanto desprendimiento y bondad, como largueza, les traia la fortuna y les proporcionaba el descanso y la tranquilidad del espíritu tan necesarios al pobre convaleciente que no cesaba de llorar y de bendecir á su bienhechor.

La filantrópica acción del americano, que á cualquiera hubiera parecido rara ó desa-

© Biblioteca Nacional de España

tinada, no causó tanta extrañeza á los de Gutiérrez, porque conocían ya su desprendimiento para con ellos, habían visto la solicitud y cariño con que los atendiera durante la enfermedad de D. Pedro, y sabían además el profundo interés que sentía hácia la joven y su deseo de llamarla su esposa.

Por un impulso de delicadeza hubiera rechazado el padre de Salud aquel exagerado donativo, pero un momento de reflexión le hizo comprender que acaso hubiera parecido por su parte un rasgo de necio orgullo en el estado de pobreza en que se hallaban y un desaire injusto á quien con tan noble sentimiento los socorría librándolos de la miseria.

Una hora después, seguido de las bendiciones de aquella familia, marchó D. Francisco hácia la fonda, henchido de satisfacción, con el júbilo de que rebosaba su alma retratado en sus ojos y desplegando en sus labios una sonrisa que lo mismo pudiera ser de dulce ventura por el acto de caridad que acababa de ejercer, como de maliciosa intención por creer en vías de facil realización el plan que meditaba.

Aquella noche soñó como en la alegre juventud, mil quiméricas venturas, infinitas delicias é inagotables placeres, al lado de la mujer que amaba, por cuya posesión y cariño sería capaz de sacrificar, dada la vehe-

© Biblioteca Nacional de España

mencia de su corazón, no solo su fortuna, sino hasta lo que hubiera de más digno y sagrado para él. Su pasión cada día más arraigada y devoradora, llegaba ya á un límite en que le era de todo punto imposible seguir así, y había que dar al asunto una pronta y favorable solución. Sabía muy bien que ni por su edad, ni por su físico, despertaría nunca en el pecho de la joven un amor grande y profundo como el que él sentía por ella, y había tenido ocasión de saber también, que no la seducían ni deslumbraban las riquezas y que por tanto las dádivas no doblegarían jamás su inquebrantable virtud.

Estudiado bien el carácter de la juiciosa niña y conocido el único punto vulnerable de su corazón, el infinito cariño que sentía por sus padres, juzgó que el único medio para obligarla á sus designios matrimoniales, era favorecer á aquéllos colmándolos de beneficios, y de este modo hacerse dueño de su voluntad aunque fuese solo por gratitud, y no titubeó en poner en práctica su propósito que dió por resultado el triunfo completo de sus aspiraciones.

© Biblioteca Nacional de España

CAPITULO DIEZ

La boda

Un mes después de los sucesos que acabamos de referir, había cambiado totalmente de aspecto la casa del industrial.

Por disposición de D. Francisco, que envió albañiles y pintores, se le hicieron á la finca los reparos necesarios, quedando como nueva, é inmediatamente un tapicero y un mueblista se encargaron de decorarla decentemente, haciendo desaparecer los pobres y estropeados muebles de D. Pedro.

La casa era pequeña y pronto quedó cómodamente transformada y embellecida con toda esta reforma.

Componíase aquélla de dos piezas, cocina y patio, en la parte baja, y de otros dos pisos con tres habitaciones el primero, y dos piezas, además de otra cocina y una alegre azotea, el segundo. En este piso tenían su dormito-

© Biblioteca Nacional de España

rio los de Gutiérrez. Una gran sala baja con dos ventanas á la calle, ocupaba el taller de D. Pedro que no quiso dejar el obrador, á pesar de su favorable cambio de posición, lejos de eso procuró mejorarlo agregando algunos utensilios y géneros de que antes carecía, un buen oficial de sastre, inteligente en el corte, y dos oficialas más, quienes se ocupaban á la sazón en confeccionar dos trajes para D. Francisco. De este modo confiaba Gutiérrez, animado de las m-jores esperanzas, aumentar su parroquia y su prestigio en la profesión; esperanzas que tuvieron al fin digna y merecida recompensa, gracias á la honradez, actividad y exactitud del industrioso sastre, que con la salud y el providencial auxilio recibido, había recuperado el ánimo y las fuerzas para el trabajo.

El otro departamento bajo, junto á la cocina, servía de comedor y fué modestamente amueblado con aparador, sillas y mesa imitación de nogal.

El patio fué adornado con sillas y mecedoras de regilla, cuadros de historia y carteras de porcelana en las paredes, con finos plumeros de heno las unas y graciosas enredaderas las otras. Un hermoso plátano en el centro del patio, elevaba majestuoso sus anchas y verdes hojas dando sombra y frescura bajo el toldo de lona que impedía á su vez la entrada al sol que en aquella zona

© Biblioteca Nacional de España

derrama con luz de fuego sus ardores estivales. Cuatro macetones con frondosas aureolas y sobre pintados maceteros multitud de tiestos con flores, entre las que lucían sus pétalos de vivos colores los claveles y las rosas, las dalias y los geráneos, las azucenas, alelies y marimoñas, llenaban el ambiente de perfumes, y parecía, mirando desde la calle á través de la labrada cancela de hierro, que era aquel un nido precioso formado para el amor con todos los encantos de la poesía.

Salud, había accedido por fin á los consejos de sus padres que se consideraban, por tantos beneficios, obligados á su protector, y no creían prudente desechar tan buen partido, que haría á juicio de ellos, la felicidad de su hija y la unión de ésta con el americano estaba dispuesta para dentro de pocos días.

Con tal motivo, las habitaciones del principal se habían arreglado con mayor lujo para el futuro matrimonio, aun cuando don D. Francisco tenía el propósito, en cuanto se casara con la joven, de viajar, y no pensaba residir en Sevilla más que accidentalmente, durante algunas temporadas.

A una acreditada casa de la capital encargó un buen equipo para su amada y le regaló además aderezos y joyas de gran valor, que la modesta niña hubiera rehusado de

© Biblioteca Nacional de España

buena gana antes que verse unida con aquel hombre á quien no amaba ni por quien esperaba sentir nunca otro afecto que el de la gratitud y la amistad.

El dinero allana todas las dificultades y lo facilita todo bien pronto, cuando el deseo ayuda á la fortuna. La boda se verificó, pues, á despacho cerrado y con dispensa de amonestaciones, en casa de la novia, no asistiendo á la ceremonia más que los pocos y lejanos parientes de la familia, entre los que se hallaban el antiguo cordonero de la calle de Francos y su sobrino Daniel, el camarero, quienes sirvieron de testigos; el anciano cura de la parroquia y un amigo de la juventud de Gutiérrez, á cuyas personas atendió y obsequió D. Francisco, con su peculiar afabilidad y su acostumbrada largueza.

Los padres de la joven daban gracias á Dios por la suerte que deparaba á su hija con aquel enlace que prometía una existencia tranquila y feliz, llena de bienestar y de dichas para ella, puesto que D. Francisco la amaba con extremo y al par que riquezas, parecía reunir excelentes condiciones y un carácter dulce y bondadoso.

La novia lució durante el solemne acto del casamiento, un elegante traje negro de paño de Lyón, con blondas de Chantilly y velo de igual encage, prendido á la cintura

© Biblioteca Nacional de España

con un precioso ramo de azahar y magnífico aderezo de brillantes, con cuyas galas aparecía doblemente hermosa.

El americano también de negro, perfectamente vestido, la mirada radiante de felicidad, parecía rejuvenecido con la expresión de alegría que asomaba por sus ojos, al ver su dicha cumplida después de tantos afanes y dudas.

El rostro de su adorada por el contrario, no demostraba la menor impresión de júbilo, sino más bien el temor y la tristeza y un cierto tinte de resignación que la hacía más interesante y dábale el aspecto de una Virgen de los Dolores.

Cuando terminó la sagrada ceremonia, los de Gutiérrez abrazaron llorando á sus hijos. Salud vertió á su vez lágrimas desde el fondo de su corazón, al considerar que iba á alejarse de sus padres de quienes nunca se había separado, para vivir siempre al lado de un hombre que no le infundía ningún tierno afecto de esos que hacen más dulce y llevadera la vida, pero serenándose lo posible para no afligir màs á aquellos por quienes realizaba tan inmenso sacrificio, secó el llanto y fué en compañía de su amante madre á cambiar el vestido negro por uno gris para el viaje que aquella misma tarde emprenderían hácia la provincia de Cádiz.

La buena madre aprovechó aquellos mo-

© Biblioteca Nacional de España

mentos de dulce espansión con su hija, para aconsejarle y hacerle las prudentes observaciones propias del caso, advirtiéndole que no olvidara jamás el ejemplo de santa armonía, de amor y de virtud que había tenido en su casa, que obrara en todos sus actos con el buen juício con que se había conducido siempre, y que si alguna vez se encontraba en algún caso extraordinario que no supiese resolver por sí misma ó que la hiciera infeliz, que no dejase de ponerlo en su conocimiento y de aconsejarse con ella.

Así se lo prometió la joven dando rienda suelta, en los brazos de su madre, á la pesadumbre que la ahogaba.

Entre tanto D. Francisco recibía las felicitaciones de las personas allí reunidas y daba sus órdenes para que todo estuviese listo y dispuestos á tiempo los coches que habían de conducirlos á la estación.

Poco rato después los novios y la madre ocupaban una elegante berlina, y en otros dos coches se acomodaron el padre y los convidados, poniéndose en marcha la comitiva hácia la estación del ferrocarril.

La despedida fué tierna y dolorosa por parte de padres é hija, y cuando el tren marchó, cuando las últimas ondulaciones del pañuelo de Salud despidiéndose perdiéronse á lo lejos, y la férrea locomotora agitando sus émbolos desapareció tras un reco-

© Biblioteca Nacional de España

do, D.ª Angela que había resistido valerosa hasta entonces, demostrando una fuerza de espíritu y una serenidad que realmente no sentía, se arrojó en los brazos de su esposo tan angustiado como ella y ahogando un grito de dolor, exclamó:

—¡Dios mío! ¡proteged á la hija de mi corazón, porque temo que no sea dichosa!

El viaje de los nuevos esposos lo hemos referido ya en el primer capítulo de este libro.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

CAPITULO ONCE

De Jerez á Cádiz

¿Quién era D. Francisco Giménez?

Ningún antecedente hemos adquirido hasta ahora de este personaje, más que lo que él mismo se ha servido decir á los de Gutiérrez.

Que era hijo de montañeses, nacido en Cuba, donde su padre hizo á fuerza de trabajos y economías, un lucido capital, que él como hijo único heredó al fallecimiento de aquéllos, y fué aumentando á su vez hasta duplicar su fortuna; que poseía ingenios y fincas de gran valor en aquel país, las cuales le producían una renta considerable; que desde hacía algunos años estaba viudo de una criolla, de la que no le habían quedado hijos, y que su propósito al venir á la península, no fué otro que el de contraer nuevas nupcias con una prima suya residen-

© Biblioteca Nacional de España

te en Santander, pues la soledad en que vivía, sin familia y sin nadie á su lado que lo amara con desinterés, le angustiaba y le llenaba de temores ya á sus años, y ansiaba unirse con una mujer digna y virtuosa á quien legar sus riquezas; pero que al conocer á Salud, desistió al punto de su parienta con la que no le ligaban compromisos, prefiriendo á la linda sevillana de quien se había enamorado perdidamente por hallarse dotada de cualidades tan hermosas, que la consideró desde luego la más digna dueña de su corazón y de todo lo que poseía.

Los padres de Salud creyeron sin ningún género de duda cuanto dijo el americano, siendo garantía suficiente para ellos la edad respetable y los sentimientos generosos del indivíduo, por lo que juzgaron innecesario y hasta improcedente y ofensivo para aquél, intentar adquirir por otros medios más seguros informes.

Veinte días pasaron los esposos en Jerez de la Frontera, en cuyo tiempo visitaron todo lo más notable de la población.

El grandioso depósito, obra del inolvidable ingeniero D. Angel Mayo, á donde afluyen desde nueve leguas de distancia, los raudales del caudaloso manantial de Tempul. La Colegiata y los suntuosos templos de Santiago, San Miguel y otros. Las bonitas alamedas convertidas en jardines, gracias á la in-

© Biblioteca Nacional de España

teligencia y buena dirección de las corporaciones municipales que se han esmerado en atender al ornato y embellecimiento público. El espacioso y limpio hospital de Santa Isabel. Los alegres alrededores de la ciudad, sus recreos, sus viñas tan renombradas, y por último, las inmensas y famosas bodegas en las que hubieron de probar como es costumbre, los más esquisitos y añejos vinos.

Salud disfrutó de todas estas novedades con suma complacencia, logrando distraer un tanto su ánimo y hacer desaparecer en algunos momentos su melancolía. Escribía á sus padres que era feliz, dándoles detalles minuciosos de todo lo que veía, y recibía á su vez cartas muy expresivas y cariñosas de aquéllos gozosos de su dicha, cuyas cartas servían de compensación á la violencia que en cambio le costaba tener que aparecer solícita, dulce y tierna, con el que era dueño absoluto de su albedrío.

Cumplido el plazo de permanencia en aquella ciudad y no teniendo ya nada más de particular que ver en ella, se encaminaron hácia Cádiz, con propósito de pasar el resto del verano en esta linda capital, en otro tiempo emporio del comercio y de la riqueza y hoy decadente, aunque siempre culta, animosa y dispuesta con su particular y poderoso esfuerzo á fomentar el arte y la industria, á tomar parte en honrosos cer-

© Biblioteca Nacional de España

támenes y á lucir en sus numerosos centros científicos y literarios la ilustración y el ingenio brillante de sus hijos.

Era la época en que la población está más animada con los variados festejos que prepara para obsequiar y distraer á los forasteros y á los numerosos bañistas que van á refrescarse entre las templadas aguas del Oceano.

La Alameda del Peregil ostentaba lujosas casetas particulares y de diferentes sociedades; salones de recreo para el público, restaurants, cafés, rifas, vistosos puestos de juguetes, profusión de candelabros y de arcos que deslumbraban con sus millares de luces, y todo, en fin, lo que constituye el ornato y belleza de la preciosa y celebrada Velada de los Angeles, gala y orgullo de los gaditanos.

La Exposición de Bellas Artes era á la vez otro espectáculo muy digno de atención y de curiosidad, por sus magníficas y lujosas instalaciones, donde había que admirar mucho y bueno, y por los gratos acordes con que una notable banda de música amenizaba durante algunas horas, aquel lugar delicioso para los amantes de lo bello.

La muralla y el muelle se veían todas las tardes visitados por una selecta concurrencia. Las plazas de Mina y de San Antonio, así como la hermosa calle Duque de Tetuán con focos eléctricos y otras principales, profu-

© Biblioteca Nacional de España

samente iluminadas por las noches, eran igualmente favorecidas, y todo aquel derroche de luz, de arte, de recreo, de elegancia y de belleza, daba á la población un aspecto tan seductor, un movimiento y una animación tal, que encantaba á sus huéspedes haciéndoles imaginarse los hechizos de que se hallaría revestida en tiempos mejores aquella linda ciudad, con razón tenida por una de las más bellas y civilizadas de España, y llamada con justicia entre otros gloriosos nombres, la perla del Oceano, la tacita de plata y el florón de Andalucía.

Nuestros viajeros Salud y D. Francisco, se instalaron en una de las principales fondas, situada en la plaza de San Antonio. La joven, aunque se hallaba agradablemente distraída con todo aquello que jamás había visto, mostraba bien claro que las comodidades y el lujo de que iba disfrutando, lejos de impresionarla de modo satisfactorio, llenaban su corazón de un disgusto tan grande, de un pesar tan hondo, que de contínuo se notaba en ella cierta preocupación y tristeza sin aparente motivo, pues su marido la mimaba y atendía tiernamente cual si fuese una niña, y procuraba rodearla de atractivos y de encantos que la distrajeran de su eterna melancolía. Era bueno, solícito y amante con ella y la ofrecía regalo y ostentación; ¿qué más podía apetecer? Sin em-

© Biblioteca Nacional de España

bargo, ella se acordaba con mayor gusto de los días pasados en la pobreza al lado de sus padres, y ¡cuánto más feliz se consideraba entónces que ahora en medio de los goces y las riquezas!

El corazón humano, descontentadizo por naturaleza, jamás se juzga satisfecho ni aun en el pleno goce de las dichas que ofrece la pasajera existencia; siempre queda un vacío, un desconsuelo, una aspiración que llenar, un algo, en fin, que no se comprende ni se explica, misterio indescifrable al alcance solo del que mueve la máquina asombrosa del Universo, del que conoce los secretos de la vida, las grandezas y pequeñeces del hombre, el arcano impenetrable de lo invisible, de lo impalpable y desconocido.

Salud contaba con los elementos precisos para ser dichosa; cualquiera hubiera envidiado su suerte, y ella misma creía no merecerla y se acusaba de ingrata para con el hombre á quien tanto debía; pero ¿podía ella acaso dominar y vencer los sentimientos de su corazón?

© Biblioteca Nacional de España

CAPITULO DOCE

El desconocido

Ocupaba el matrimonio en el piso principal de la fonda, dos elegantes habitaciones con balcones á la calle, y comían en mesa redonda, según deseo de Salud, por parecerle esto menos aburrido que comer solos.

Multitud de forasteros acudían sin cesar y llenaban ya la casa hasta el extremo de no ser posible admitir un huésped más.

En los tres días que llevaban en la capital nuestro americano y su señora, habían visto lo más notable de la población y visitado la Aguada, el Observatorio, los cuarteles, el Arsenal, el Colegio Naval de San Carlos y otras curiosidades.

La joven esposa hallábase ya fatigada de aquella actividad y movimiento, y no deseaba otra cosa que descanso y tranquilidad, por lo que D. Francisco la ofreció

© Biblioteca Nacional de España

permanecer en casa hasta que ella se encontrase repuesta de las perdidas fuerzas y con ganas de salir.

Aquel día, durante el almuerzo, notó Salud que tenían en la mesa tres compañeros más. Eran los últimos viajeros llegados aquella mañana; un caballero enlutado con una niña de pocos años, y otro señor, anciano ya, con el pelo completamente blanco y venerable barba que le llegaba casi á mitad del pecho, los cuales habían sido colocados en tres piezas del principal, que casualmente quedaron desocupadas la noche anterior. Los dos primeros, al parecer padre é hija, fueron instalados en una sala con alcoba, y al anciano, que nada de común tenía con aquéllos, le cedieron un gabinete con vistas á la calle.

Dos ó tres veces, por una atracción misteriosa, dirigió Salud la vista hácia los nuevos huéspedes, observando con extrañeza que los ojos del anciano se hallaban casi siempre fijos, ya en su marido, ya en ella, y que al propio tiempo parecía evitar que aquél descubriese su observación.

La distancia á que se encontraban éstos en los extremos opuestos de la larga mesa, y el tener el americano dedicado todo su interés y cuidado á su mujer, hizo sin duda que éste no se apercibiese de tal cosa, y la prudente joven no juzgó tampoco opor-

© Biblioteca Nacional de España

tuno llamarle la atención sobre lo que solo podía ser casual ó mera curiosidad. Desde entonces, pues, no se atrevió á levantar más la vista y el almuerzo terminó sin ningún incidente.

Aquella tarde, durante la comida, observó Salud la misma insistencia por parte del desconocido anciano, en mirarlos, pero con la particularidad de que se había puesto unas gafas de cristal ahumado quizá con el deliberado intento de disimular su espionaje ó de no ser reconocido.

A la mañana siguiente sucedió igual en el transcurso del almuerzo, y ya Salud iba sintiéndose inquieta y disgustada con aquel constante curioseo por parte de una persona al parecer de distinción y respetable, y esto comenzó á preocuparla, aunque sin atreverse á hablar de tan raro caso á su marido.

Abismada en estas reflexiones, abandonaron el comedor, y fué á sentarse en una butaca de su gabinete delante del balcón, mientras D. Francisco quedó en el piso bajo leyendo la correspondencia y varios periódicos americanos que acababa de recibir.

Pocos momentos hacía que la joven se hallaba allí entregada á sus melancólicas ideas, cuando de improviso el ruído de una puerta de cristales abierta con violencia cerca del balcón, la hizo levantar maquinal-

© Biblioteca Nacional de España

mente y asomarse, pero su sorpresa y su perplegidad fueron grandes cuando vió que el caballero anciano que había llamado su atención en la mesa, se encontraba en el balcón inmediato, tan próximo, que fácilmente hubieran podido darse las manos, y que como siempre la miraba con fijeza, dibujándose entonces en su fisonomía una expresión de marcada complacencia. Indudablemente el estrépito con la puerta lo había producido él á propósito para llamar la atención de su vecina.

Esta hizo un ligero movimiento como para volver hácia dentro; pero el anciano, comprendiendo su intención, la detuvo con estas palabras:

—¡Señora! ¡señora!... perdone usted mi atrevimiento, y hágame el obsequio de escuchar un instante; no tema nada de mí, soy un caballero digno de su atención y por otra parte, mis años no deben inspirar á usted la menor desconfianza; ruego á usted, pues, que no se ofenda y que conteste con sinceridad á una pregunta, pues ya habrá usted comprendido que algo deseaba yo decirle.

—Ciertamente, caballero; balbuceó la joven sin saber qué contestar, y aguardó á que aquél se explicara más.

—Me ha sorprendido ver á usted con don Francisco Giménez, he preguntado y sabi-

© Biblioteca Nacional de España

do con asombro que está usted casada con él, y, repitiéndole de nuevo que no le ofenda mi atrevida interrogación que algún día sabrá usted por qué se la dirijo, deseo saber si es verdad que está usted unida en matrimonio con ese hombre.

Salud, al oir esto, sintió ruborizarse sus megillas con el calor de la vergüenza, al pensar que alguien pudiera haber dudado acaso de su virtud, y contestó con el acento de la dignidad en los labios y el reflejo de la pureza en los ojos.

—¡Ante Dios y ante los hombres, soy su esposa, caballero!

—Me basta, señora, el acento de persuación y de sinceridad con que se ha servido responder á lo que quizá creerá usted una impertinencia mía, para comprender que es usted víctima inocente de un engaño abominable y que debo emplear en su favor el vivo interés que han despertado en mi alma su juventud, su candor y su belleza.

Estas extrañas palabras hicieron una profunda impresión en el pecho de la joven que sin poder contenerse preguntó á su vez.

—¿Pero usted conoce á mi marido?

—Más de lo que á él pueda convenir; le conozco desde larga fecha, pero él sin duda no me ha reconocido porque los años pasados en mi lejana residencia y mis cabe-

© Biblioteca Nacional de España

llos emblanquecidos me han cambiado mucho.

—Caballero, creo que padece usted una equivocación, mi esposo es muy digno de mí y no debo tolerar que nadie se atreva á ofenderle.

—Siento que la realidad vendrá por sí misma á convencer á usted de lo que acabo de decirle, poniendo en claro el engaño á que me refiero. No pretendo justificarme con razones que no son del momento; únicamente me permitiré dirigir á usted una súplica: si quiere usted hacer un bien muy grande, si desea conservar la paz de su espíritu y atender á su tranquilidad futura, haga lo posible por que su esposo la lleve con cualquier pretexto á la capital de Cuba, pues supongo que él por su gusto no lo intentará. Mañana parto yo para aquel país donde resido al presente, y no faltará ocasión allí en que poder explicar á usted todo el alcance de mis palabras. Perdone usted, señora, el mal rato que le haya causado y la cruel incertidumbre que dejo en su sencillo y bondadoso corazón.

Y sin dar tregua á màs, saludó con esquisita cortesía á Salud y se internó en su habitación.

© Biblioteca Nacional de España

CAPITULO TRECE

El regreso

La joven quedó como suspensa ó petrificada, sintiendo violentos latidos en el pecho y en las sienes, vivamente impresionada con las misteriosas palabras del anciano, que tenían un profundo sentido de verdad, y sin poder adivinar toda la importancia que de ellas se desprendía, torturaba en vano su imaginación con multitud de pensamientos que no bien concebidos los desechaba, y permanecía inmóvil como si una fuerza extraordinaria la detuviera junto á los hierros del balcón, en cuya actitud y ensimismamiento hubiera continuado largo tiempo, si D. Francisco no hubiese llegado á poco y mirando por encima de los hombros de ella, qué era lo que tenía tan preocupada á su mujer, no la hubiera sacado de su abstracción.

—Pues no veo nada de particular,—dijo

© Biblioteca Nacional de España

éste como contestándose á sí propio, y luego dirigiéndose á ella; ¿qué miras con tal curiosidad, amada mía? la preguntó:

Salud, volvióse al pronto sobrecogida, pero comprendiendo que debía disimular por entonces las impresiones que acababa de recibir, se esforzó por contestar indiferente.

—Escuchaba con atención una preciosa sonata que acaban de tocar en el piano en una de estas casas inmediatas.

—¿Te gusta la música?

—¡Mucho!

—Pues mandaré colocar un piano en la salita que tenemos dispuesta en casa de tus padres, y un profesor te instruirá en ese precioso arte que tanto te agrada, lo cual te servirá al mismo tiempo de provechosa distracción durante mi ausencia. Hoy mismo escribiré á tu padre para que lo compre y lo encuentres ya colocado en su sitio á nuestra vuelta.

—¿Y... para cuándo piensas emprender el viaje á Ultramar? preguntó la joven demostrando á su pesar un interés que hasta entonces jamás había manifestado.

D. Francisco, juzgando aquella interrogación del modo más favorable y grato para su alma, contestó cogiendo una mano á su esposa y estrechándola entre las suyas con cariño.

—En los primeros días de Septiembre, de-

© Biblioteca Nacional de España

jaremos esta población donde tan feliz he sido á tu lado, pasaré junto á tí el resto de dicho mes en Sevilla, y en Octubre me embarcaré para Cuba, con el sentimiento de no llevarte conmigo, por evitarte las molestias de la navegación; pero yo trabajaré con ardor y adelantaré lo posible mis asuntos, querida mía, para no estar mucho tiempo sin verte.

Salud no consideró oportuno por entonces hacer la menor objeción á los planes de su esposo, puesto que había tiempo para pensarlo y resolverse con más aplomo y seguridad, sobre el punto indicado por el misterioso caballero, y calló cual si estuviese en un todo conforme con lo expuesto por su marido.

Pero una lucha sorda, tenaz, mortificante, comenzó á combatir su corazón antes tranquilo y sosegado, y ahora lleno de dudas y de temores que en vano trataba de desechar y menos aún de ver claro en el oscuro problema presentado por un desconocido que tenía todas las trazas de ser una persona respetable y de haberle hablado con sinceridad.

¿Cuál era, pues, la historia del hombre con quien se hallaba unida con lazo indisoluble? ¿Qué sabía ella de su pasado? ¿Acaso él le habría dicho la verdad?

Estas reflexiones fueron desde entonces

© Biblioteca Nacional de España

un martirio continuado para su tierno y susceptible corazón, que solo en los consuelos de la fé encontraba lenitivo á su zozobra y á su profundo temor, y ponía en la Vírgen Madre de Dios, toda su esperanza, deseosa de que la librase del mal si existía ó de que todo aquello fuese un error del iluso anciano.

¡Con cuánta ansia esperaba el momento de volver al lado de su amante y discreta madre, para contarle lo ocurrido, y que ella con su claro y recto juício le aconsejase lo que debiera hacer!

El tiempo transcurrió como siempre pasa, ligero y agradable para quien goza, tardo y angustioso para quien sufre, y nuestro americano, siguiendo con exactitud el itinerario que se tenía marcado, al vencer el tiempo prefijado para su regreso á la capital de Andalucía, en unión de su bella esposa, dispuso lo necesario y una mañana temprano emprendieron el viaje de vuelta; él satisfecho de su escursión veraniega y de su dicha realizada, y ella poseída de un oculto y extraño pesar y de las mas encontradas ideas que habían reconcentrado y hecho doblemente melancólico su carácter, hasta el extremo de sospechar D. Francisco de que la joven se violentaba y no era feliz á su lado, ó de que se hubiese quebrantado su salud, pero ya fuese lo uno ó lo otro, con-

© Biblioteca Nacional de España

fiaba desterrar estas nubes de tristeza, con sus cuidados y cariños, rodeándola de halagos y de cuantos gustos pudiera apetecer.

D. Francisco estaba verdaderamente apasionado de su mujer; era este sin duda su más profundo y acendrado amor, quizá el único grande y verdadero que había sentido en su no corta existencia, y la distancia de edades ó tal vez las circunstancias especiales de su vida, cuya historia envuelta está todavía para nosotros entre las sombras de lo desconocido, eran acaso un incentivo más que lo arrastraba, haciéndole experimentar una especie de culto, de veneración singular, hácia aquella criatura inocente y confiada que se sacrificaba á él por gratitud, haciéndole dueño feliz de sus encantos y del tesoro de sus sentimientos.

Salud, con aquella fuerza moral de que disponía en las grandes ocasiones y aquella fé y entereza de espíritu que la hacían tan superior, había logrado dominar su situación y avenirse resignada á aquella existencia sin amor y sin ilusiones para ella, y así estaba dispuesta á pasar los días de su vida, cumpliendo fielmente con las obligaciones de su estado y procurando sostener y avivar en lo posible el afecto dulce y tranquilo que sentía hácia su marido.

Ella había recibido pruebas inequívocas del amor y de las bondades de aquel hombre

© Biblioteca Nacional de España

que había hecho mucho bien por sus padres, beneficios de esos que obligan entre los corazones generosos, no solo á la gratitud, sino hasta el sacrificio en caso necesario, y la felicidad y las dulzuras de que procuraba rodearla, eran una prueba más del cariño que sentía hácia ella y de las nobles condiciones que alentaban su corazón.

¿Cómo, pues, podía ser cierto lo que le indicara el caballero desconocido? ¿Cómo ó en qué sentido podía ser ella víctima de un engaño? ¡Oh! no podía ser, no era posible que fuera, no cabía en su cándido pensamiento ninguna idea contraria al bondadoso proceder de su marido, y hasta llegó á convencerse en estas reflexiones, de que era una ingratitud por parte de ella, una ofensa indigna, una injusticia imperdonable, pensar así y desconfiar sin motivo justificado, del más generoso y digno de los hombres.

En tales consideraciones ella, y esforzándose él cariñoso por distraerla de su melancolía, llegaron á Sevilla, y al fin la joven volvió á estrechar entre sus brazos á sus amantes padres y á sentir la dulce expansión de la alegría y de la confianza en el seno de aquéllos, y especialmente en la santa intimidad del cariño materno.

¡Qué consuelo tan grande invadió su alma cuando pudo referir sin testigos á su madre lo acaecido con el caballero anciano!

© Biblioteca Nacional de España

Mucho sorprendió á la buena D.ª Angela el referido incidente y una sospecha cruel y dolorosa para su tierno corazón de madre, asaltó su pensamiento y ahuyentó el sueño de sus ojos, preocupándola durante muchos días, hasta madurar y resolver el plan que le pareció más prudente aconsejar á su hija.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO CATORCE

Viaje á Ultramar

Acercábase ya el día señalado por don Francisco, para verificar su proyectado viaje á la Habana, y aleccionada Salud por su madre, manifestábase triste y desconsolada por la próxima partida de su marido, quien por su parte parecía contrariado y triste también por aquella necesaria aunque accidental separación.

Siéndole ya forzoso ocuparse del particular, anunció á su joven esposa que emprendería su marcha en el primer vapor correo que saliera del puerto de Cádiz y el pesar tan inmenso que habría de costar el alejarse de ella, aunque solo sería por algunos meses.

—¡Oh! pues entonces, si has de sufrir lejos de mí, llévame contigo, le dijo la joven con acento dulce y suplicante.

Esta salida inesperada por parte de su

© Biblioteca Nacional de España

mujer, sorprendió un tanto al amante esposo, que seguramente no había pensado en tal cosa, acaso porque jamás la había creído dispuesta á separarse de sus padres y emprender tan largo viaje en su compañía ó tal vez por razones y circunstancias que no sabemos todavía. Lo cierto es que trató de disuadirla de aquella idea, haciéndole ver los peligros y molestias á que se expondría, pero ella, cariñosa y tierna como nunca, le manifestó su deseo y su resolución de acompañarle, cumpliendo con su sagrada misión de esposa, y su antojo al mismo tiempo de conocer el país donde naciera su marido y las magníficas posesiones que allí tenía.

Subyugado por aquella prueba de amor conyugal y doblegándose como á voluntad superior ante la enérgica decisión de su tierna consorte, accedió al fin á su deseo, pero haciéndole de nuevo presente lo penoso del trayecto, los rigores del clima tropical y la vida solitaria que tendría que hacer durante su permanencia en aquella ardiente región, por tener que residir en una casa de campo distante algunas leguas de la ciudad y que quedar ella allí aislada, mientras él recorría sus posesiones y se ocupaba de los asuntos que á Cuba le conducían.

A todo se conformó Salud con tal de acompañarle, y condescendiente en extremo D. Francisco, no pudo resistir al empeño

© Biblioteca Nacional de España

de su bella mujer, que después de todo lo creyó natural y justo, y desde aquel momento solo se pensó en disponer lo necesario para la larga expedición que iba á emprender el matrimonio.

D.ª Angela reflexionaba y lloraba en silencio, considerando los peligros y azares á que se iba á exponer su amada hija tan lejos de su lado, sin los consuelos de su amor y de su auxilio, y sobre todo la apesadumbraba y temía el resultado del misterioso punto negro señalado en Cádiz por el desconocido, pues un presentimiento cruel le anunciaba que algo había de particular contra la tranquilidad y ventura de aquélla, cuyo destino, sin embargo, la obligaba á seguir á su marido, tanto por deber como por el propio interes de poner en claro sus dudas para su sosiego futuro.

Mucho aconsejó y previno á Salud en todos los momentos que encontró oportunos, advirtiéndole además que le escribiera reservadamente sus impresiones y que nada le ocultara.

Así se lo ofreció la joven y esto calmó un tanto las mortificantes y extrañas ideas que le servían de tormento.

Llegado el instante de la partida, el dolor de aquellos tiernos pechos fué profundo, angustioso, inexplicable, pues no se trataba ya de un viaje de recreo dentro de la

© Biblioteca Nacional de España

Península, sino de una expedición más larga á suelo extraño, con todos los peligros y molestias de la navegación, y después el temor de los sufrimientos que allí tal vez esperarían á la joven á juzgar por los crueles vaticinios del corazón de la amante madre que se figuraba lo que habría su hija de padecer por algo que no podía adivinar, sin estar junto á ella para defenderla y preservarla de males. Pero era preciso tener confianza en Dios y esperar resignadas los acontecimientos, y así lo hicieron aquellas almas tantas veces agitadas por el infortunio y acostumbradas á sufrir con abnegación.

El matrimonio marchó por fin el día prefijado, con dirección á Cuba.

A fin de no cansar á nuestros lectores refiriendo los pormenores del viaje, ni hacerles caminar al mismo tiempo con los protagonistas de esta historia, abreviaremos la relación de los sucesos de escaso interés, ocurridos á la llegada de los esposos á América, interceptando para ello la correspondencia de Salud, hasta el momento oportuno en que convenga á nuestros designios trasladarnos tambien allí.

Más de un mes pasó antes de llegar la primera carta de los ausentes á manos de la desconsolada doña Angela, que no cesaba de llorar y de pedir al cielo misericordia para su amada hija.

© Biblioteca Nacional de España

Con igual ansiedad esperaba tambien don Pedro aquellas deseadas noticias, que por fin recibieron con gran regocijo de los dos. Iniciado éste por su mujer en la secreta causa que había determinado á Salud á separarse de ellos, emprendiendo tan penosa navegación, aguardaba con afan saber de ella y leyó con profunda alegría la carta de la joven que solo se refería á dar minuciosos detalles de la travesía que había sido feliz, de los cuidados y atenciones de su marido durante el viaje, de su arribo á aquel hermoso país, cuya vegetación le asombraba- y por último, de su instalación en una linda y lujosa casa de recreo rodeada de flores y con gran extensión de tierras de labor, que poseía su esposo en el campo á dos leguas de la ciudad, con tres criados negros y una mulata jovencita para su servicio partiuclar, los cuales recibieron con singulares muestras de respeto á sus amos y muy especialmente de simpatía hacia ella.

Al final de la carta añadía D. Francisco algunas líneas cariñosas para sus padres políticos, y aquí terminaba la lectura que repitieron aquéllos con la mayor satisfacción, haciendo los naturales comentarios y contentos de que su hija se manifestase al parecer satisfecha y tranquila hasta entonces.

Las noticias recibidas por el siguiente correo fueron tambien gratas y consoladoras,

© Biblioteca Nacional de España

por lo que D. Pedro más confiado que su esposa, comenzaba á no dar gran importancia á los temores de ésta y lo mismo doña Angela iba cobrando ánimo y abrigando la esperanza de que no se alteraría la felicidad aparente de su hija, cuando otra carta recibida después vino á sembrar de nuevo el temor y la desconfianza en sus amantes pechos.

La carta de Salud hallábase concebida en estos términos:

«Amados padres míos: después de unos días de completa calma en los que juzgaba ya la paz de mi alma asegurada, la duda, alterando otra vez mi tranquilidad, ha infundido en mi corazón las angustias de la incertidumbre.

»He sabido que Francisco me rodea de todo género de precauciones para que nadie me visite ni sepa siquiera que existo; ¿por qué? no lo comprendo; si lo hace por celos, esto además de extraño sería ridículo, conociendo ya mi modo de ser y los severos principios por que me rijo. Al propio tiempo sospecho que evita por todos los medios presentarme en público, porque le he rogado en varias ocasiones que me lleve á la ciudad y á visitar sus ingenios, y aunque sin oponerse abiertamente, siempre encuentra una evasiva para dilatar el cumplimiento de mi deseo, y lo que es más raro aún, escu-

© Biblioteca Nacional de España

dado con sus ocupaciones y sus visitas de interés á algunas lejanas posesiones se pasa á veces los días y las noches sin venir á verme, y no creo sea por falta de amor su alejamiento, pues cuando está à mi lado se muestra tan apasionado y solícito como siempre.

»Casi puedo decir que vivo en una completa soledad. Si mi carácter no fuese de los que se amoldan facilmente á todo, y este paraje en que me encuentro tan lleno de atractivos, me moriría de tristeza.

»Rufina, la mulata que está á mi servicio, me ha tomado tanto afecto y es tan buena y agradecida, que procura distraerme con su alegría casi infantil, y me ha jurado fidelidad en cambio de mi promesa de llevarla conmigo á mi regreso á España. La pobre es huérfana y se acoge á mi amparo como á su única tabla de salvación. Cuento, pues, con su lealtad y ella es quien me ha dado el antecedente que espongo en un principio, declarándome que tanto ella como los demás criados han sido colocados en esta casa por un administrador del amo, y que el día de mi llegada éste los amenazó de muerte si permitían que persona alguna bajo ningún pretexto me visitase ó si decían la menor palabra á nadie de mi estancia aquí. ¿No es esto un misterio raro, madre mía?

Hasta dentro de cuatro días no sale el

© Biblioteca Nacional de España

correo; dejo ésta sin cerrar por si tengo algo que añadir.»

Luego continuaba la carta en otro pliego.

«No en balde presumí que algo interesante habría que agregar á la anterior.

»Ayer, Rufina, sin ser vista de nadie, me entregó una carta que un desconocido le dió para mí en ocasión en que asomó ésta casualmente por la puerta del huerto que dá por un lado al arrecife.

»Yo la tomé con desconfianza, y en un principio tuve la idea de romperla sin leerla ó de entregársela á Francisco, pero el temor de comprometer á esta pobre niña y una sospecha que como relámpago cruzó por mi cerebro, me hicieron variar de parecer y abrirla; no conocí la letra ni la firma, pero su contenido me bastó para comprender quién me la dirigía y me apresuré á leerla llena de mortal inquietud; decía así:

«Señora: al tener conocimiento de que D. Francisco Giménez se encuentra en esta capital, he indagado discretamente si usted, como le supliqué en Cádiz, había venido con él, y satisfecho de mi averiguación me permito dirigir á usted la presente carta para asegurarle que estoy pronto á dar á usted satisfacción cumplida de las palabras que le dije en la fonda, desvaneciendo por completo las dudas que hayan surgido en su imaginación.

© Biblioteca Nacional de España

»Fuí cruel con usted, lo confieso, y más cruel he de parecerle todavía cuando le ponga de manifiesto la verdad.

»Por triste y penoso que sea para mi alma hacer á usted tan grave daño, un deber de justicia y de caridad me obliga á ello, y espero, despues de todo, su perdón.

»Nada más le digo por escrito, y como sería comprometido para usted que yo fuese á hablarle, una mujer irá mañana á las tres á verla, recíbala confiada y ella dirá á usted, lo que yo no debo decir ahora.

»Suplico á usted que rompa esta carta y que no guarde rencor á su atento y seguro servidor Q. S. P. B.,

C. DE LA ROSA.»

«Por fin, madre de mi alma, voy á penetrar el misterio que envuelven las palabras de este caballero, el mismo, sin duda alguna, que conocí en Cadiz, cuya fisonomía bondadosa y respetable me inspiró desde luego confianza; no puedo creer que aquel anciano fuese capaz de engañarme ni que se me tienda un lazo con dañado intento, y sin embargo, preferiría que se hubiese equivocado y que la reputación de mi marido no padeciera el menor vejamen.

»Tiemblo al considerar que mi esposo sea culpable de alguno de esos delitos que manchan para siempre el honor del hombre, y

© Biblioteca Nacional de España

desde ayer elevo de contínuo mis súplicas al cielo para obtener el valor que necesito en tan dudosa situación; tenedlo tambien vosotros, padres míos; no os alarmeis y confiad en Dios, que acaso no sea todo más que hijo de un alucinamiento, ó efecto de algún lastimoso error.

»Después de la entrevista indicada escribiré á usted detalladamente. Hoy cierro esta carta por no perder el correo. Os abraza vuestra amante hija,

SALUD.»

Esta lectura hizo honda impresión en el alma de los cariñosos padres de la joven.

Era cierto, bien se lo temían ellos, aunque sin pruebas todavía que lo corroborasen, y á pesar de las palabras tranquilizadoras de su hija, que algo había de extraordinario en la vida de D. Francisco; y la incertidumbre de lo que fuera, les preocupó hasta el punto de desvelarlos y de hacer derramar copiosas lágrimas á doña Angela figurándose, con las exageraciones de la imaginación meridional y del cariño materno, los grandes sufrimientos de su hija y el conflicto en que se vería expuesta tal vez, al lado de aquel hombre incomprensible con quien empezaban á arrepentirse ya de que se hubiese casado.

Días de mortales angustias pasaron el

© Biblioteca Nacional de España

honrado sastre y su mujer en espera de la carta portadora de malas nuevas, sin figurarse, ni poder imaginar siquiera, la clase de sorpresa que por otro correo les aguardaba.

© Biblioteca Nacional de España

honrado sastre y su mujer en espera de la carta portadora de malas nuevas, sin figurarse, ni poder imaginar siquiera, la clase de sorpresa que por otro correo les aguardaba.

© Biblioteca Nacional de España

CAPITULO QUINCE

En el Recreo de la Salud

Ahora, lectores míos, dando un salto sin transición ni cansados é inútiles rodeos, para llegar á donde nos interesa en menos tiempo del que de otro modo se necesita, vamos á encontrarnos de pronto en aquel nuevo mundo encantador que tantos desvelos, humillaciones y ansiedades costó descubrir, y tan gran triunfo, gloria y renombre eterno dió al coloso navegante que con alientos de fé llegó hasta allí por mares desconocidos.

La vivienda campestre donde se hallaba instalado el nuevo matrimonio desde su arribo á aquel imponderable país, rey de la naturaleza por la riqueza y explendidez de su fructífero suelo, era una de las más hermosas que se encontraban por aquel término y había sido recientemente aún más embelle-

© Biblioteca Nacional de España

cida y titulada "Recreo de la Salud„ por orden de su nuevo dueño, D. Francisco Giménez, que desde Sevilla encomendó á su apoderado la adquisición y reforma de esta finca con objeto de residir en ella *con buena compañía*, así le escribió á aquel, el tiempo que á sus asuntos conviniese.

La casa, aunque solo de planta baja, era muy ámplia, con espaciosas y cómodas habitaciones bien amuebladas y ventiladas por los grandes huecos de sus puertas y ventanas, éstas enrejadas y con preciosas vidrieras de colores que amortiguaban los vivos resplandores de aquel ardiente sol tropical y hacían al través, mirando desde dentro al exterior, rico en verdor, frondosidad y floricultura, un efecto fantástico y maravilloso. Inmensa azotea ornada con mitológicas figuras de mármol sobre lindos pedestales y artísticos macetones con plantas raras y caprichosas, servía de digno coronamiento al edificio. Un bonito vestíbulo al que se subía por varios peldaños de fina piedra, y una larga galería rodeado todo de dorada verja de hierro, daba acceso por la parte principal, á aquella elegante y original morada. La galería con pavimento de mármol como toda la casa y engalanada con estátuas, pequeños arbustos plátanos y aromáticas flores, mesitas de olorosas maderas, balancines adormecedores y preciosas jaulas con

© Biblioteca Nacional de España

pájaros de brillantes colores, alados cantantes de inimitables trinos, tenía por única techumbre á las horas de más calor, una tupida lona listada azul y blanca que entoldaba con suavidades poéticas aquel seductor recinto.

Desde este sitio se descubría un lindo parterre con floridos cuadros, enanas palmeras, fuentes de mármol, grutas rústicas y cascadas, y más lejos el fondo verde oscuro de un bosque de seculares y corpulentos árboles.

Hácia la izquierda había un hermoso huerto con profusión de árboles frutales y por detrás de la casa á alguna distancia, comenzaba una inmensa extensión de tierras de labor sembradas de frondosos trigos y espesos cañaverales, todo del mismo dueño, que podía estar orgulloso y satisfecho de tan magnífica posesión.

D. Francisco que ya conocía de antes todo aquello por haber pertenecido á un capitalista con quien tuvo amistosas relaciones, empresas y negocios que contribuyeron acaso á la ruina de éste, al saber la quiebra de su amigo, se apresuró á encargar á su agente particular, la compra, que obtuvo ventajosamente, de aquella valiosa finca, quedando luego al instalarse en ella con su joven mujer, muy complacido de su adquisición.

© Biblioteca Nacional de España

A Salud le gustó mucho tambien este pequeño paraiso, encantándole sobremanera la galería y el parterre, cuyos sitios escogió con delicia para sus meditaciones y recreos.

Tan gratas fueron sus primeras impresiones al entrar por esta florida mansión, inmediatamente de haber desembarcado en la Habana donde un coche los aguardaba para conducirlos allí, que lejos de sentir no haber descansado algunos momentos en la capital, se alegró y hasta agradeció á su esposo la dulce sorpresa que le proporcionara con las seductoras bellezas del pintoresco domicilio que le tenía dispuesto.

Su servidumbre componíase de dos criadas y una cocinera, los tres negros, y una mulata de catorce á quince años que le servía de doncella, la cual amó desde el primer momento á su joven ama.

Ya sabemos por las cartas de Salud á sus padres, cómo en el principio de su estancia en aquel país, se había conceptuado tranquila y hasta dichosa, confiando no tener nada que temer de su marido á quien creía ya injustamente calumniado, hasta el día aquel en que Rufina la reveló su estrañeza por el género de precauciones que D. Pancho, como los criados llamaban á su señor, había desplegado en torno de ella, amenazando con el más severo castigo á los cuatro

© Biblioteca Nacional de España

infelices servidores, si permitían la entrada á persona alguna en la casa, ó si decían á alguien la menor cosa acerca de su señora.

Esta confidencia de la doncella que ponía de relieve el deseo de D. Francisco de que su mujer permaneciera allí ignorada y desconocida, lastimó la delicada susceptibilidad de ésta, que juzgó aquello una medida ofensiva á su lealtad, y de nuevo un vago recelo cruzó por su imaginación al recordar que varias veces habíale preguntado cuándo la llevaría á la ciudad, y significado su deseo de conocer lo más notable del país, sin que jamás cumpliese aquél las promesas que le hacía; estrañábale tambien la frecuencia con que dejaba de verla disculpándose con las contínuas expediciones que hacía á sus propiedades de campo, distantes unas de otras, con objeto de investigar los trabajos; y todo esto, relacionado con lo que oyera de labios de la mulata, guardaba tal analogía, que empezó á dudar otra vez y á sentirse aún más triste y melancólica, en medio de las bellezas de aquel sitio, con esa especie de nostalgia que se apodera de los corazones sensibles lejos de la patria y del santo amor de la familia.

Desde que experimentara tales recelos Salud, sin poder comunicarse con sus padres más que por aquella correspondencia perió-

© Biblioteca Nacional de España

dica y tardía á que la obligaba la distancia, se consideraba sola y sin apoyo, por lo que más que nunca necesitaba de sus propias fuerzas y de su discreta reflexión.

Sus temores se acrecentaron considerablemente y su confusión subió de punto, cuando Rufina burlando la vigilancia de los demás criados y sin miedo al castigo ofrecido por el amo, á quien faltára á su severa consigna, tomó, accediendo á la súplica de un hombre de rústica apariencia, á quien creyó un mendigo, y el cual parecía aguardar una ocasión, apostado en la carretera, en sitio desde el que podía con disimulo ver á quien saliera ó asomase por el lado de la huerta, la carta que entregó á su señora, y cuyo contenido ya conocemos por los párrafos que agregó ésta en la que tenía escrita para sus padres.

La joven quiso aparecer serena y animosa en aquellas últimas líneas, á fin de evitar mayor sufrimiento á los tiernos autores de su vida, pero en su corazón se estableció una lucha horrorosa entre el deseo de poner en claro lo que hubiese de particular y el temor de cometer un acto ofensivo á su esposo, dando oidos á calumnias tal vez de encubiertos enemigos.

Aún sentíase Salud presa de la impresión y de la penosa incertidumbre que le ocasionara la misteriosa misiva que había tenido

© Biblioteca Nacional de España

buen cuidado de hacer desaparecer, quemándola á la luz de una bujía, cuando D. Francisco Giménez desmontando de su hermoso caballo tordo que dejó al cuidado de uno de los negros, se dirigió á la galería donde solía encontrar casi siempre á su esposa, la que en efecto se hallaba allí en actitud meditabunda.

Al verlo ella salió á su encuentro, procurando mostrarse risueña y amable como siempre; más algo debió observar aquél, en su fisonomía, porque la preguntó cuidadoso, acariciándola como á una niña.

—¿Qué tienes, queridita mía, estás mala?

—No, solo un poco de dolor de cabeza, algo de jaqueca que pasará luego durmiendo.

—¡Bah! eso no será nada y espero que con algún reposo se desvanezca; no quiera Dios que hoy te pongas enferma, porque importantes asuntos requieren mi presencia en otro lado y no puedo permanecer junto á tí, bien á pesar mío; esta misma tarde volveré á la ciudad donde habré de evacuar unas diligencias que son de sumo interés llevar á efecto, dado mis propósitos de arreglar en debida forma todos mis negocios para no tener que ocuparme más de ellos cuando fijemos definitivamente nuestra residencia en la Península, como deseas. y hasta terminarlas, en lo cual emplearé quizá dos días, no regresaré.

© Biblioteca Nacional de España

Conforme iba hablando éste, advirtió Salud que se ponía taciturno, que algo así como una ráfaga sombría cruzó por sus ojos al evocar algún desagradable recuerdo y que se estendió por su semblante un tinte de singular preocupación.

Disimulando por su parte, no sin cierta inquietud, puesto que la desconfianza germinaba en su pecho y aún no sabía á qué atenerse respecto al modo de ser y á los secretos de la vida de aquel hombre, contestó por decir algo.

—Agradezco mucho tu actividad en la realización de todo lo que aquí te interesa para irnos luego á vivir con mis padres, como anhelo, y no separarnos más de ellos; pero ¡trabajas demasiado! vas á tomar una insolación por esos campos.

—No te apures, estoy acostumbrado á caminar á caballo largas jornadas, á las horas de más calor.

La conversación continuó espresiva y cariñosa por parte de él, amable y afectuosa por parte de ella, pero costándole á ésta gran violencia el esfuerzo que tuvo que hacer para demostrar un sosiego y una complacencia que no existían en su corazón.

El oportuno anuncio de que no le vería por lo menos en dos días, le dió ánimo y valor para contenerse hasta el fin y no revelar el disgusto y la impaciencia que sentía.

© Biblioteca Nacional de España

Cuando aquel se marchó, experimentó la joven un bienhechor consuelo, y respirando con desahogo como quien se vé de pronto libre de un peso que le agobia, dió gracias al cielo por la feliz coincidencia que en tal ocasión lo alejaba de su lado.

Antes de la llegada de éste, había creido dificil, si no imposible, la celebración de la entrevista que esperaba, porque no se hubiese atrevido, temerosa de que su marido llegase inopinadamente, lo que para su caracter leal y sincero hubiera sido un conflicto; así que al saber lo de su próxima ausencia, aprovechando la cual podría recibir con entera libertad á la desconocida, se desvaneció su apuro y secreta alegría inundó su alma.

Sin tener todavía la certeza, ni la convicción del mal proceder que se le atribuía, empezaba á inspirarle ya aquel hombre honda desconfianza y una clase de sentimiento que no hubiera podido ella definir bien si era miedo ó repulsión; lo cierto es que en cuanto aquel se alejó, se fué á su alcoba y arrodillándose delante de una imagen de Jesús crucificado, rezó agradecida al Señor, por la merced que le hacía librándola en tales circunstancias de la presencia de su marido, y rogó á Dios de todo corazón, que en las confidencias que habrían de hacerle relativas á aquél no encontrase agravio con-

© Biblioteca Nacional de España

tra él ni tacha alguna en su honor, á fin de poder confirmar el concepto en que hasta ahora le había tenido de hombre bueno, honrado y generoso.

Algo más tranquila despues de aquella fervorosa plegaria, la joven llamó á su doncella, y la puso en conocimiento de la visita que aguardaba al día siguiente, la que debía efectuarse con la mayor reserva, sin que se enterasen los demás criados, para lo cual sería preciso alejar á estos durante el día, encargándoles ocupación bastante por el interior de la casa, á fin de retirarlos lo posible de la entrada.

Rufina, discreta aunque de pocos años y de imaginación muy viva, se hizo fácilmente cargo del deseo de la señora y aseguró á ésta que sería fielmente cumplida su voluntad.

Contando, pues, con la leal intervención de la mulata que tanto la quería, se acostó deseosa de descansar de las rudas impresiones de aquel día, pero no le fué posible conciliar el sueño por más que hacía por olvidarlo todo; mil ideas contrarias y mortificantes acudían á su mente, no siendo bastante á hacérselas desechar ni aun el recuerdo querido de los tiernos autores de su existencia, de aquella santa madre que no estaba ahora á su lado para auxiliarla en los momentos de angustia y prestarle el apoyo y la fuerza de sus prudentes consejos.

© Biblioteca Nacional de España

¡Qué noche de insomnio y de febril agitación pasó!..

Rendida, al fin, de tanto desvelo y fatiga, logró, casi al amanecer, reposar un poco, despertando luego más aliviada de sus pesares y con relativa calma y sosiego en su antes acongojado espíritu.

La mañana pasó sin accidente alguno, transcurriendo las horas menos de prisa de lo que Salud deseara según el afan que sentía por salir de incertidumbres y dudas.

Poco después de sonar en un reloj de pared las tres, la hora señalada, Rufina anunció á su ama la llegada de una señora enlutada, é inmediatamente hízola pasar al gabinete donde aquélla se encontraba.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO DIECISEIS

Relato misterioso

Salud, más serena de lo que pensaba, púsose de pié al ver entrar á la desconocida y quedóse fija mirándola.

Esta, levantando el velo del manto que la cubría, saludó con una ligera inclinación de cabeza y permaneció algunos segundos en silencio mirando á su vez con fijeza á la señora de Giménez y como sorprendida de su hermosura y gracia juvenil.

Era la visitante una mujer cuya edad no podía calcularse bien, porque los sufrimientos sin duda habían hecho sensibles estragos en su rostro envejeciéndola prematuramente, pero aún en su semblante, á pesar de todo, y en sus grandes ojos negros, se observaban rasgos de belleza y destellos de juventud.

Su traje extremadamente modesto, denotaba su pobreza.

© Biblioteca Nacional de España

Durante la muda y breve inspección de ambas, Salud comenzó á sentirse inquieta y que su corazón se agitaba cada vez con más fuerza, por lo que deseosa de poner término cuanto antes á tan embarazosa situación, la interrogó de este modo:

—¿Es usted la persona que viene de parte de un caballero para mí desconocido, á hablarme de cierto asunto de mi particular interés?..

—Sí señora, contestó aquella, más con un movimiento afirmativo que con la voz, interrogando á su vez: ¿Es usted la esposa de D. Francisco Giménez?

—Yo soy, respondió la joven, indicándole al mismo tiempo que se sentara.

—¿Con que es cierto? ¿Con que no me han engañado? ¡Oh,! ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡qué infamia tan grande! exclamó la desconocida cubriéndose la cara con las manos.

—Pero ¿qué quiere usted decir, señora? ¿Qué infamia es esa de que habla? preguntó estremecida la hija de D. Pedro.

—Es usted víctima de un engaño odioso, respondió la enlutada con acento de convicción;—juguete de una desordenada pasión, cómplice sin saberlo de un crimen inaudito.

—¡Por favor! dijo entonces Salud con tono suplicante, asustada de lo que oía,—¡explíquese enseguida; no difiera un momento más mi tormento!

© Biblioteca Nacional de España

—¿Usted conocía al hombre con quien se ha unido? preguntó aquella por toda respuesta.

—No;—y agregó la joven para mayor esclarecimiento de la verdad:—Lo ví por primera vez en casa de unos parientes; acababa de llegar de América, nadie lo conocía ni tuvimos más antecedentes de su vida que los que él mismo dió; lo creimos desde luego una persona honrada y digna; su trato y sus acciones así lo demostraron... Me hizo el amor, más no le correspondí, no le podía corresponder porque mi corazón acababa de sufrir un golpe cruel y no le quedaban alientos para amar; pero la desdicha hizo que mi padre enfermase de muerte; nuestra situación era precaria; mi madre y yo estábamos locas de dolor!.. Francisco nos visitaba y comprendiendo fácilmente nuestro apuro y tribulación, nos prestó expontáneamente sus auxilios, con tal oportunidad, fueron tantos sus cuidados y su solicitud junto al paciente y tan grande sus prodigalidades para todos nosotros, que mi padre le debió la vida y mi madre y yo quedamos hondamente agradecidas y tan obligadas á este hombre generoso, que juzgando un deber cualquier sacrificio en su obsequio, en cambio de los beneficios recibidos, le concedí mi mano. Me casé con él sin verdadero amor, todo por gratitud, lo confieso;

© Biblioteca Nacional de España

pero mi esposo, señora, es muy bueno y debe haber un error en lo que usted supone.

—¡Ojalá, pobre niña, estuviésemos equivocadas, pero no sucede así por desgracia. Oiga usted, en breves palabras la historia del que llama su esposo!

Y acercándose más á la joven, comenzó de este modo su interlocutora con voz triste y emocionada.

—D. Francisco Giménez es hijo de un honrado comerciante montañés que le legó al morir una mediana fortuna, producto de su trabajo. Apenas quedó en posesión de ésta se casó con la hija única del socio de su padre, que también había muerto, cuya joven pensando haber encontrado en esta unión el apoyo y la protección que necesitaban su orfandad y su ignorancia de las cosas del mundo, puesto que apenas contaba diez y seis años, no titubeó en aceptar alianza tan ventajosa, creyendo así asegurado su porvenir y la tranquilidad de su existencia, pero se engañó tristemente.

Interna en un colegio hasta el fallecimiento del autor de sus días, que murió de repente, quedó, no se sabe cómo, la tutoría y cuidado de la menor á cargo de D. Francisco Giménez, quien no tardó en proponer á la joven como cosa necesaria y conveniente á las consideraciones del mundo, su matrimonio, que aquella aceptó hasta con agra-

© Biblioteca Nacional de España

decimiento. La huérfana no había tenido tiempo de tratar ni de conocer á fondo al hombre con quien se halló de pronto íntimamente ligada con el vínculo del sacramento matrimonial, é ignoraba por consecuencia todo lo relativo á su modo de ser y á su conducta anterior.

En un principio Giménez pareció enamorado de su mujer, pero á los pocos meses de su unión el proceder de aquel comenzó á ser bien extraño; se hizo de carácter díscolo y seco, y su desvío y mal humor cada vez más significativos con su débil compañera, fueron en aumento hasta que recelosa aquella y herida en su dignidad de esposa, pudo averiguar con discreción, por medio de una fiel sirvienta, que su marido se hallaba locamente enamorado desde antes de su casamiento, de una mujer casada de la que jamás había obtenido ni obtendr ía seguramente la menor esperanza de correspondencia, por ser aquella dechado de virtudes y fiel observadora de sus deberes conyugales á la vez que esposa adorada y amante de su consorte.

Descorrida la venda que poco tiempo cubrió los ojos de la infortunada huérfana, comprendió claramente la causa del desamor y de la indiferencia para con ella, de aquel hombre que sin duda por una combinación egoista había resuelto su matrimonio

© Biblioteca Nacional de España

con ella, para hacerse dueño absoluto de la fortuna que por partes iguales habían los padres de ambos tan honrosa y próbidamente acumulado.

Prudente la infeliz con exceso, no le dirigió la menor reconvención, ni exhaló la más leve queja, y resignóse á sufrir con paciencia los malos tratamientos y las groserías de su marido siempre tirano é injusto con la pobre joven.

Un día corrieron por la población y se divulgaron con rapidez los pormenores de un crimen misterioso, que hicieron estremecer á esta.

En el seno de aquel feliz matrimonio, en el cual Giménez había tratado de introducir la discordia y el deshonor, con el más inícuo de los ultrajes, ocurrió un drama terrible; sin que existieran motivos conocidos ni fuera dable adivinar la causa que permaneció en el más impenetrable secreto para la justicia, los dos esposos aparecieron muertos en su lecho, barbaramente asesinados. Díjose al principio que el marido celoso había matado á su mujer degollándose él enseguida; pero otra versión quizá más verídica, se propaló á continuación. Se aseguró, que un negro, criado de la casa, que dos días después apareció ahogado en el mar, movido por alguna venganza oculta, había sido el autor del doble asesinato.

© Biblioteca Nacional de España

Durante algún tiempo Giménez anduvo cabizbajo y sombrío; su aspereza y su crueldad para con los seres que le rodeaban, fueron insoportables, pero poco á poco la calma pareció renacer en su espíritu y pasaron días de relativa tranquilidad para su mujer.

No duró, sin embargo, mucho, aquel estado de cosas. Nuevo germen venenoso debió inocular su virus en aquel corazón tan ardiente para el amor como frío para todo otro género de sentimiento puro y delicado. Una pasión, más loca si cabe que la anterior, alteró otra vez el carácter y las costumbres de aquel hombre vehemente y arrebatado.

Tula, su mujer, no tardó en adivinarlo y en saberlo todo. Esta vez se trataba de una joven y hermosa señorita en vísperas de contraer matrimonio con un distinguido y bizarro militar.

Las temerarias tentativas de Giménez por hacerse amar, por satisfacer su capricho ó más bien, sus apetitos bestiales, fueron inútiles. Creyendo que el estorbo acaso era su mujer, una noche intentó matarla asestándole un furioso golpe en la cabeza que la dejó sin sentido. Muchos días estuvo esta enferma y delirante, dando á luz en aquel triste período á su tercer hijo; no he dicho á usted, señora, que la infeliz, era ya madre de otros dos habidos en las contadas

© Biblioteca Nacional de España

épocas de calma aparente en su matrimonio, pues á todo esto habían transcurrido unos cinco años.

Cuando se halló restablecida de su enfermedad, supo, con espanto, que el militar, futuro esposo de aquella señorita, había sido encontrado asesinado en el camino de Cárdenas, desde donde venía á verla con frecuencia, y que ella sumida en el mayor desconsuelo se disponía á consagrarse à Dios, encerrándose para siempre en un convento.

Desde este suceso que pareció relacionado en cierto modo con el crimen anterior, en la imaginación de Tula, ésta, sin proferir una palabra, ni una queja, miró con profundo horror á su marido.

Entre tanto, los negocios de éste habían prosperado, contaba ya con una buena renta, y ya fuera por su posición desahogada ó por su hipocresía, pasaba en la sociedad por persona digna y de intachable conducta, y su reputación parecía á cubierto de toda sospecha. Sin embargo, en el seno de su familia, no podía ser más cruel y abominable, pues ni amaba á sus hijos ni sentía el menor afecto por su mujer, y era además un déspota para todos los que junto á él vivían.

Como era de esperar, llegó otra ocasión en que una infeliz perdida, alusinada por sus ofrendas, se apoderó de su corazón. Des-

© Biblioteca Nacional de España

de aquella fecha el martirio de su mujer fué más despiadado y más contínuo todavía. Al cabo de dos años de indecibles tormentos, alterada la razón de la desgraciada Tula, fué encerrada en un manicomio, por disposición de su marido. Dios quiso, á pesar de todo, devolverle pronto la luz del entendimiento, pero el cruel esposo se opuso tenazmente á sacarla de allí, bajo el pretexto de que no se hallaba bien curada aún.

Cuatro años pasaron de aquel modo, hasta que un tío de Tula, D. Carlos de la Rosa, que hasta entonces había residido en la América septentrional, enterado al llegar á Cuba, de lo que acontecía á su sobrina, hija de una hermana á la que amó mucho, fué á verla, y gracias á su bondad y valimiento, logró la triste encarcelada, pues una prisión había sido para ella su reclusión en aquella casa de salud, salir de allí y volver á reunirse con sus hijos y su marido. Este, pretextando que los aires del campo probarían mejor á Tula, la llevó á una apartada hacienda, instalándola allí en compañía de sus hijos y de un solo servidor, un negro de terrible aspecto y de mirada feroz, que más parecía puesto á su lado para imponerles miedo que para defenderlos, en caso necesario, de cualquier agresión, pues por aquellos sitios frecuentados de bandoleros, habían ocurrido ya varios robos y secuestros.

© Biblioteca Nacional de España

Atemorizada, más por sus hijos que por ella misma, la pobre mujer rogó á su marido, en dos ocasiones en que fué éste á la hacienda, que los llevara á la ciudad ó á cualquier otro punto más seguro, pero inútilmente; allí tuvieron que permanecer al fin, cerca de un año, como relegados al olvido y en el más completo aislamiento.

Cuando por una rara casualidad llegaron hasta el destierro de Tula, noticias de la población, supo la infeliz, sin extrañeza ni asombro, que su marido había partido para España en compañía de su querida, una mujer bien conocida en la población por sus deshonrosos antecedentes. Casi al mismo tiempo, Tula daba á la existencia otro hijo, sin más asistencia que la de una pobre campesina; y en tal situación, desatendida y abandonada, sin los auxilios y cuidados que requería su estado, pensó en huir de aquella vida salvaje á que habían sido recluídos ella y aquellos pequeños séres de su alma, yendo á refugiarse á la capital; pero ¿cómo escapar de la vigilancia del negro guardian? En vano hubiera sido pretender hacerle su cómplice, excitando su compasión ó por medio de dádivas, ¡no poseía dinero! En tal conflicto, Dios la favoreció providencialmente.

Una mañana el negro recibió un fuerte golpe en un pié, á causa de la caída de un

© Biblioteca Nacional de España

pesado madero, y contuso, fué arrastrándose hasta su lecho, donde se vió obligado á permanecer dominado por el dolor: un sentimiento de caridad impulsó á su ama á curarlo con los medios que halló á su alcance, pero luego, aprovechando la impotencia de aquél y la oportunidad, que sin duda no se ofrecería otra, para poner en práctica su deseo, seguida de sus hijos, con el más pequeño apenas de un mes, en brazos, se lanzó al campo sin calcular los peligros y dificultades que arrostraba y lo fácilmente que podría extraviarse por el bosque.

La fé que alentaba el espíritu de aquella desgraciada criatura, dióle ánimo, sin embargo, para seguir adelante, y después de algunas horas de marcha, cuando ya empezaba á fatigarse, encontró por bondad divina á un pobre carretero que con su vehículo se dirigía á la ciudad, y movido á lástima por el aspecto angustioso de la débil mujer y de los tiernos niños que apenas podían ya andar, les hizo subir en el carro, beneficio que la pobre agradeció, yendo así cómodamente hasta el fin de la jornada.

Cuando se vió en la población, la primera gestión de Tula fué preguntar por su tío en la fonda donde éste solía hospedarse, pero el caballero había emprendido, hacía algunos meses, un nuevo viaje. La casa de su marido, su propia casa, hallábase hermética-

© Biblioteca Nacional de España

mente cerrada. Entonces dirigióse en busca del administrador á quien Giménez dejara al ausentarse el encargo de todos sus negocios, según pudo saber por una casa de comercio donde preguntó y adquirió noticias, pero aquél, desconocido para ella, y hombre de carácter duro y seco, la contestó á su demanda de socorros, con un laconismo que heló la sangre de la desdichada, que no tenía orden ni atribuciones para atender á semejante solicitud.

En tal conflicto, la pobre madre, sintió por sus hijos haber abandonado le mansión campestre donde la obligara á vivir su marido, pero aquella especie de prisión guardada por el feroz negro, la asustaba, y todo lo prefería antes que volver á ella; ¡mas ¡ay! la infeliz se halló desde aquel momento sin hogar y sin pan que dar á sus inocentes hijos!

Una inspiración providencial trajo en tan apurado trance á su memoria, el recuerdo de una antigua sirvienta que hubo en su casa en vida de sus padres, y en su pobre vivienda se refugió, debiendo á los buenos sentimientos de esta mujer, el no perecer de hambre.

Tula, intentó trabajar, más inútilmente, carecía de fuerzas para todo, y además, ¿quién cuidaría de sus hijos?

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO DIECISIETE

Aclaración

Dos años próximamente han pasado en tan angustiosa situación.

En este tiempo la anciana criada que los protegía ha muerto.

Tula y sus hijos se encuentran en la mayor miseria... y en tanto, el marido culpable, después de pasar alegremente el tiempo viajando, vuelve de Andalucía cínicamente casado contra toda ley, con una inocente joven, procurando el mayor secreto y rodeándose de todo género de reservas, á fin de no dar publicidad al hecho, en este país donde tantos lo conocen y dispuesto á realizar sus bienes para huir de una vez á la Península, sin cuidarse para nada de su legítima mujer ni de sus hijos que perecerán desamparados.

—¡No será así, no, ¡Dios mío! esto es horrible! gritó Salud sin poder ya contener por

© Biblioteca Nacional de España

más tiempo la indignación que la ahogaba. ¡No era viudo como había dicho! ¡vive su mujer! ¡Oh, qué engaño más infame, qué estado el mío más extraño y vergonzoso!...

Pero es preciso antes de nada, exclamó tras una breve pausa, pensar en esas desdichadas criaturas. Su mujer... ¿dónde está? ¿dónde vive? ¡dígame por favor!

—¡Su mujer... soy yo! contestó la interrogada con los ojos llenos de lágrimas.

—¡Ah, lo había comprendido!—Pues bien, no perdamos un instante... yo hablaré con él... acaso podríamos yendo las dos reunidas en su busca, arreglar el asunto como es debido en favor de usted... es preciso que usted y sus inocentes hijos ocupen el lugar que de derecho les corresponde.

—Gracias, señora, pero debo prevenir á usted que no obre con precipitación, guiada por los nobles impulsos que se desbordan de su alma; conozco á Francisco lo bastante para temerlo todo de él y sé que debe usted emplear el disimulo y la precaución si quiere hacer algo en mi beneficio, sin exponerse usted misma á sufrir las consecuencias de sus bondadosos actos. Es posible que Giménez vaya esta noche, porque lo he citado yo, á mi pobre vivienda, y creo que no faltará. He aquí la copia de la esquela que le he dirigido;

«Francisco: sé que te encuentras en la

© Biblioteca Nacional de España

Habana, y aunque para nada te acuerdas de estos seres desdichados que viven en el más cruel abandono, yo necesito hablarte. Si no por mí, por nuestros hijos, te ruego que vengas esta noche á las nueve, calle de las Virtudes, número 11. Estoy dispuesta á no callar por más tiempo; si no atiendes á mi súplica, mañana me quejaré al juez de tu conducta con nosotros. Espero que por tu propia conveniencia evitarás el escándalo. Tu mujer,

TULA.»

—Con esta carta confío que no dejará de ir, puesto que á él más que á nadie, interesa no dar publicidad á sus actos. Mi objeto en esta entrevista, es pedirle que asigne lo necesario á sus hijos para atender á su subsistencia y educación. No deseo más que eso. Pero al propio tiempo quisiera que usted señora, para mayor convencimiento suyo, fuese testigo oculta en una habitación, de la escena que tendrá lugar entre él y yo.

—Accedo á ello de buen grado, contestó con decisión la joven, y puesto que ninguna consideración debo guardar ya al hombre que tan villanamente me ha engañado, estoy dispuesta á salir de esta casa para no volver más á ella. Me voy, pues, con usted y con mi fiel Rufina, sin dejar razón de mi paradero, y en el primer vapor que salga para la Península volveré á mi patria,

© Biblioteca Nacional de España

alejándome para siempre de ese hombre que tiene aquí deberes tan sagrados que cumplir.

—Nos hallamos á bastante distancia de la ciudad, y ofrezco á usted el mismo coche que me ha conducido hasta cerca de aquí, gracias á la generosidad de mi buen tío, D. Carlos de la Rosa, que lo puso á mi disposición. Por este pariente que regresó hace ya algunos días, de su último viaje, es por quien he sabido la nueva infamia cometida por Francisco al contraer otras nupcias existiendo yo, sin precaver siquiera las funestas consecuencias que pueden resultar de su ilegal é indigna conducta. Por llegar al colmo de sus torpes pasiones no se ha detenido ni ante el odioso delito de bigamia, ni ante la criminal acción de labrar la desgracia de una virtuosa joven; quien así obra es capaz de todo y es preciso prevenirse contra él. En mi pobre morada puede usted permanecer el tiempo que guste, segura de que no habrá de figurarse que se encuentra usted á mi lado. Mi tío velará por nosotras, y si es menester la justicia nos defenderá.

Iba haciéndose ya tarde, y no queriendo Salud detenerse más tiempo, tal era el miedo y el espanto que le causaba la idea de volver á ver á aquel hombre, si por casualidad, contra lo que había dejado dicho,

© Biblioteca Nacional de España

volvía por la noche, dió con la reserva y prontitud que el caso requería sus instrucciones á Rufina; tomó de sus ahorros lo indispensable para el viaje que se propuso realizar inmediatamente, y guardando todo lo demás regalado por D. Francisco, dinero y alhajas, en una preciosa cajita de ébano, rogó á Tula, no sin costarle trabajo convencerla, que aceptase aquel recuerdo suyo para los niños. No era legal ni digno á su juicio, conservar ya nada de aquello; le hubiera parecido un robo sacrílego hallándose estos pobres seres, con màs derecho á los intereses del miserable, en la indigencia y el abandono.

Se envolvió en un manto para cubrirse mejor, y aprovechando la ocasión de estar los criados cada uno en su ocupación, lejos de los sitios por donde tenían que pasar, salieron las tres y subiendo al coche que aguardaba en un recodo del camino, emprendieron la marcha à la capital.

Cuando se vió fuera de aquella elegante mansión que había sido cómodamente alhajada y embellecida para albergarla como á inocente avecilla en dorada jaula, un hondo suspiro se escapó de lo profundo de su pecho y gruesas lágrimas se deslizaron de sus ojos.

La tierna joven lloró conmovida, pero no de pena por alejarse de aquel lugar encan-

© Biblioteca Nacional de España

tador, ni de sentimiento por abandonar al hombre á quien hasta entonces había tenido por esposo leal y digno, sino de indignación, por el daño que le había hecho engañándola de modo tan inícuo, y de dolor por hallarse en aquel trance á tan larga distancia de sus honrados padres que á su vez sufrirían la más terrible decepción cuando se enterasen.

La idea de marchar pronto á su suelo natal y al lado de aquellos, la consoló un tanto y dióle ánimo para seguir hasta el fin de aquel lance harto enojoso para ella.

Además, la vista de su infeliz compañera, aquella pobre madre relegada al olvido con sus tiernos hijos, viviendo en la miseria más cruel, resignada y humilde, sin otra aspiración que la de adquirir lo más necesario para que no se muriesen de hambre aquellos pedazos de su corazón, le dió fuerzas para serenarse pensando que todavía ella era menos infortunada y que debía contribuir por su parte á la realización de los deseos justos y naturales de la desgraciada madre.

Propósito que se afirmó doblemente en su noble espíritu, cuando al llegar á la casa de aquélla obtuvo la completa evidencia de la triste situación en que vivía, y vió á sus hijos escuálidos y mal vestidos, lacerando

© Biblioteca Nacional de España

su sensible corazón el aspecto de las criaturas.

Era tal la pobreza de la habitación, que solo había en ella dos sillas, un velador con retales de costura, y junto á este una cuna de madera, en la cual dormía el más pequeño de los niños, como de dos años de edad, pálido y delgadito, reflejo de la escasez y de los dolores con que lo amamantó su desdichada madre.

Los otros tres, dos niñas y un niño, de seis, ocho y once años de edad respectivamente, revelaban tambien en sus semblantes las necesidades que sufrían.

¡De cuánta compasión, de qué inmensa pena se sintió poseido el pecho de Salud, en presencia de aquel cuadro lastimoso!

Después de un breve descanso, durante el cual salió Tula para prevenir por disposición de su huéspeda, una sustanciosa aunque modesta comida, y comprar además algunas golosinas para los niños que desde el primer momento miraron con ojos de simpatía y confianza á aquella joven señora que los acariciaba y les hablaba con singular dulzura, Salud hondamente impresionada se entregó á sus pensamientos y á las más sérias reflexiones sobre sus actuales circunstancias.

Era un caso escepcional y dificil el suyo y por todos conceptos doloroso para ella, el

© Biblioteca Nacional de España

haber vivido unida á un hipócrita sin conciencia, que fingiendo á sus ojos bondades y virtudes, la rodeó de toda clase de bienestar y de halagos, mientras su mujer y sus hijos aquella primera familia que él por egoismo se había creado, lloraban su abandono y su proceder tiránico é indigno con ellos.

¡Ah, sí! estaba decidida á partir inmediatamente, á alejarse de aquel país donde tan horrible golpe acababa de experimentar, y á influir, si con su ausencia ó de algún otro modo podía, en favor de aquellos desventurados.

Cuando volvió Tula, de acuerdo con ella, dió aviso á D. Carlos de la Rosa, de su estancia en casa de su sobrina y de su deseo de hablarle con urgencia aquella misma tarde.

El anciano tío se apresuró á corresponder al deseo de la joven, y poco después se hallaba en su presencia.

Era éste con efecto el mismo caballero de fisonomía respetable y bondadosa que la previno en la fonda gaditana de que era objeto de un engaño.

D. Carlos de la Rosa, hermano de la madre de Tula, como ya dijimos, se estableció desde muy joven en la capital de los Estados-Unidos, con una mediana fortuna que aumentó con trabajo y equidad primero, y

© Biblioteca Nacional de España

después con el gran éxito que obtuvo en unas empresas ferroviarias, que á más de provecho positivo le dieron importancia y consideración, llegando más adelante, por su valía, á ocupar cargos oficiales en aquel gobierno. Casó con una linda norte americana de la que tuvo numerosos hijos, y fué muy feliz largo periodo de años, hasta que la suerte se cansó de favorecerlo. En poco tiempo experimentó dos golpes terribles; la pérdida de un hijo, y á los dos meses la de su mujer á la que tanto amaba. No se había repuesto aún de tan tremendos dolores, cuando enfermó y murió en breves días su hija menor, joven bellísima de quince años, que era su consuelo y su encanto, y con la única con quien vivía, pues los demás hijos, tres varones y dos hembras más, se habían casado. Creyó volverse loco de pena, y no queriendo ya ningún goce del mundo para él, hizo sus disposiciones testamentarias y dió á cada uno de sus hijos su parte correspondiente, quedándose para sí tan solo con una modesta renta que ya no pensó más en aumentar. Cuando terminó estos asuntos, cayó en una tristeza profunda y los médicos para distraerlo de sus lúgubres pensamientos, le mandaron viajar. Entonces dirigióse á Cuba su país natal, y adquiriendo noticias de los pocos parientes que allí le quedaban, supo el triste destino de su sobrina

© Biblioteca Nacional de España

carnal Tula Castro de la Rosa, recluída en aquella época en un establecimiento de alienados. La visitó, y asombróle encontrarla cuerda y sana, por lo que interpuso enseguida sus influencias para sacarla de allí y hacer que volviese al lado de su marido y de sus hijos. D. Carlos no pudo por más que lo deseara durante su estancia en la Habana, ver y hablar á Giménez, bajo pretexto, éste, de sus ocupaciones que le retenían la mayor parte del tiempo fuera de la ciudad. Le conoció mucho cuando eran los dos jóvenes, aunque de algunos años más el señor de la Rosa, y no había olvidado nunca el tipo vulgar de aquel muchacho hipócrita y solapado, pero suponía que con la edad se habría reformado su caracter y modificado sus ideas. Ignoraba, pues, porque Tula nada se atrevió á decirle, las maldades de aquel hombre, aunque algo debió sospechar de su conducta, por el abandono en que tuvo á su mujer en el manicomio, sin reclamarla, estando ya buena, hasta que él por escrito y con el apoyo judicial, se lo pidió. Hecho este beneficio á su sobrina, y creyendo dejarla tranquila y segura bajo la potestad conyugal, se alejó de la Habana y después de recorrer parte de la América meridional, se encaminó hácia las costas españolas. Deseaba conocer las regiones principales de la Península y había visitado ya las provincias

© Biblioteca Nacional de España

más notables, cuando en Cádiz, dispuesto á volver á las Antillas, para desde allí emprender un nuevo derrotero, antes de regresar á Washington, le pareció reconocer en el compañero de Salud á aquel Giménez amigo antiguo y hoy su sobrino político, á quien suponía al lado de Tula y de sus hijos en la capital cubana. Dudó por tanto en un principio, y creyó ser víctima de una equivocación, por tan extraordinaria semejanza entre la fisonomía de este individuo y la de Giménez que jamás se borró de su memoria, hasta que preguntando á un criado el nombre de aquel compañero de fonda, adquirió la evidencia de que no se había engañado, y comprendió con pesadumbre la conducta vil que este observaba con aquella pobre mártir que sufría en la Habana, mientras el miserable en España pasaba por esposo de una mujer joven y linda. No podía creer que hubiera contraído ilegalmente un segundo matrimonio viviendo su primera esposa, y desde el primer instante deseó una entrevista reservada con la joven compañera de Giménez, para advertirla de que era casado si no lo sabía, é influir en favor de su sobrina.

Ya sabemos cómo consiguió hablar unos momentos con Salud, sorprendiéndole saber al fin con certeza, el infame delito de poligamia cometido por aquel hombre sin con-

© Biblioteca Nacional de España

ciencia, y cómo compadecido de la bondad y candidez de la engañada joven, solo se atrevió á prevenirla embozadamente y á suplicarle que hiciese un viaje á la capital de Cuba, con objeto de que allí conociese y se convenciera por sus propios ojos, de la verdad de los hechos.

Cuando volvió D. Carlos á aquel país, costóle no poco trabajo indagar el paradero de la infeliz Tula. Al cabo de muchos días de infructuosas pesquisas, el buen tío, que no quería abandonar la Habana sin haber hecho algo en obsequio de la hija de su difunta hermana, logró con el auxilio de un hábil agente de policía, descubrir su residencia.

Había fallecido ya la buena sirvienta que la acogió con los niños, en su casa, y que la prestó la protección que pudo en su pobreza; y no contaba la infeliz Tula con más recurso que el mezquino de su insuficiente trabajo de costura, por lo que D. Carlos llegó providencialmente en ocasión en que la pobre madre desesperada, en medio de la miseria que amenazaba concluir con ella y con sus inocentes hijos, había pensado más de una vez, poner fin á sus desdichas por medio del suicidio.

D. Carlos la socorrió oportunamente; púsola en antecedentes del descubrimiento que había hecho en Cádiz, y la prometió no au-

© Biblioteca Nacional de España

sentarse de allí y protejerla mientras ella y sus hijos necesitasen amparo.

Estaba dispuesto á no abandonar á aquellos infelices y hasta á llevar al villano bígamo á los tribunales, si Tula no se hubiese opuesto á esta idea por no desacreditar al padre de sus hijos, siendo el deseo de ésta solamente una separación parcial y que el marido infiel le señalase una pensión para el sostenimiento de aquellas tiernas criaturas.

Al adquirir, el Sr. de la Rosa, noticia del regreso de Giménez, y después de averiguar sigilosamente si le acompañaba la joven que conoció en la fonda, y dónde se albergaba, dió instrucciones á su sobrina y la aconsejó lo que debía hacer.

Ya presenciamos la furtiva visita de Tula á Salud, y llegamos al punto en que ésta huyó de la casa de su marido, en compañía de su rival, en cuya morada se refugió y solicitó una entrevista con D. Carlos á fin de que éste le facilitase pasaje en algún vapor y la acompañara hasta el momento de su embarque, para escapar cuanto antes del alcance del hombre infame que así hacía la desgracia de dos mujeres y poder ampararse libremente en el hogar paterno.

Pronto previno el buen anciano, todo lo que fué menester para el viaje que debía emprender la joven al día siguiente, en un buque mercante que salía para Santander.

© Biblioteca Nacional de España

[illegible] la amenaza [illegible] y
[illegible] necesarios al efecto.
Estaba dispuesto [illegible] abandonar á sus
[illegible] y [illegible] llevar al [illegible]
[illegible] las [illegible] si [illegible] no se habia
opuesto á esta idea, por no desobedecer
al padre de sus hijos, siendo el deseo de és-
ta solamente una separacion parcial y que
su marido infiel le señalase una pension pa-
ra el sostenimiento de aquellas tiernas cria-
turas.

Al adquirir, el Sr. de la Rosa, noticia del
ingreso de Girónes, y despues de averiguar
sigilosamente si le acompañaba la joven que
conoció en la fonda, y dónde se albergaba,
dió instrucciones á su sobrina y la acon-
sejó lo que debia hacer.

Ya presenciamos la furtiva visita de Ña
Salud, y tambien el paso en que ésta
huyó de la casa de su marido, en compa-
ñía de su rival, en cuya morada se refugió
y [illegible] con D. Carlos á fin
de que éste le facilitase pasaje en algun va-
por y la acompañase hasta el momento de
su embarque, para [illegible] cuanto antes del
alcance del hombre infame que así [illegible] la
desgracia de dos mujeres y poder ampararse
[illegible] en el hogar paterno.

Pronto preparó el buen anciano, todo lo
que [illegible] necesario para el viaje que debia em-
prender la joven el dia siguiente, en un
buque mercante que salía para Santander.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO DIECIOCHO

Huida

La misma noche del día en que ocurrieron los sucesos narrados en el capítulo anterior, Tula con su hijo pequeño en brazos, aguardaba el momento supremo de la entrevista que esperaba tener con su marido.

Había enviado á sus otros hijos á la fonda donde se hospedaba el tío, á fin de evitar que se encontrasen en el acto que iba á tener lugar, y suplicado á Salud que se ocultara en la alcoba inmediata, por cuya puerta de cristales podía observar y enterarse de todo lo que allí pasara.

La hora de la cita llegó y con gran puntualidad, como quien desea evadirse pronto de un compromiso molesto y enojoso, el marido engañador se presentó resueltamente en la pobre morada de su mujer.

La hija de doña Angela, temblando con-

© Biblioteca Nacional de España

vulsivamente, presenció desde su escondite, la odiosa escena que se desarrolló ante sus ojos, quedando plenamente convencida de que el hombre aquel era un malvado, sin pundonor, sin conciencia y sin sentimientos humanos, pues ni siquiera se conmovió á la vista de su tierno hijo.

Lo que escuchó Salud de boca de D. Francisco, que tan ageno se hallaba de que ella le oía, fué todo tan afrentoso y cruel para la infeliz esposa, que más de una vez estuvo á punto de descubrirse gritando indignada: ¡miserable!

Tula, prudente y precavida, nada dijo á aquél, ni dióse por entendida en lo más mínimo, de hallarse enterada de su matrimonio ilegal con otra mujer, ni se refirió á más que á su justa reclamación de recursos para subvesnir á las necesidades de sus cuatro hijos.

El impío, acaso más bien por contener las quejas de su mujer, para que no lo delatase como había ofrecido, dando á conocer sus hechos, que por compasión hacia aquellas criaturas, la prometió asignarle una exigua mensualidad, y sin detenerse á más, ni preguntarle una sola vez por los hijos ausentes de su vista, se dispuso á marcharse dirigiéndole antes la siguiente amenaza:

—Si después de esto, te atreves á pronunciar la menor palabra en contra mía, si me

© Biblioteca Nacional de España

sobreviene algún mal por tu causa, téulo entendido y no lo olvides, tus hijos se quedarán sin madre. Yo ni te amo ni te compadezco; eres una imbécil, y como tal has debido permanecer siempre encerrada lejos del mundo y de la sociedad, en la que no haces falta y donde hace mucho tiempo que estás de sobra.

—Yo te prometo, balbuceó la pobre mujer con humilde resignación y sufriendo con paciencia tan groseros insultos; no decir jamás nada que te perjudique, pero siquiera ten lástima de nuestros hijos, ¡mira á este enfermito, y dí si tu corazón no se enternece al contemplarlo y si no despierta en tu alma el sentimiento paterno!...

—¡Déjame en paz!—contestó con dureza, sin dirigir ni una mirada al inocente niño;—y no vuelvas á llamarme más en tu vida, porque no estoy dispuesto á ser juguete de tus estúpidos caprichos.

Al acabar estas palabras, el feroz padre fué á salir cuando llegaron al propio tiempo los otros tres hijos, y abriéndose paso bruscamente sin fijarse en ellos, como si huyera de su presencia, se alejó rápidamente sin tener para su pobre familia ni un acento de cariño, ni un rasgo de caridad, ni una mirada de consuelo.

Las criaturas, asustadas al ver salir de tal modo á aquel hombre á quien no habían

© Biblioteca Nacional de España

tenido tiempo de conocer, y viendo á su madre pálida y llorosa, se arrojaron en sus brazos, é instintivamente comenzaron tambien á llorar.

El cuadro de la santa mártir rodeada de sus ángeles, todos anegados en lágrimas, conmovió profundamente el corazón de Salud y lloró con ellos...

¡El hombre á quien había creído digno, caritativo y bondadoso, era una fiera, un mónstruo de perversidad, merecedor de un ejemplar castigo y del desprecio de sus semejantes, si Dios no mandase ser misericordiosos y compasivos hasta con los mayores criminales.

Después de tantas y tan violentas emociones, la hija de D. Pedro, pasó toda la noche en vela, reflexionando tristemente sobre su desdicha y la de aquellos infelices, y deseando que la luz del día ahuyentase las tinieblas de noche tan larga que le pareció interminable, para emprender su viaje antes que el inhumano marido y despiadado padre, se apercibiese de su escapatoria, pues aunque se consideraba segura bajo la salvaguardia del noble Sr. de la Rosa que favorecía su huida, y en último caso podría reclamar el amparo de la ley, tenía miedo de aquel á quien creía ya capaz de todo, y le aterraba la idea de volver á encontrarse con él.

A la mañana siguiente, á la hora precisa,

© Biblioteca Nacional de España

fué D. Carlos con un coche, en busca de Salud que se separó ya con pena de aquellos desgraciados seres, y temblando de angustia y de sobresalto, pero contenta al verse en camino de adquirir su libertad, y se dirigieron al muelle.

El caballero había tomado pasaje para la joven en el «Peninsular,» hermoso vapor que estaba ya dispuesto á zarpar con rumbo á la capital santanderina; pues aunque salía otro directo á Cádiz, calculó el anciano con muy buen acierto, que sería mejor embarcar á su protegida en aquél á fin de despistar en los primeros instantes á D. Francisco, si notaba antes de lo que esperaban, la fuga de la joven.

Instalada en el «Peninsular» y bien recomendada por D. Carlos al capitán del barco, Salud se despidió afectuosa del bondadoso tío de Tula, mostrándose en extremo reconocida por la generosa protección que le había dispensado hasta el último momento, y dejándole las señas de su casa en Sevilla, por si algún día iba repetirle su gratitud, partió conmovida y palpitante, de aquel suelo extraño donde tan rudo golpe acababa de sufrir.

Los primeros días de viaje los pasó la joven abismada en sus tristes pensamientos y retirada casi siempre en su camarote, pero atendiendo á los ruegos de la señora del

© Biblioteca Nacional de España

capitán, que acompañaba á su esposo en aquella expedición, comenzó á pasear con ella todos los días un rato sobre cubierta, y sea que la amable señora procuraba distraerla ó que los aires marinos influían favorablemente en su naturaleza, es lo cierto que fué calmándose la excitación nerviosa con que salió de la Habana, y que al fin entró su espíritu en un periodo de relativa tranquilidad.

Cuando llegó á Santander, su primer cuidado fué avisar á sus queridos padres su arribo á la Península, más no queriendo hacerlo telegráficamente por no causarles tanta sorpresa, resolvió escribirles y detenerse allí hasta el día siguiente, aceptando la genorosa hospitalidad que le ofreciera en su casa la señora del capitán, su nueva amiga, con quien había simpatizado mucho. Enseguida escribió lo que sigue á los autores de sus días, que tan agenos estaban á aquellas horas, de que su hija se encontraba en España.

—«Mis amados padres; empiecen por alegrarse de la noticia que voy á comunicarles. Acabo de llegar á Santander, y mañana, en el tren correo, continuaré mi viaje de regreso á esa. ¿Os sorprende, verdad, mi vuelta, sin haberos anunciado nada de ella en mi anterior carta?

Pues no tiene nada de extraño, dado mi

© Biblioteca Nacional de España

afán de volver á veros. Francisco queda en Cuba; sus ocupaciones no le han permitido acompañarme. Después que os abrace os contaré muchas cosas.

Soy dichosa solo al pensar que pronto estaré á vuestro lado para no separarme nunca más de vosotros. Vuestra amante hija,

SALUD.»

Como se vé nada quiso decir por escrito á aquéllos, de sus sufrimientos y de los desagradables sucesos que habían motivado su inesperada vuelta á Sevilla. Tiempo tenía luego de darles la noticia fatal de la desventura de que era víctima.

Puede considerar el lector, sin que nuestra débil inteligencia se esfuerce por esplicarlo, el efecto que esta carta anunciadora de tan feliz nueva, produciría en el ánimo de los buenos padres.

La primera impresión fué de alegría inmensa, porque tan en breve iban á ver á su hija, pero pensando después un poco, su regreso de modo tan inopinado y sola, les hizo sospechar, adivinando que algo extraordinario sucedía.

Esta incertidumbre llenó de profunda consternación sus almas por algunos instantes, pero la idea venturosa del próximo retorno de aquélla, fué superior á todo y ya no pensaron más que en el momento dichoso

© Biblioteca Nacional de España

de verla y recibirla en sus paternales brazos.

Al día siguiente, como anunciaba la carta, la tierna hija estrechaba con toda la efusión de su alma, contra su pecho, á sus amados padres quienes lloraron de alegría al contemplarla otra vez á su lado.

No tardó Salud, satisfaciendo la ansiedad de éstos por saber cuanto le hubiese ocurrido, en referirles la verdad de todo, sin omitir nada, y los honrados esposos indignados contra el hombre aquel que de modo tan audaz y villano habíalos engañado, dieron gracias á Dios porque les devolvía á su hija, poniéndola bajo su amparo, libre ya de las maldades de aquel mónstruo de quien tanto se podía temer, puesto que no había vacilado en abusar del candor y la inocencia de una pobre joven, y de la buena fé de unos sencillos padres, profanando el santo sacramento del matrimonio, con el crimen odioso de poligamia, crimen digno en verdad de más severo castigo que el que le imponen nuestras leyes actuales.

© Biblioteca Nacional de España

CAPITULO DIECINUEVE

Se descorre el velo

Dejemos á Salud descansando ya en la dulce quietud del hogar santificado por las virtudes de sus bondadosos padres, al abrigo de los que verdaderamente la querían con amor puro y desinteresado, después de haber sufrido tan rudas y encontradas emociones, en breve periodo, y volviendo con la facilidad del novelista, en el ligero vehículo de la imaginación, á la capital de Cuba, sabremos por nuestras propias gestiones, el efecto que produjo en D. Francisco Giménez la desaparición de Salud.

Poniendo antes en claro algunos puntos oscuros de la historia referida por Tula, diremos que su casamiento con aquel hombre que había merecido tanta confianza por parte de su padre quien al morir le confiara todos sus negocios, no se había verificado por amor; aceptó por marido á Giménez

© Biblioteca Nacional de España

pensando encontrar en él, como ya oimos antes, un protector á su orfandad. Buena y virtuosa, cumplió fielmente sus deberes de esposa y hasta llegó á amar al padre de sus hijos, con todo el ardor de su corazón de criolla.

Aquel, aunque en la apariencia enamorado de ella, en el fondo de su pecho sentía de muy distinto modo; habíale impulsado á tal unión otro sentimiento menos digno, pues desde que murió su consocio, de modo bien extraño, poco después que su padre, fué su principal objeto, su único propósito, hacerse dueño absoluto de todo por el sencillo procedimiento de su matrimonio con la huérfana, como así lo verificó; y pasadas las primeras impresiones de su efímera ó más bien fingida pasión, mostróse el hombre como era en realidad, grosero y egoista, y ya sabemos por la narración de la infeliz Tula, todo lo acontecido en su desgraciada vida conyugal.

Giménez desde el momento en que se vió dueño de aquella fortuna que estaba ligada con la suya y que él fué aumentando considerablemente con sus negocios y manejos más ó menos hábiles ó ilegales, sintió por su mujer una indiferencia tal, un desvío tan grande, que no tardó en convertirse en tedio y hasta en odio, lanzándose entonces con el mayor cinismo al grosero culto de sus

© Biblioteca Nacional de España

mal encubiertas y abominables pasiones, sin que le inquietasen nada los sufrimientos de su mujer ni el cuidado de sus tiernos hijos.

Ciegamente apasionado desde antes de su unión con Tula, de la esposa de un amigo suyo, mujer de extraordinaria belleza, y hombre este respetable y muy conocido en los grandes centros mercantiles del país, con quien había hecho negocios de entidad, Giménez intimó por estos medios con aquél, logrando así acercarse á la mujer amada.

Hipócrita y artero, frecuentaba la casa de su amigo que noble y confiado no había dado cabida en su corazón á la menor sospecha, y buscando las ocasiones de no hallarse aquél, consiguió insinuar primero y revelar después su bastarda pasión á la esposa que indignada le rechazó. Virtuosa, recatada y amante del honor de su marido, la buena señora por evitar un conflicto, ocultó á su esposo lo que pasaba y se negó en absoluto á comparecer más sola en presencia de su asediador quien por su parte hizo todo lo imaginable por volverla á hablar, no consiguiéndolo en mucho tiempo.

Exacerbado con tantos obstáculos el ardiente sentimiento del fogoso amador, preparó las cosas de modo que una tarde hallándose de visita en casa de aquéllos, llamaron apresuradamente al esposo para tratar

© Biblioteca Nacional de España

de un asunto importante y marchó éste, quedando solo el falso amigo con la señora que no pudo sustraerse de la vista de aquel hombre odioso.

Aprovechó D. Francisco los instantes para pintar de nuevo con los colores más vivos sus amorosos deseos, pero ella roja de vergüenza, con el orgullo de la dignidad ofendida, lo rechazó de nuevo, y con severas y enérgicas frases le prometió contar à su marido lo que ocurría para que le retirara su bondadosa amistad que no merecía y le cerrara las puertas de su casa cuyos dinteles no era digno de traspasar; y así diciendo sin dar oido siquiera á las amenazas que aquél con sordas é irritadas palabras le dirigiera, se retiró á su aposento, dando orden á un criado para que acompañara á aquel caballero hasta la puerta.

Exasperado, iracundo, al verse obligado á salir de allí, sin haber adelantado nada en sus propósitos, el desairado amante, juró para sus adentros vengarse de aquella mujer indomable. Uno de los servidores de la casa, cuyas condiciones conocía por haber sido criado suyo en otro tiempo, fué el elegido por él para la ejecución de sus designios.

Era aquel un negro de musculatura atlética, de caracter solapado y ambicioso hasta

© Biblioteca Nacional de España

el punto de aceptar todos los medios que se le ofrecieran de ganar dinero.

Este era el hombre que necesitaba don Francisco.

Le citó á un sitio solitario junto al mar, y allí sentados sobre unas peñas, hízole confidente de sus aviesas intenciones y le ofreció una suma considerable si se prestaba á sus deseos; no vaciló mucho en aceptar el terrible negro, y conformes ambos en lo que se debía de hacer se separaron, después de haber convenido en que ejecutado el negocio, el negro acudiría á aquel mismo sitio para recibir el precio de su trabajo.

Dos días después, los periódicos locales se ocupaban del doble crimen cometido en las personas de aquel honrado matrimonio, recayendo las sospechas de este asesinato en el criado negro que al propio tiempo había desaparecido de la casa; pero la confusión de los jueces fué grande cuando apareció en el mar el cadáver del doméstico destrozado casi contra los peñascos del sitio donde fué hallado, y sin otros datos que esclarecieran el asunto, quedó aquel triste suceso envuelto entre las sombras del misterio.

Desde la comisión de aquellos salvajes crímenes, D. Francisco anduvo mucho tiempo hosco y taciturno, acrecentándose en el fondo de su pecho el odio que sentía há-

© Biblioteca Nacional de España

cia su desdichada mujer y su indiferencia glacial por todo lo que le rodeaba. Más llegó un día, sin embargo, en que el hielo se deshizo.

En un viaje que hizo por el centro de la isla, conoció á una joven de fisonomía tan dulce como bella, hija de un comandante del ejército, y sus mal dormidas pasiones despertaron con mayor ímpetu.

Puso en práctica todos sus ardides de batalla, todos los ingenios de combatir y todas las argucias posibles para cautivar á la inocente doncella, pero ni sus miradas ni sus arteras flechas de amor, lograron llamar la atención de aquella joven que por su parte amaba y era amada á la vez de un distinguido capitán de infantería con quien iba á unirse en breve plazo con la indisoluble cadena del matrimonio.

No pudiendo conseguir su objeto, por más esfuerzos que hizo D. Francisco, despechado y lleno de ira por los inconvenientes que hallaba siempre en sus difíciles empeños, se propuso impedir aquella unión, por cualquier medio que fuese.

Apercibida sin duda la joven del tenaz asedio de que era objeto, trató de sustraerse á la vista de aquel hombre impertinente y atrevido, y se fué á pasar unos días con la familia de su padre, que residía accidentalmente en una hermosa posesión campestre.

© Biblioteca Nacional de España

No tardó en averiguar esto nuestro hombre, como también que su afortunado rival iba allí con frecuencia á visitar á su amada; aguijoneado tanto por el gusano roedor de los celos como por el desaire que sufría, se decidió á llevar á vías de hecho sus perversos fines, más no quiso esta vez confiar á nadie sus intentos.

Marchó una tarde al oscurecer en dirección á la quinta, y bien de noche ya, asegurándose antes de que no era visto por nadie, se apostó detrás de unos espesos árboles, junto al camino por donde sabía que solía pasar á caballo el joven capitán después de hablar con su novia, para dirigirse á Cárdenas, distante dos leguas de allí, donde se hallaba destinado.

Bien ageno el militar de lo que le esperaba aquella noche, llena el alma de ilusiones y el corazón de dulces y lisongeras esperanzas, marchaba distraído, cuando un ligero ruido le hizo detenerse y mirar hácia los árboles.

Al mismo tiempo un tiro de revólver y una bala silvando por entre las ramas, vino á incrustrarse en su cabeza y el joven cayó instantáneamente en tierra, sin vida, muerto de aquella manera vil y alevosa de que solo es capaz valerse la traición y la envidia juntas en un pecho depravado y feroz.

Por más averiguaciones que se hicieron no pudo la justicia descubrir al miserable

© Biblioteca Nacional de España

autor de aquel homicidio que causó honda sensación, porque el bizarro oficial era muy estimado en el ejército y muy apreciado de cuantos conocían su intachable conducta.

Júzguese la sorpresa y dolo de su prometida cuando tuvo conocimiento del inesperado fin del joven asesinado tan villanamente.

Loca de pena, desolada y triste, renunció desde aquel momento á todo lo del mundo, pues ya no creia posible la dicha sin el hombre amado, y dedicándole por entero su recuerdo, se consagró al Señor en un convento de madres teresianas.

Para consolarse del mal éxito de su postrero amor, sin que la conciencia le remordiese un instante por sus repetidos y monstruosos delitos, sin duda porque ningún sentimiento noble y generoso había podido ablandar su empedernido corazón, buscó en la hez de la sociedad digna compañera suya y se entregó de lleno á los halagos de una mujer de la peor estofa.

Los sufrimientos de la pobre Tula aumentaron entonces de un modo horrible, como ella misma refiriera, hasta el momento en que después de todos los sucesos ya conocidos, quedó con sus hijos bajo la desinteresada y noble protección de su buen tío.

Unido D. Francisco, como con lazos de hierro, á la mujer que últimamente se había

© Biblioteca Nacional de España

hecho dueña de su voluntad, cedió fácilmente á todos sus caprichos y no opuso dificultad cuando aquélla para gozar más libremente de sus impúdicos amores y de las ventajas que le ofrecía la fortuna de su amante, le propuso emprender juntos un viaje á la Península visitando en primer lugar Andalucía.

Ya recordarán nuestros lectores que don Francisco Giménez llegó á Sevilla en compañía de una mujer, joven aún, á la que hacía pasar por sobrina.

Era aquella misma, su compañera de aventuras; más el imperio de esta mujer no duró más que hasta entonces sobre su pecho.

Un nuevo amor más profundo, más violento, se hizo dueño de aquel voluble y sensual corazón, desde el punto en que conoció á la encantadora y angelical Salud, un día de Semana Santa, en casa de su pariente de la calle de Francos.

Desde este momento su sobrina fingida fué un estorbo para él y solo pensó en el modo de deshacerse de ella.

Haciéndole creer la precisión que tenía por cierto asunto, de volver enseguida á Cuba, marchó con ella á la capital gaditana y cuando todo estaba ya dispuesto para partir, casi en el momento de embarcarse, fingió recibir un telegrama de América en el que se le daban algunos encargos relacio-

© Biblioteca Nacional de España

nados con el importante negocio de que se trataba, por lo cual le era indispensable detenerse hasta la salida de un nuevo vapor.

La convenció á marchar sola para no perder el importe del pasaje de los dos, que ya tenía tomado, y le prometió ir enseguida á reunirse con ella.

Partió Leocadia, que así se llamaba esta mujer, sin dudar al pronto de que fuese verdad el inconveniente que detenía allí á su amante.

Mas, cuando ya en su patria pasaron días y hasta meses sin que volviera aquél y sin obtener ninguna noticia suya, comprendió el engaño y despechada, colérica, rabió de ira al encontrarse burlada de aquel modo.

Dispuesta sin embargo, á no ceder ni á conformarse á vivir separada de aquel hombre cuya fortuna le interesaba más que su cariño al fin pasagero y caprichoso, se resolvió á espiar el momento de su vuelta al país, puesto que indudablemente debía volver.

Cuando pudo saber por sus propias pesquisas que Giménez había regresado y no solo, porque una joven hermosa le acompañaba, aunque al pronto ignoró á dónde había ido á parar esta, su resentimiento y su encono contra aquél, fueron mayores. Buscó, á pesar de todo, ocasión de hablarle, y cuando no sin dificultades consiguió verlo en su

© Biblioteca Nacional de España

casa de la capital, después de sostener con él un serio altercado, probó por medio de la humildad ganarlo de nuevo; rogó, suplicó, pero todo fué inútil; solo consiguió una terminante negativa á sus exigencias, y que su antiguo amante, ya de mal humor y deseoso de cortar radicalmente con aquel género de relaciones que en tal ocasión podían perjudicarle, después de darle algún dinero la arrojase de su casa prohibiéndole en absoluto que se pusiese más en su presencia.

Leocadia, desesperada por el mal resultado de sus gestiones, viendo por tierra sus locas esperanzas de bienestar y de goces junto al rico D. Francisco, juró vengarse de éste en la primera ocasión.

Tenía esta desventurada un hermano que por su mala conducta había sido encausado en varias ocasiones, y que á la sazón hallábase cumpliendo la última condena. Poco tiempo le restaba ya de permanecer en presidio y Leocadia le esperó afanosa para comunicarle sus designios y que le ayudase á realizar su intento.

En honor de la verdad, el presidiario tenía un sentimiento bueno y este era su entrañable cariño por su hermana, único ser que restaba de su familia.

Cuando se vió en libertad y supo por boca de ésta que exageró con los más fal-

© Biblioteca Nacional de España

sós extremos de dolor el engaño y el abandono de que era víctima, le prometió que si el hombre aquél al regresar á la isla, pues otra vez se había ausentado, no volvía á reunirse con ella, pagaría caro su desvío y su desprecio.

© Biblioteca Nacional de España

CAPITULO VEINTE

Desesperación

Aclarado ya el misterio en que se hallaba envuelta la existencia del protagonista principal de este libro, y conocidos de nuestros lectores hasta los secretos más íntimos de este hombre feroz é implacable con sus desdichadas víctimas, así como el trágico desenlace que tuvieron todos sus culpables amoríos, recordaremos cuando lo conocimos en Sevilla, los medios de que se valió para vencer la repugnancia que costó á Salud acceder á ser su esposa, único medio posible de hacerla suya, pero como esto legalmente no podía ser, no titubeó en poner por obra el plan que le sugirió su maquiavélica imaginación.

Escribió con toda reserva, ofreciendo una suma considerable al encargado de sus negocios en Cuba, que como él, era hombre tambien de poco escrupulosa conciencia, y ob-

© Biblioteca Nacional de España

tuvo todos los documentos falsos que fueron indispensables para llevar á cabo sin dificultades aquel religioso acto sacramental.

Apasionado real y verdaderamente de la encantadora sevillana, Salud Gutiérrez, gozó de una inefable dicha como nunca sentida, en su unión con ella; aunque muchas veces el remordimiento atormentó su alma atrofiada por sus horrendas culpas, y en ocasiones llegó á sentirse capaz de regenerarse, embriagado entre la pura atmósfera de las virtudes de aquélla, y con deseos vehementes de ennoblecer sus sentimientos haciéndose digno de su amor.

Efecto de su ciega adoración por la joven, no supo resistir á su antojo, que juzgó natural y sincero, de acompañarle á la Habana, y accedió con el propósito de conducirse allí discretamente instalándola en el campo como lo hizo, con las precauciones que ya sabemos, no presentándola en público ni yendo todos los días á verla, á fin de no inspirar sospechas á los que le conocían y evitar las complicaciones y disgustos que pudieran proporcionarle el descubrimiento de su falsedad.

Pero no le valieron sus ardides, pues ya hemos visto cómo la casualidad dirigida sin duda por la providencia, hizo que Salud se enterase de todo, y protegida por el buen tío de Tula, después de saber por ésta cuanto

© Biblioteca Nacional de España

le convenía saber, huyó sigilosamente de la casa del falso marido y regalando generosamente cuanto poseía de valor á la mujer legítima, á fin de aliviar su triste suerte, y porque no quería llevar consigo ninguno de aquellos recuerdos que la indignaban dolorosamente, se embarcó sin demora para España.

La misma noche de la entrevista con su mujer y todo el día siguiente, Giménez se ocupó del arreglo de la pensión solicitada por ésta para que no lo molestase más, y porque ansiaba activar la terminación de todos sus asuntos, para irse á vivir tranquilamente con su nueva esposa á la capital de Andalucía, por cuya razón hasta el otro día, por la noche, no volvió á la morada campestre de su bella Salud.

Pero ¡cuánta fué su sorpresa y cuánta su desesperación al encontrarse que aquélla había desaparecido! Inútilmente interrogó á los criados, por la señora; ellos habían notado su ausencia y la de Rufina, pero no sabían nada, ni habían podido enterarse de la visita que recibió aquella por la tarde, ni de su salida en compañía de la indicada persona y de Rufina, alejados como estaban de la entrada de la casa, cada cual en la ocupación que habíale ordenado la doncella por mandato del ama.

Tal fué la esplicación de los servidores

© Biblioteca Nacional de España

que de ningún modo pudo satisfacer al señor.

Giménez, como león furioso, ó como tigre al que arrancan de entre los dientes la presa apenas gustada, lanzando ahullidos é imprecaciones espantosas, recorrió uno por uno todos los departamentos de la casa, el jardín, el huerto, la campiña en una gran extensión, por los alrededores de la hacienda, sin obtener resultado en sus pesquisas.

¿Qué podría haber sucedido á la joven? pensaba en tanto con verdadero dolor. ¿Un secuestro con el designio de exigir dinero? Muy bien podía ocurrir en aquel apartado lugar, siendo así que por entonces los campos cubanos se hallaban infestados de bandidos, y muchas veces por aquellos contornos merodearon partidas de malhechores. Pero ¿y la mulata, se preguntaba enseguida; con qué objeto se la habían de llevar? ¿Habría ido á la capital sin su consentimiento? ¿Sabría algo y trataría de embarcarse para su país? Todas estas interrogaciones se las hacía á sí mismo profundamente conmovido, y multitud de ideas á cual más inverosímiles y extrañas, acudían en tropel á su imaginacion, sin lograr el esclarecimiento de la verdad, ni poder esplicarse lo sucedido.

Volvió á las habitaciones que ocupara Salud é hizo un registro escrupuloso en todos

© Biblioteca Nacional de España

sus muebles; su ropa toda estaba allí, sus adornos, sus labores, los objetos de su uso; pero... y sus alhajas? ¿y las valiosas joyas que él le había regalado? éstas no parecían; ya no había más que pensar; ó el robo perpetrado por miserables salteadores, ó la huida de la joven sabedora de todo; pero esta última suposición fué la que tuvo menos cabida en su cerebro.

Loco de furor, ciego de ira como demonio burlado, desahogó su cólera en los pobres negros castigándolos cruelmente con fuertes latigazos, despidió á puntapiés á la cocinera, por si tenía alguna parte de complicidad en la evasión, y derramando lágrimas de rabioso sentimiento, volvió sin demora á la capital con la secreta esperanza todavía de encontrarla allí, ó de descubrir la verdad por dolorosa que fuera.

¡Ah! si él hubiera podido delatar á la justicia el caso inesperado de aquella desaparición, y poner en movimiento á los agentes de la autoridad para buscarla, fácilmente se hubiese puesto sobre sus huellas; pero no podía hacerlo sin delatarse á sí mismo, sin poner en evidencia toda la gravedad de sus propios hechos.

Preciso le fué, pues, contenerse y revestirse de valor, para hacer por sí solo con todo género de reserva sus pesquisas, decidido en último caso, á buscar á Salud á to-

© Biblioteca Nacional de España

da costa, aunque fuese menester emplear en ello una buena parte de su fortuna.

En los primeros momentos, llevado de un extraño impulso, de un vago presentimiento, corrió al muelle, pero aquel día no zarparon vapores para España, sino para otros puntos extranjeros, y en el rol de ninguno de ellos encontró entre los nombres de los pasajeros el de la mujer amada.

Dos días de mortales ansias pasó en contínuas averiguaciones sin adelantar un paso en ellas; sin poder, con gran desesperación suya, descubrir su paradero, y sin más esperanza ya, tomando cuerpo en su imaginación la sospecha de que se hubiese alejado de aquel país, antes de él apercibirse de su fuga, se dirigió á varios consignatarios de vapores, logrando saber entonces, que una señora cuyas señas coincidían con las que él daba, acompañada de una joven mulata, se había embarcado hacía tres días con dirección á la Península.

No fué menester más. Preparó enseguida con febril apresuramiento su viaje, dejando á cargo del hombre de su confianza sus negocios é intereses, y embarcose en el primer vapor fletado para España, en seguimiento de aquella mujer tan querida como ingrata, á juício suyo.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO VEINTIUNO

Energía inesperada

Adelantándonos á D. Francisco Giménez, sin necesidad de atravesar como él la inmensidad del mar, en fragil barco movido por la hélice menos ligera y poderosa que el pensamiento humano, y volviendo rápidamente á la hermosa ciudad del Guadalquivir, á donde la engañada esposa había ido á buscar protección y refugio en el hogar paterno, diremos que Salud, temerosa de que el hombre aquel, como era de esperar, siguiese tras ella, dió órdenes terminantes en su casa para que á nadie se le abriese la puerta sin saber ella á quién, á fin de evitar que el impostor se introdujese de improviso, y para poner en práctica á su vez el plan que ya tenía premeditado.

No tardó muchos en realizarse sus temores.

Pocos días habían transcurrido desde su

© Biblioteca Nacional de España

regreso á Sevilla, cuando una tarde, Rufina se precipitó en el cuarto de su señorita diciéndola con palabras entrecortadas por el miedo.

—¡Ama mía!... ¡Señora!... ¡Señorita!...

—¿Qué quieres? respondió Salud saliéndole al encuentro.

—¡Ahí viene!... ¡Ahí viene!... repitió aquélla con marcada expresión de susto.

—¿Qué dices, Rufina? preguntó á su vez con sobresalto su joven ama.

—¡Ahí està, señora!... ¡Ahí está!... ¡desde el balcón lo he visto bajarse de un coche, muy cerca de esta casa!...

—¿Pero á quién? vamos, cálmate y habla sin aturdimiento, dijo Salud, no con menos espanto que su doncella, adivinando desde el primer instante.

—¡D. Pancho!... ¡el amo!... ¡ya estará aquí... ¡ya llama!

Con efecto, llamaron á la puerta de la calle, y Salud, aperentando una tranquilidad que estaba muy lejos de sentir en tales momentos, se apresuró á decir á la joven:

—Bien, retírate, y dí que nadie abra.

La campanilla volvió á sonar, y entonces la hija del honrado sastre, elevando una mirada suplicante como pidiendo al cielo serenidad y valor, asomóse por el balcón del piso principal, que daba al patio, frente á la cancela que cerraba la entrada de la ca-

© Biblioteca Nacional de España

lle, á través de cuyos calados hierros vió en realidad la silueta del bígamo, y preguntó como si no le hubiese conocido:

—¿Quién es?

Tras una exclamación de alegría, al verla, contestó el que llegaba.

—Abre; soy yo, tu marido; ¿no me conoces?

—No puede usted entrar en esta casa.

—¿Cómo? dijo aquel estupefacto, ¿qué dices? ¿no sabes ya quién soy? Abre, Salud mía; me has dado un disgusto horrible, viniéndote sin decirme una palabra; y abandonándolo todo te he seguido cuando logré saber tu partida á España. ¿Por qué has sido tan cruel conmigo? ¿no te amo más que á mi vida? Pero abre, yo te perdono el daño que me has hecho.

—Es inútil, caballero; ni abro á usted ni tengo por qué darle cuenta de mis actos. El hombre que engaña tan villanamente á una joven por medio de un segundo y falso enlace, dejando en otro país, en el abandono y la miseria, á su primera y legítima esposa con cuatro hijos, no merece perdón.

—¡Oh! ¿quién te ha dicho?... preguntó sorprendido el culpable, y enseguida reponiéndose, añadió:—Escúchame unos momentos... yo me enamoré ciegamente de tí...

—Basta, caballero; interrumpió la joven

© Biblioteca Nacional de España

con dignidad.—Sé cuanto tenía que saber y no debo escucharlo más.

—No me desesperes; no abuses del dominio que tienes sobre mi alma; abre, replicó con insistencia, antes que los transeuntes se aperciban de lo que sucede y llamemos la atención.

—He dicho á usted que no abro; contestó ella con suprema energía, agregando de modo que desconcertó á su interlocutor: —y márchese usted ahora mismo, si no quiere que el escándalo sea mayor, pues á todo el mundo diré quién es usted, y si se averiguan ciertos puntos sombríos de su vida, perderá usted mucho más que yo.

—¡Pero esto es inconcebible!... Salud; me han calumniado inícuamente! ¡Por piedad!... óyeme unos instantes!

—Vanas son sus súplicas; váyase usted inmediatamente, y tome pasaje en el primer vapor que salga para Cuba, se lo aconsejo, á fin de reunirse allí con su mujer y sus hijos; vaya usted á cumplir como es debido con sus verdaderas obligaciones conyugales, y no se acuerde nunca más de mí; es el único favor que le pido; y si se atreve á volver otra vez, si no se pone en viaje cuanto antes, como le digo, hablaré, lo denunciaré en público, y purgará usted en una carcel todos sus delitos.

—¡Oh, eres inexorable; te desconozco; has

© Biblioteca Nacional de España

cambiado en poco tiempo!... ¡Si yo supiera quien te ha hablado de mí en tales términos!... rugió con rabia, apretando iracundo entre sus manos los hierros de la cancela como si quisiera forzarlos ó triturarlos de igual modo que hubiese hecho con la persona que lo había descubierto.

—¡Márchese usted ó grito! exclamó Salud ya con miedo, y deseando poner fin á tan violenta escena;—¡márchese ó pediré auxilio á la autoridad, para que el juez se encargue de esclarecer su criminal conducta y el fin misterioso y horrendo de sus anteriores amoríos!

D. Francisco palideció aterrado; y anonadado, estremecido, no pudo articular palabra.

—Me voy; dijo al fin con reconcentrado y sordo acento; y limpiándose con el dorso de la mano derecha las lágrimas que resbalaban candentes por sus mejillas, añadió: pero si algún sentimiento queda en tu alma por el hombre que te adora, que por tu amor ha sido capaz de todo, no me delates, yo te juro que me marcho á Cuba, y desde allí te indemnizaré de lo que hayas sufrido por mi culpa, enviándote una pensión suficiente...

—No quiero nada;—interrumpió Salud con viveza,—dedíquelo usted todo á los que tienen más derechos que yo; á mí me basta con esta casa que tan generosamente puso

© Biblioteca Nacional de España

usted á nombre de mis padres... yo, volveré á trabajar.

—¡Salud! ¡Salud!... ¡siquiera por agradecimiento!...

—Sí; agradezco á usted todo el bien que me haya hecho, pero el daño que en cambio me ha causado es espantoso, abominable, cruel; justo es que sufra usted algún castigo. Todo ha concluído entre nosotros. Su pobre mujer de usted y sus hijos que lloran abandonados, reclaman su presencia en aquel país. Si se reune usted con ellos, y se conduce noblemente, procurando con buenas acciones regenerar su pasado, borrar sus culpas, yo rogaré al cielo misericordia y perdón para usted. Adios.

—¡Aguarda un momento, Salud! ¡Salud de mi vida! ¡no me dejes así! ¡ten compasión de este desventurado! gritó con acento de verdadera desesperación el americano.

Pero la joven habíase retirado ya del balcón y observando entonces D. Francisco que algunas personas se habían detenido en la puerta, á sus voces, y lo miraban con curiosidad, creyéndolo tal vez loco, juzgó lo más prudente marcharse, y se encaminó hácia una fonda donde no fuese conocido con el propósito de alejarse aquel mismo día de Sevilla, antes que fuese público su delito de poligamia y que la autoridad judicial interviniese deteniéndolo.

© Biblioteca Nacional de España

La engañada joven entre tanto, después de las energías tan impropias de su caracter, que se había visto obligada á desplegar con aquel hombre, á fin de alejarlo de su lado para siempre quedó nerviosa, preocupada, inquieta, no fiándose de lo que el miserable fuese capaz de hacer en venganza contra ella, ó contra los otros débiles séres que habían quedado en la capital antillana, sin más esperanzas que las que ella al partir dió sincera y generosa á la triste madre.

Tula y Salud se habían otrecido mútuamente escribirse lo que les aconteciera de particular, poniéndose de acuerdo para que las cartas de ésta fueran con dirección á don Carlos de la Rosa, y así lo cumplió Salud, dando cuenta á aquella de lo que había pasado á la llegada de Giménez, con minuciosos pormenores de la conversación habida entre ambos, y rogándole que si él regresaba de veras á la Habana, como le había ofrecido, se lo comunicase á ella para su tranquilidad.

En previsión de lo que pudiera suceder, la joven no salió de su casa en mucho tiempo, ni aún para ir á misa, queriendo de este modo evitar tambien las hablillas, murmuraciones y comentarios de la vecindad.



© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

CAPITULO VEINTIDOS

Un antiguo amigo

D. Pedro continuaba progresivamente su negocio de sastrería. La parroquia había aumentado y los ingresos que eran cada vez mayores, le permitieron, algún tiempo después de la escena referida, convertir lo que solo era taller, en establecimiento, con la sencilla reforma de quitar las rejas de las ventanas y abrir éstas en forma de puertas, una de las cuales utilizó de escaparate, para poner á la vista los géneros, bajo una gran muestra en la que con letras bien visibles, figuraba su nombre.

Hizo cubrir las paredes con sencilla y elegante anaquelería y en vez de la pobre mesa que había antes, colocó en el centro un pequeño mostrador de charolada caoba, agregando para comodidad de sus clientes, sillas de la misma luciente y tallada madera. Tambien aumentó el personal de obreros y

© Biblioteca Nacional de España

puso un encargado inteligente y de confianza al frente de todo.

La calle era una de las afluyentes al centro de la población, por cuyo motivo la transformación tuvo éxito y la casa de Gutiérrez comenzó à adquirir crédito y á experimentar ventajas que antes no tenía.

Un día hallándose D. Pedro dando sus órdenes para la confección de un traje que acababan de encargarle, penetró, un tanto indeciso, en el establecimiento, un joven pálido, con barba negra, y después de mirar con alguna detención al jefe de la casa, dirigióse á él resueltamente diciéndolo con tono afectuoso:

—¿Cómo está usted, D. Pedro?

Este lo miró á su vez, contestando á su saludo con cierta extrañeza y como queriendo recordar aquella fisonomía que no le era desconocida, hasta que concluyó por preguntarle con acento inseguro:

—¿Es usted D. Luis de Salazar?

—El mismo; sino que sin duda me encuentra usted variado con la barba y por las huellas que han dejado en mi rostro los sufrimientos.

—Pues ¿cómo? Yo lo consideraba á usted feliz desde que se casó.

—El matrimonio que me ví precisado á realizar contra mi deseo, ha sido un cúmulo de amarguras y de penas para mí.

© Biblioteca Nacional de España

—No comprendo...

—La gratitud me puso en el deber de aceptar el enlace propuesto por el pariente á quien todo lo debía, pero mi mujer estaba enferma, herida de muerte, y á los pocos meses de casado enviudé. Algún tiempo más tarde murieron tambien, en un corto periodo, mi madre y mi tío, dejándonos éste herederos de su cuantiosa fortuna á mis hermanas y á mí. Cumplida su voluntad en cuanto á sus postreras disposiciones, y ultimado todo lo concerniente á la testamentaría, no pudiendo resistir la tristeza que se apoderó de nuestros ánimos en aquel pueblo donde tan tremendos y dolorosos golpes sufrimos en breve tiempo, hemos trasladado nuestra residencia á Sevilla. En la calle de Trajano, 48, donde he establecido mi gabinete de consultas, me tiene á su disposición. ¿Y... la familia? preguntó con acento entrecortado por la timidez, no atreviéndose quizá á pronunciar el nombre de la que tanto amara en no lejana fecha, pero ávido sin duda de adquirir noticias de ella.

—Está buena; más aquí, amigo mío, han pasado tambien cosas extraordinarias que no son para contadas en este sitio.

Luis, no esperando indudablemente que se le franquearan como en otro tiempo las puertas de aquella casa, sin que antes media-

© Biblioteca Nacional de España

se una esplicación, más esplícita por su parte, aprovechando las palabras de D. Pedro y su benévola acogida, se apresuró á decir.

—Si usted acepta un café esta noche en el Suizo, tendré sumo gusto en que hablemos un rato.

—No tengo inconveniente, contestó aquel, á las nueve nos veremos en el citado café y hablaremos cuanto quiera.

Obtenida esta promesa, que era lo que deseaba Luis de Salazar, y no creyendo oportuno permanecer más tiempo allí, se despidió afectuosamente del bondadoso industrial, sin atreverse tampoco entonces á dirigirle la menor pregunta acerca del cambio favorable que observaba en su derredor, lo cual acusaba mejoría de fortuna, por parte de aquél, alegrándose en el fondo de su corazón, se propuso enterarse aquella noche de cuanto hubiese ocurrido de particular en el seno de aquella inolvidable familia.

Apenas el joven traspuso el dintel de la puerta, D. Pedro, que había sentido anteriormente singular simpatía por él, sin prevenir al pronto el efecto que pudiera causar, corrió á dar la nueva á su mujer y á su hija de la visita que acaba de recibir y de la cita que tenía con el joven doctor aquella noche.

Mortal palidez se estendió por el rostro de Salud al escuchar tan inesperada noticia, y á punto estuvo de caer accidentada

© Biblioteca Nacional de España

con gran pesadumbre de su padre que se arrepintió de su ligereza, si doña Angela no hubiese acudido en su auxilio sosteniéndola amorosamente.

¡En qué ocasión, Dios santo, volvía á saber la triste joven del hombre adorado por quien su corazón no había dejado jamás de latir, á pesar de sus imponderables esfuerzos por ahogar aquel sentimiento, cuando se creía legalmente unida á otro con el indisoluble lazo del matrimonio! Pero ahora que Luis volvía viudo, dando pruebas con su visita de mantener en su pecho vivo el recuerdo de ella, y sin duda también aquel dulce afecto que se profesaron mútuamente, no apagado tampoco en su corazón, ahora... ¡Qué situación más rara y escepcional, la de Salud! ¡Ni casada, ni viuda, ni soltera!

¡Qué efecto le produciría á él, y qué idea formaría de ella, cuando supiese todo lo acontecido!

A juicio de la infeliz, reprocharía su conducta, calificándola de indigna, y la despreciaría por crédula y ambiciosa... ¿Cómo había de comprender el inmenso sacrificio que hizo la pobre consintiendo en una unión que rechazaba su alma y que efectuó solo por agradecimiento, en atención á los beneficios otorgados á su padre?

Cierto que su matrimonio con el americano debía ser nulo, por el caso ilegal en

© Biblioteca Nacional de España

que se había verificado, no admitido en nuestra religión, en nuestras costumbres ni en nuestras leyes, y porque ella se había prestado á tal enlace, ignorando los antecedentes de aquel hombre, siendo así víctima inocente del más cruel y afrentoso engaño. ¿Pero dejaría ya de quedar por eso, pensaba la triste, en una situación anómala y estraña? ¿No resultaría desprestigiada en el concepto del joven que podría hasta dudar de la pureza de sus intenciones y de su honor que ella estimaba tanto y por el que hubiera sido capaz de perder la vida antes que consentir en que la más leve mancha lo enturbiase?

Su estado era por demás cruel y doloroso, pero severa en su manera de pensar, hasta consigo mismo, juzgó lo más prudente no ver á su antiguo novio, ni consentir jamás, aunque para ello tuviera que mortificar profundamente su alma, que se volviese á hablar delante de ella de aquel hombre querido, porque temía y desconfiaba de su fortaleza de ánimo, solo con escuchar su nombre.

Así lo suplicó á sus padres, y éstos aprobando siempre las discretas determinaciones de su hija, la ofrecieron hacerlo así, aunque por su parte D. Pedro cumpliese su palabra de ver aquella noche al joven y le contase cuanto desde su alejamiento había sucedido,

© Biblioteca Nacional de España

prefiriendo Salud que su padre le dijese la verdad detallada de todo, antes que la duda de aquel echase mayores sombras sobre su infortunio.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO VEINTITRES

Desencanto

Antes de la hora prefijada, Luis de Salazar sentado junto á una mesa en el café Suizo, miraba impaciente hácia las puertas de entrada que tienen acceso en sentidos opuestos, la una por la calle de las Sierpes y la otra por la de la Cuna, dando á entender á cualquier observador curioso que se fijase en ello, que esperaba á alguien con visibles señales de ansiedad.

Poco después de las nueve, entre la multitud de personas que seguían invadiendo aquel espacioso y bien concurrido establecimiento, singularmente en aquellas horas, descubrió nuestro joven al individuo á quien aguardaba y poniéndose de pié como movido por un resorte, hízole señas de que se acercase, estrechando en breve con inequívocas muestras de alegría, una de las manos

© Biblioteca Nacional de España

de D. Pedro Gutiérrez, quien á su vez le correspondió con iguales pruebas de afecto.

Sentados ya, pidieron café y mientras lo servían, preguntó el joven con marcado interés por la salud de doña Angela y de su hija.

Contestado satisfactoriamente por D. Pedro y aprovechando éste la oportunidad de haberse alejado ya el camarero, dió principio á la relación minuciosa de todo lo acaecido en su casa durante los tres años próximamente que habían transcurrido desde que el joven se ausentó, empezando por la dolorosa impresión que sufrió Salud con la inesperada causa que motivó el rompimiento entre ellos; refirióle á continuación de qué modo hizo aquélla conocimiento con don Francisco Giménez; la pasión profunda de éste y su insistencia por hacerse amar y conseguir su mano; la tenaz oposición de ella; la enfermedad que lo puso á él á las puertas de la muerte; la solicitud del americano, sus auxilios y prodigalidades, y por último, el inmenso favor que añadió á los muchos que ya les tenía hechos con el cuantioso regalo de la finca donde vivían. La unión, que reconocida por tantos beneficios, verificó al fin su hija, con aquél; y para concluir, le comunicó, con todos sus pormenores, el odioso engaño de que la joven había sido víctima, y la separación de ésta del

© Biblioteca Nacional de España

falso marido, así como tambien su retraimiento y su decidida resolución de no ver á Luis ni de que siquiera le hablasen de él.

Para Salazar fué como una explosión de dinamita, como un cañonazo inesperado, que lo dejó aturdido y estupefacto, la revelación del casamiento de Salud con las circunstancias agravantes que resultaban de tal enlace. El, que jamás la había olvidado, al quedar libre é independiente, pensó en reanudar otra vez sus antiguas relaciones de amor con ella, creyendo encontrarla aún soltera, y casarse enseguida, realizando de este modo aquel bello ideal que en época no lejana había constituído su sueño más hermoso de ventura y su más encantadora ilusión de felicidad. Pero el destino caprichoso y cruel hasta el exceso con los amantes, lo había dispuesto de distinta manera, y al hallarse él libre, cuando volaba en busca de la mujer querida, ávido de sus ternuras, la encontraba encadenada á otro de modo tan singular y extraño, que le hizo al pronto enmudecer, revelando en su semblante el intenso dolor que borbotaba de su alma, y no se atrevió á hacer la menor observación sobre el particular, ni menos á confiar á D. Pedro cuál había sido su intención al solicitar de nuevo su amistad, y expresar tan vivo deseo por saber de la que tanto amara.

El joven continuaba triste y silencioso des-

© Biblioteca Nacional de España

pues de lo que acababa de escuchar, sin saber qué decir, hasta que Gutiérrez comprendiendo el efecto que habían producido en el ánimo de aquèl sus noticias, volvió á proseguir su conversación.

—El golpe, amigo Salazar, ha sido rudo y doloroso para todos nosotros que no esperabamos tanta maldad del hombre que había dado pruebas de los más generosos sentimientos, y que tan apasionado, solícito y humilde se mostrara con mi hija, hasta el punto de no oponerse á su deseo de que la llevase á Cuba, donde debió haber tenido en cuenta lo fácil que era el descubrimiento de su iniquidad.

—¡Pero eso es infame! ¡eso es cínico y criminal! no merece otro nombre;—articuló por fin Luis presa de agitación nerviosa, y debió usted haberlo denunciado á los tribunales.

—Ese fué mi propósito, pero Salud se opuso vivamente á ello, porque teme mucho de ese hombre y no quiere tampoco que sufran las consecuencias del delito del mismo, los pobres seres que llevan su nombre y que todo su bien lo esperan de la bondad y las promesas de mi triste hija, por cuyas exhortaciones confian que el esposo y padre extraviado, vuelva al seno conyugal y á los brazos de sus tiernos hijos.

—¿Y Salud, en tanto?...

© Biblioteca Nacional de España

—Salud llorará su desgracia en el hogar paterno, con el santo consuelo de hallarse protegida por el entrañable amor de los que desinteresadamente la adoran.

—¡Pero yo, D. Pedro,—dijo por fin con sentimiento profundo,—yo que venía lleno de las más dulces ilusiones, ansioso de verla y de repetirle!... No concluyó el joven la frase; más una lágrima importuna que resbaló por su rostro, fué la más clara terminación.

El amante padre, adivinando facilmente lo que pasaba en el corazón de aquel, tendióle una mano y estrechando con cariñosa efusión la que Luis le abandonó con estremecimiento convulsivo, sintiendo angustiosa opresión en la garganta, cual si le ahogase la pena, díjole á su vez conmovido, como queriendo prestarle valor ó quizá alguna vaga esperanza consoladora de esas que acuden á los labios para aliviar momentáneamente la herida del que sufre, con una idea halagadora por más que de dificil realización.

—¡Quién sabe, amigo Salazar, lo que puede suceder! Por hoy siento mucho no ofrecer á usted mi casa como en otro tiempo, por las razones ya expuestas, y porque mi pobre hija no quiere ulcerar más hondamente las llagas de su herido corazón, viéndolo á usted, y menos aún faltar ni de pensa-

© Biblioteca Nacional de España

miento, á la rectitud de sus principios en las circunstancias especiales en que se encuentra; pero yo, que á pesar de todo lo pasado conservo hácia usted un verdadero afecto, le ofrezco verlo de vez en cuando, é incondicionalmente pongo á su disposición mi humilde cuanto sincera amistad.

—¡Gracias, señor de Gutiérrez; muchas gracias! pudo contestar al fin, con melancólico acento, el aludido.—Por mi parte, ¡triste consuelo! tendré también una complacencia en verlo y saber de su familia, siempre que usted lo tenga á bien. Cuando guste, por las noches á esta hora, me hallará de ordinario en este sitio. Me ofrezco á usted como médico y como amigo, y si algo de particular le ocurre en que yo pueda serle útil, sino aquí en mi casa, me encontrará siempre á su disposición.

Los dos interlocutores se despidieron estrechándose nuevamente las manos, y cada cual se dirigió hácia su morada, sumido el uno en los tristes pensamientos que le sugería su dolorosa decepción, y preocupado el otro con la entrevista que acababa de celebrar.



© Biblioteca Nacional de España

Capítulo veinticuatro

Sufrimientos

Desde que tuvo noticias de su antiguo amado á quien jamás había podido olvidar, porque su imagen permanecía grabada con caractéres indelebles en su corazón, Salud se hallaba poseída de una melancolía tan profunda, que constantemente se la veía triste y pensativa, y pasaba largas horas en su habitación, con la cabeza reclinada sobre el respaldo de la butaca en que solía sentarse, y muchas veces su madre la había sorprendido con los ojos enrojecidos por el llanto.

En vano trataba doña Angela de hacerla olvidar sus desdichas, y en vano también su doncella Rufina hacía por distraerla con sus zalamerías y su alegre charla; todo era infructuoso; la sonrisa no aparecía en sus labios sino por medio de un esfuerzo supremo, y su palidez se iba acentuando cada vez más

© Biblioteca Nacional de España

hasta el extremo de que sus ojos parecían agrandarse en medio del círculo amoratado que los rodeaba.

Había enflaquecido notablemente en poco tiempo, apenas comía y esto á ruegos de su madre, así que la debilidad física unida á la afección moral que padecía su alma, dieron el resultado que era de temer y que inútilmente habían querido evitar sus cuidadosos padres.

Un día la joven se sintió tan abatida y con tan pocas fuerzas, que no pudo dejar el lecho; tenía fiebre, pero una fiebre lenta y pertinaz que la consumía desde hacía algún tiempo. Su madre quiso avisar al médico, más la enferma se opuso diciendo:

—La ciencia de los hombres no me cura madre mía, ni ellos saben lo que tengo ni puedo explicarlo yo; ¿á qué agravar, quizá, mi estado con remedios inútiles? Dios tan solo con su divina misericordia, puede prestarme el bálsamo consolador; confiemos en El, madre querida.

Con tal resignación, la triste joven parecía doblegarse á su infortunio, y con una indiferencia tan grande por las cosas de la vida, que causaba dolor verla en la época más bella de la juventud, postrada de aquel modo y languideciendo como tierna sensitiva tocada por la mano abrasadora del hombre.

© Biblioteca Nacional de España

Sin duda, la pobre víctima del mundo, se resignaba á morir, no pudiendo soportar por más tiempo el peso fatigoso de sus penas.

Su estado, cada día más penoso, fué presentando síntomas tan alarmantes con el aumento de la fiebre y su negativa á tomar ninguna clase de alimento, que llegó á caer en una completa inanición y á no pronunciar sino palabras incoherentes y sin sentido, entre las cuales solía mezclar el nombre de Luis, calmándose entonces como por encanto la excitación de su delirio.

Ya no era posible continuar así; la enfermedad se agravaba y era preciso atajar el mal avisando sin demora á un médico.

Fué llamado el doctor Muriel, el mismo famoso médico que asistió y salvó de la muerte á D. Pedro; pero así como en aquella ocasión dió lisongeras esperanzas á la familia en lo más temible de la enfermedad, esta vez, apenas pulsó y observó á la pobre enferma, hizo un gesto de disgusto que estremeció á los amorosos padres quienes aguardaban con ansiedad el sabio dictamen del médico.

Con la mirada fija en el rostro como de cera transparente, de la joven, el doctor, después de haberla auscultado detenidamente, prosiguió observándola breves minutos en silencio, hasta que al fin dijo en voz baja á los de Gutiérrez.

© Biblioteca Nacional de España

—Mi auxilio llega quizá demasiado tarde; se ha descuidado mucho el mal y ha hecho ya tan rápidos progresos en esta sensible naturaleza, que creo difícil su curación; sin embargo, recurriré á los medios que me sugiera mi pobre inteligencia, más si en el término de veinte y cuatro horas no se opera una favorable transición, entonces preciso será consultar la opinión de otros compañeros.

El terrible ahogo, la inmensa pesadumbre que las breves palabras del doctor pronunciadas con su franqueza habitual, produjeron en el ánimo de los atribulados padres, fueron tan grandes, que de sus ojos brotó el sentimiento que los embargaba, y derramaron lágrimas de infinito dolor.

El médico no explicó qué clase de enfermedad padecía la joven; acaso no lo comprendía claramente á pesar de su experiencia; pero los de Gutiérrez que conocían el fundamento de ella, pues no á otra cosa que á los sufrimientos y penas de la desdichada lo achacaban, en la segunda visita del doctor, pusieron á éste en antecedentes de las desgracias de Salud, sin omitir en la sucinta relación que hicieron los anteriores amores de ésta con Luis de Salazar y la profunda impresión que experimentó al obtener, en muy reciente fecha noticias de éste.

El viejo Galeno puso muy singular aten-

© Biblioteca Nacional de España

ción en estos últimos detalles y moviendo la cabeza como en señal de asentimiento ó de que adivinaba ya la causa principal de lo que antes veía confuso y con tan extraños caracteres, pasó á la alcoba de la enferma y volvió á examinarla de nuevo, deteniéndose con mucho interés en su segunda observación; entonces adquirió, sin duda, la certeza del mal que debía combatir su ciencia.

El estado de la paciente no había tenido variación satisfactoria. La postración era completa, y la fiebre en mayor grado, la tenía sumida en un sopor desesperante para los que la rodeaban.

Aquella noche, en vista de que la gravedad lejos de ceder aumentaba, pidió el médico junta de facultativos, indicando á don Pedro que Salazar fuese uno de los que la compusiesen.

La práctica de los años y el estudio moral y físico que en su larga carrera había hecho el doctor Muriel, del corazón humano, le habían enseñado cosas tan particulares, que en ciertas ocasiones dando á la medicina lugar secundario, aceptaba ó proponía como remedio, recursos tan originales, que muchas veces produjeron fenómenos extraños en algunas naturalezas y le dieron felices resultados, valiéndole la fama que llegó á merecer su nombre.

© Biblioteca Nacional de España

El atribulado padre, fué por sí mismo á avisar á los médicos que debían componer la junta, y recordando que en aquella hora estaría Salazar en el café, hacia allí se dirigió con premura, encontrando como esperaba al joven quien tan abstraido se hallaba en tal momento con la lectura de un periódico local, que no lo vió hasta que el industrial cayendo jadeante en una silla junto á él le llamó la atención.

Sorprendido al mirarlo y notar la alteración y palidez de su rostro, púsose de pié el joven doctor, preguntándole con solícito interés.

—¿Qué es eso, D. Pedro, viene usted malo? ¿Qué le sucede á usted?

—¡Mucho; amigo mío, mucho! ¡mi hija de mi alma!...—dijo sin concluir la frase, porque las lágrimas nublando sus ojos, echaron un nudo en su garganta.

—¿Qué?—preguntó con viva ansiedad Luis.

—Está enferma de gravedad; ¡se muere!...

—¡Cómo! ¡Salud gravemente enferma, y yo no lo sabía!

—El doctor Muriel no halla medio de salvación, y ha pedido junta inmediatamente, expresando su deseo de que sea usted uno de los que asistan. Venga usted conmigo sin demora, ¡se lo suplica un pobre padre!

—¡Oh! sin súplicas, D. Pedro; vamos en-

© Biblioteca Nacional de España

seguida, no perdamos un instante; y, añadió el joven conmovido, si de mi vida dependiese su existencia la daría con gusto por salvarla.

—Gracias, amigo mío.

Y sin hablar una palabra más, enmudecidos por el dolor, y abstraidos en sus propios pensamientos, dirigiéronse ambos precipitadamente á casa de la enferma.



© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

Capítulo veinticinco

La enferma

En la junta de médicos, celebrada sin dilación, estuvieron todos de acuerdo sobre el punto capital de la dolencia que allí había que combatir. En el pecho de la joven existía el germen de una traidora enfermedad que amenazaba de muerte su existencia, siendo de temer aún más un próximo y fatal desenlace, por la complicación de la fiebre tifoidea que había sobrevenido y que acaso no podría resistir por el estado de debilidad en que se encontraba la paciente.

Por indicación del doctor Muriel, fué nombrado Luis de Salazar, médico de cabecera, deferencia que el joven aceptó profundamente reconocido. Escuchó con marcado interés las instrucciones de su anciano y sabio compañero á quien ya conocía por haberlo visto antes y oído algunas de sus notables conferencias en los centros científicos de la

© Biblioteca Nacional de España

capital; recabó del buen Esculapio la promesa de que siguiera visitando á su vez á la interesante enferma, y desde este momento Luis se constituyó junto al lecho de Salud, como médico y enfermero, solícito y cuidadoso.

No había vuelto á verla desde el día aquel en que poseído de pasión y forjando las más bellas ilusiones, se despidió de ella, para marchar á Madrid á terminar su carrera, con el afan de volver enseguida, deseoso de unir los destinos de ambos con la dulce é inquebrantable cadena del matrimonio. Pero las cosas sucedieron de muy distinto modo, contra la voluntad de los amantes que se vieron separados cruelmente por los rudos vaivenes de la suerte, viniendo después de tres años á encontrarse por rara coincidencia, en circunstancias bien tristes y dificiles.

Dolorosísima impresión sufrió Salazar al contemplar de nuevo aquel rostro querido, antes iluminado por el reflejo del amor y de la dicha que embargara el pecho de la cándida joven, y hoy demacrado y entristecido por las penalidad-s sufridas y por el padecimiento que minaba su naturaleza, aunque siempre bello y con el encanto de las bondadesinfinitas que atesoraba su alma.

Su palidez extrema, su inmovilidad y la espresión resignada de su semblante, hacían-

© Biblioteca Nacional de España

la semejarse á una santa efigie dolorida, y cualquiera al mirarla, se hubiera sentido hondamente conmovido por un sentimiento mezcla de piedad, de pesadumbre y de veneración.

En el corazón de Luis comenzó á librarse una lucha sorda, profunda, cruenta. Su amor inmenso, como incendio no extinguido, volvió á reproducir la llama en el rescoldo oculto, y sintió agitar con violencia todas sus fibras, produciéndole un pesar tan intenso, que no creyó posible resistirlo con serenidad.

Tras de tantas contrariedades y vicisitudes, hallábase al fin junto á su bien amada; ¡pero en qué circunstancias, cielo santo! cuando se juzgaba más cercano; cuando libre por misteriosa disposición divina, del yugo con que le sujetara la gratitud, corría en su busca, dispuesto ya sin trabas, á cumplir su promesa ofreciéndole una felicidad sin límites en cambio de aquel imponderable y tierno afecto con que había soñado, se encontraba á su vez separado por el abismo, que tambien el agradecimiento por parte de ella, y la indignidad de un hombre sin conciencia, habían abierto entre los dos. Pero una esperanza, una leve esperanza surgió un instante en la imaginación del enamorado.

—¡Si ella se salvara; pensó; si aun me

© Biblioteca Nacional de España

amase! ¿Qué me importaría á mí nada del mundo? Ella no es culpable, es solo víctima de una infamia, en la que su voluntad no puede haber tomado parte, y seguro de esto, sabiendo que es una pobre mártir, ¿por qué no olvidarlo todo, siendo tan digna de compasión y de cariño? Sí; yo olvidaría, yo la adoraría como antes, más que antes, porque esta pasión indestructible que arde en mis venas, se halla santificada por los sufrimientos, y me siento capaz de arrostrarlo todo y de sacrificar hasta la vida por ella. Además, le debo en justicia una reparación, quizá yo sin quererlo he sido la causa de su desdicha y quiero pedirle que me perdone, sí, que me perdone y que me ame... pero ¿qué digo?—exclamó para sí como reprochando sus propios pensamientos;—su virtud es inquebrantable, y en estos momentos solemnes en que la miro postrada bajo el peso del mal que batalla con su juvenil naturaleza; en estos momentos en que sin duda el angel de la muerte bate sus alas en torno de ella y su espíritu sonríe á la divinidad, disponiéndose á gozar en breve de las venturas del cielo, es hasta una impiedad, hasta un crimen, pensar como lo hago, dejándome llevar de este ardoroso y tenaz sentimiento que tan hondas raices echó en mi pecho. Ante Salud moribunda, aquí, en vez del amante, solo debe existir el médico. ¡Dios

© Biblioteca Nacional de España

mío! dadme valor y fuerzas para sobrellevar con entereza tan dura prueba. Iluminad mi humilde entendimiento y ayudadme con vuestro poderoso auxilio á contener los progresos del mal y á combatirlo y estirparlo, con discreción y con acierto.

Después de esta fervorosa invocación, el joven volvió á mirar con detención el indiferente semblante de la enferma; la pulsó para averiguar de nuevo los grados de aquella alta fiebre que la tenía completamente abatida, vertió entre sus labios una cucharada de un calmante que la joven tragó maquinalmente, y sentóse otra vez junto á la cama hundiendo la frente entre sus manos.

Así permaneció largo rato sin otro movimiento que el necesario para observar con frecuencia á la doliente y darle los medicamentos, y así continuó toda la noche en unión de doña Angela y D. Pedro que agradecían en el alma la estremada solicitud de Salazar, y derramaban silencioso llanto mientras desde lo hondo de su pecho rogaban á Dios por la salud de su querida hija.

La enfermedad había llegado ya á su periodo álgido, y Luis temblaba dudoso del giro que ésta tomaría al efectuarse la crisis que se esperaba tan deseada como temida.

A la mañana siguiente el doctor Muriel cumpliendo lo ofrecido, tornó á ver á la

© Biblioteca Nacional de España

enferma y ambos médicos, convinieron en que si bien el mal no había cedido nada, tampoco se había agravado, lo cual podía ser un favorable indicio, pero no lo bastante para abrigar aún lisongeras esperanzas.

Luis separóse algunas horas, bien á pesar suyo, del lado de su querida enferma, para asistir á la consulta de pobres que tenía en su casa, y dejó á doña Angela sus instrucciones para que la atendiese entretanto.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO VEINTISEIS

Crisis

Cuando por la tarde volvió Salazar á ver á Salud, un rayo de alegría se dibujó en su rostro al notar que habían disminuído considerablemente las pulsaciones, y la dulce esperanza comenzó á infundir suave y consoladora calma en su angustiado pecho.

La mejoría iniciada siguió aunque paulatinamente, en aumento, y la noche pasó sin alteración alguna casi tranquila.

Cuando los primeros reflejos de la aurora penetrando por los cristales del balcón iluminaron la estancia, con la vaguedad del crepúsculo matutino, reemplazando la alegre luz del día á la artificial, que ya triste y mortecina chirriaba en un mariposero de cristal blanco, un suspiro leve se escapó de los labios de la doliente, despertando del sueño soporífero en que había estado sumida tantas horas.

© Biblioteca Nacional de España

Abrió los ojos y fijando una mirada de extrañeza en los seres que la rodeaban, volvió á cerrarlos, apretando los párpados, cual si dudase de su vista y si pretendiese conservar grabada en su retina, una imagen muy querida.

Pasados algunos segundos, volvió á mirar ya con más detención, á las personas que estaban junto á su lecho, y no atreviéndose todavía á dar crédito á sus ojos, exclamó con apagado acento:

—¡Madre mía! ¡Padre del alma!—y más bajo ¡Luis!

Todos al oir su voz, como impulsados por un mismo resorte, pusiéronse de pié, aproximándose más, y doña Angela dándola un beso en la mejilla, le contestó enternecida:

—¡Sí, hija de mi vida! Aquí estamos junto à tí. ¿Qué quieres? ¿te sientes mejor?

—Una taza de caldo señora, y el tónico recetado que lo traigan enseguida;— dijo Luis emocionado, pulsando á la enferma, y dejando ver en su fisonomía la noble satisfacción que experimentaba su alma en aquel momento en que tan favorablemente parecía resuelto el problema.

Doña Angela y D. Pedro salieron á un tiempo de la habitación, á cumplimentar por sí mismos las órdenes del médico.

Pasada la gravedad, el peligro había desaparecido, y Salazar animado por esta idea,

© Biblioteca Nacional de España

estrechó con suavidad la mano de Salud, mirándola sonriente, y tras una ligera pausa, Luis, procurando dar á su voz una naturalidad que estaba muy lejos de sentir, la preguntó cariñoso:

—¿Qué te duele?

La joven por única respuesta y como asombrada de lo que veía y oía, contestó á su vez interrogando:

—¿Tú?... ¿Eres tú?

—Sí; yo soy... ¡tu médico!

—¡Ah! pero... ¿cómo estás aquí? preguntó con extrañeza á la vez que con dulce acento, la enferma.

—En breve lo sabrás; ahora permanece tranquila; no hables ni hagas ningún esfuerzo de imaginación, hasta que tomes algún alimento; estás muy débil y es preciso ante todo reanimarte.

Doña Angela entró con el caldo, y la joven levantándose un poco, no sin dificultad, ayudada por aquélla, tomó la taza y bebió pausadamente.

Algunos segundos después llegó D. Pedro con la medicina que media hora más tarde tomó también la obediente enferma, en una cucharada que le ofreció Salazar.

Cuando el anciano doctor fué como de costumbre á verla, no pudo menos de exclamar con tono humorístico al observar el cam-

© Biblioteca Nacional de España

bio notable y feliz que se había operado en la enfermedad.

—Bien, muy bien, esto ya es otra cosa. ¿Ven ustedes cómo acertamos al reclamar la asistencia facultativa de doctor Salazar? Nadie mejor que usted compañero, podía haber hecho este milagro.

—¡Oh, señor Muriel! á su inteligencia de usted lo debemos todo; yo no he hecho más que seguir sus inspiraciones.

—Es usted muy modesto, amigo mío, pero muy aventajado tambien en la dificil ciencia que ambos profesamos. Las noticias que yo tenía de su talento médico, he podido comprobarlas en la presente ocasión, y doy á usted por el favorable éxito de esta penosa prueba, mi más cumplido parabien.

—Gracias, doctor, me honra usted demasiado.

—Vamos, ya no hay cuidado;—prosiguió el viejo discípulo de Hipócrates, la pulsación se normaliza y los síntomas todos son de vida. El árbol joven destrozado por el huracán, vuelve á enderezarse y robustecerse fácilmente con el oportuno riego y los cuidados del interesado agricultor. No así el olmo caduco, estremecido por subterráneas convulsiones, que no puede sostenerse y cae al fin bajo su propia pesadumbre, confundido para siempre, en la brecha abierta por el terremoto. Animo Salud, hay muchas perso-

© Biblioteca Nacional de España

nas que la quieren á usted, y que desean verla completamente restablecida.

—Gracias; contestó la interpelada con dulzura, y desplegando sus labios con una sonrisa leve, miró á sus padres como queriendo á su vez reanimarlos.

Estos, profundamente emocionados todavía y con inequívocas huellas de sufrimiento en el rostro, no acertaban á decir una palabra.

Puesto ya por Salazar el plan curativo que debía seguirse, pues su respetable compañero no consintió mezclarse más en el asunto, por no robar, según decía, sus atribuciones al joven médico, ó por dejarle noblemente toda la gloria en la salvación de la hija de Gutiérrez, se retiraron ambos, dispuesto Luis á volver por la tarde como en los días anteriores, y previniendo antes á doña Angela que se hablase lo menos posible á la paciente.

Sin embargo, contestando á algunas preguntas de ésta, la tierna madre satisfizo su curiosidad y extrañeza en lo relativo á la presencia de su antiguo novio en la casa, poniendo de relieve, con espresión sinceramente agradecida y en breves palabras, sus desvelos, sus cuidados y hasta su abnegación desinteresada por ella, relación que hizo asomar tambien lágrimas de ardiente reconocimiento á los ojos de la enferma.

© Biblioteca Nacional de España

Calló doña Angela temerosa de haber cometido una imprudencia contando tales cosas á su impresionable hija en el estado delicado en que se hallaba, pero comprendiendo ésta el temor de su buena madre, la dijo después de cambiar un beso cariñoso con ella.

—Me ha hecho usted mucho bien, madre mía; lo que me ha dicho ha sido como un bálsamo precioso para mi alma, como un antídoto consolador para mis dolores. Luis es muy bueno; yo no lo dudé nunca, y será tan feliz como merece y como á Dios le pido.

—Sí, pero te has conmovido y fatigado un poco al hablar; procura dormir un rato con sosiego que aquí estoy yo á tu lado, para lo que se te ofrezca, y la pobre Rufina que se desvive por ayudarme y por servirte.

El ligero roce de unos lábios sobre su mano izquierda, por el lado contrario al en que estaba su madre, hizo volver la cabeza á la dolorida joven.

Por entre las cortinas blancas de su cama vió destacarse una sombra parecida á las que llenaron su cerebro en los delirios de la fiebre, pero esta vez la aparición causóle muy distinto efecto. En aquel rostro oscuro que veía tan cerca, en aquellos ojos brillantes y en aquellos lábios rojos que descubrían una dentadura de blancura sin igual, se retrataba una expresión tan dulce, mezcla de pe-

© Biblioteca Nacional de España

sar, de alegría y de amor, que Salud conmovida, reconociendo á su leal doncella, la miró agradecida, y con la mano que aquélla acababa de besar humilde, estrechó una de las suyas con cariño.

© Biblioteca Nacional de España

sar, de alegría y de amor, que Salud, conmovida, reconociendo á su leal doncella, la miró agradecida, y con la mano que aquélla acababa de besar humilde, estrechó una de las suyas con cariño.

© Biblioteca Nacional de España

Capítulo veintisiete

Explicaciones

Largo y reparador fué el sueño que logró conciliar la enferma tras tantas horas de lucha y de padecimiento entre la vida y la muerte.

Cuando abrió de nuevo los ojos encontró á su lado á Luis que la miraba con ternura.

Su madre sentada un poco más lejos, dormía profundamente rendida por el cansancio de tantas noches seguidas en vela, entre amarguras y dolorosas incertidumbres.

Oscurecía ya y la habitación alumbrada vagamente por la pálida luz del crepúsculo vespertino, inspiraba una melancolía infinita.

Salud, después de contemplarlo todo breves instantes, fijó sus hermosos ojos en una imagen divina que enfrente de ella había sobre una mesa, bajo un fanal de diáfana transparencia, y como si el recuerdo desa-

© Biblioteca Nacional de España

gradable de sus desdichas y de su actual situación viniese de pronto á su memoria, exclamó lanzando un suspiro entristecida.

—¡Dios mío!

—¿Qué tienes? ¿te sientes mal? ¿quieres algo? preguntóle con cariñoso interés su enfermero.

—No, gracias.

El silencio volvió á reinar entre ambos durante algunos minutos, hasta que aquél lo rompió otra vez, para preguntar con sentida voz á su querida enferma.

—¿Te molesta verme aquí?

—¡Ah! no, no; te lo agradezco en el alma, pero...

—Pero ¿qué?

—Pero... terminada tu obra de caridad, cuando mi estado no requiera ya tus cuidados científicos, tus solícitos favores... yo te ruego...

—Comprendo lo que vas á decirme;—se apresuró á contestar el joven con sentimiento, sin dejarla concluir—quieres que no vuelva á verte, que me aleje de tí, que me aparte para siempre de tu lado, sin tener en cuenta que tu alma como tu cuerpo enfermos, necesitan cuidados y consuelos, que nadie con más sinceridad ni con más desinterés que yo, sabría prodigarte.

—Lo sé, y te estoy vivamente reconocida; pero mi deber...

© Biblioteca Nacional de España

—¡Tu deber! tu deber no te prohibe aceptar la tierna solicitud de las personas que... anhelan tu bien; de los séres que darían hasta la existencia por tu vida.

—Gracias, te reconozco... Tu corazón generoso no ha cambiado;—replicó Salud temblorosa por la emoción que sentía al escuchar las tiernas frases del hombre siempre amado.

—Cierto; mis sentimientos no han variado; mis afecciones, mis ideales y mis deseos, son los mismos, aunque la fatalidad me alejara de tí, cuando más cercana creíamos nuestra dicha; aunque el infortunio me traiga ahora á tu lado en circunstancias tan difíciles que hacen de mi sueño un imposible. Quizá merezca este castigo por mi conducta contigo; acaso no debí aceptar el sacrificio que me impusieron sagradas obligaciones de familia. ¡Sobre mi conciencia pesa hoy toda la gravedad de tu desventura inmensa! y Salazar terminó estas palabras con voz ahogada por la desesperación.

Si las sombras de la noche no hubiesen estendido ya su negro velo dejando casi en tinieblas la habitación, hubiera podido ver Salud que los ojos de Luis estaban llenos de lágrimas que al resbalar abrasaban sus mejillas; y él á su vez hubiera visto en el pálido rostro de su amada la sensación profunda que la embargaba.

© Biblioteca Nacional de España

—He sufrido, es verdad, dijo ésta, y sufro horriblemente bajo la presión de mi mal aventurada suerte; pero tú no tienes la culpa, tú cumpliste debidamente con las personas que tenían santos derechos sobre tu corazón, y no tienes por qué reprocharte. Yo también creí satisfacer un deber de gratitud, imponiéndome un sacrificio que ha resultado de consecuencias bien fatales y dolorosas; sin duda Dios ha querido probar de este modo mi fortaleza de espíritu, pero yo, débil criatura, no he tenido valor ni aliento suficiente para resistir y sucumbo en la partida.

—¡Ah! no; Dios no quiere que sucumbas víctima del engaño de un miserable, y me ha traído hasta tí para prestarte el ánimo que te falta, para ayudarte con su favor á recobrar las fuerzas perdidas, para defenderte y que puedas gozar al fin, sin temores ni pesadumbres, de una existencia, si no del todo feliz, al menos, apacible y tranquila. Tu corazón puro y noble incapaz de odiar á nadie, se revela en tus frases bondadosas; lejos de quejarte de mí y de reconvenirme por lo mal que procedí contigo, bien á pesar mío, me disculpas y me perdonas; ¿verdad que me perdonas?

—Sí, sí; yo te perdono el mal que me hiciste; yo no te recrimino por lo que me sucede; y después de escucharte, después de

© Biblioteca Nacional de España

haber sabido que obraste impulsado por un poder superior, por una fuerza ineludible, apruebo tu conducta y la admiro.

—¡Alma cándida y hermosa, bendita seas!

—Los dos, prosiguió Salud con acento indefinible, hemos padecido por extraña coincidencia los rigores de una suerte semejante en sus principios, pero yo, más infeliz y menos resignada que tú, sin otra esperanza en el mundo que la de una existencia nebulosa, sembrada de punzantes espinas, y de incesantes amarguras, no puedo sobrellevar mi tormento y deseo morir...

—¡No, por el cielo! desecha tan tristes ideas, ten valor y confía en el Todopoderoso. ¿Acaso perdiste la fé, aquella fé santa y hermosa que te animaba en otro tiempo?

—No; ¡Dios mío, perdonadme! no sé lo que digo. ¡Soy tan desgraciada! y su voz quedó ahogada por los sollozos.

—!Salud! ¡Salud! de mi alma! deja que una vez siquiera vuelva á llamarte así, como te llamé en días más felices para nosotros, como te llamo siempre desde el fondo de mi pecho. Permite este pequeño desahogo á mi corazón que te idolatra, que no te olvidó jamás, y que tambien sufre de una manera horrible sin tu amor, sin tu amor que era mi encanto, mi alegría, mi sueño de gloria; todo lo que yo ambicionaba en el mundo. La fatalidad me separó de tí; tu desdicha añadió

© Biblioteca Nacional de España

un doble obstáculo entre los dos; pero una fuerza divina me atrae, un raro presentimiento me impele á permanecer á tu lado, á velar por tu existencia, á ser para tí tu protector, tu esclavo... lo que tú quieras...—y delirante llevó á sus ardientes lábios una mano de la joven que sin fuerzas le abandonó, embargada á su vez por aquel inmenso y profundo cariño arraigado en su pecho que estallaba de gozo y de dolor á un tiempo, al escuchar las ternezas del hombre tan querido por cuyo imposible amor había deseado morir antes que ser perjura.

¡Ah! ¿perjura ella? esta idea que acudió de repente á su memoria, la hizo retirar bruscamente la mano que el joven le estrechaba apasionado, exclamando con acento entrecortado por la emoción y por el tono de seriedad que intentó dar á sus palabras con un esfuerzo supremo.

—Luis, repara lo que dices... advierte que no me pertenezco... mi honor no me permite oir tus frases amorosas... no debo escucharte...

—¡Pero tú, engañada como lo has sido!...

—Yo pronuncié un juramento sagrado ante el altar.

—Y bien, ¿ese mismo engaño no te releva de tu fatal juramento? ¿Qué justicia habría que no anulase una unión tan ilegal como la tuya? ¿Qué fuerza moral, qué ley habría

© Biblioteca Nacional de España

tan tirana que te obligase á permanecer fiel al criminal que profanando el sacramento del matrimonio, abusó de tu credulidad y tu inocencia y se apoderó de tí por los medios más viles, como el ladrón que atropella por todo con tal de llegar al fin apetecido? ¡Oh, sí; no lo dudes; en tu caso, las leyes divinas y humanas te favorecen, devolviéndote la palabra empeñada ante el sacerdote y eximiéndote de toda responsabilidad, puesto que no es tuya la culpa; en cambio todo su rigor pesará sobre el marido delincuente, sobre el verdadero perjuro; aunque no sé por qué razón la justicia de los hombres es bien suave en tales causas, la pena no guarda relación con lo criminal del delito. ¡Ah, si en virtud de una ley severa como la que existió en Francia, se aplicase la pena capital al bígamo; si como se usó entre los romanos, fuese señalado para siempre el cuerpo del culpable con una marca infamante; ó si al menos, como en otro tiempo en nuestro propio país, se le hiciese sufrir la vergüenza pública en expiación de su delito!... ¡Pero el código penal en nuestro actual orden legislativo, ha suavizado el castigo para ese género de pecadores que sin miedo á la justicia humana y sin temer, incrédulos, la entidad de la cuenta que habrán de rendir luego ante el tribunal de Dios, cometen impíos, actos tan execrables!... Más no que-

© Biblioteca Nacional de España

dará esto así; el miserable no gozará impunemente de su obra; yo mismo, yo, prometo imponerle por mi propia mano su merecido...

—¡Calla! ¡calla por Dios!—interrumpió al fin Salud poseída de espanto ante aquella amenaza que el digno joven sería muy capaz de cumplir.—Solo al Juez Supremo le toca fallar en este punto. Yo cumpliré con lo que creo mi deber... No hablemos más de esto, te lo suplico... ¡Sufro tanto!

En este momento Rufina entró luz en la habitación, y doña Angela, despertando de su tranquilo sueño que no había interrumpido la interesante conversación sostenida á media voz entre el médico y su cliente, se aproximó al lecho, y al ver á la joven inquieta y con los ojos llorosos, la preguntó con ansiedad.

—¿Qué tienes, hija mía?

—Nada: es... que estoy un poco nerviosa.

—Sí, sí; observó entonces Luis pulsándola —está muy nerviosa, hay alguna alteración, pero esto no será nada; y por sí mismo le dió á beber una pequeña dosis de agua de azahar.

Poco después quedaron algunos minutos solos en la estancia la enferma y el doctor.

—Perdóname Salud;—se apresuró entonces á decir éste aprovechando los instantes. —Me he dejado llevar de mis sentimientos

© Biblioteca Nacional de España

haciéndote sufrir con la impremeditada espansión que he permitido á mi alma, sin precaver el estado delicado en que te encuentras; he sido un imprudente, un insensato... y te suplico me perdones.

La joven por única respuesta le tendió una mano, diciéndole aún conmovida por la lucha librada en su pecho, y con tono de dulce resignación.

—¡Seamos hermanos!

—¡Hermanos!... ¿Nada más que hermanos? Difícil me será si no imposible dominarme hasta ese extremo, convirtiendo el ardiente sentimiento que abrasa mis venas, en el tranquilo y puro cariño fraternal; pero si tú así lo quieres, si eso es lo que me ordenas, juro obedecerte, aunque sea rompiendo las fibras más tiernas de mi corazón, no hablándote más de mi desdichado amor, y pidiéndote solo en recompensa que me concedas el singular favor de venir á verte á fin de que yo pueda prodigarte mis cuidados y mis consuelos, como el hermano más solícito y cariñoso.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO VEINTIOCHO

Convalecencia

Pasaron muchos días.

La primavera en todo su explendor, llenaba con sus encantos la hermosa ciudad sevillana.

El sol era más brillante y explendoroso, más azul el cielo, más perfumado el ambiente, con las aromáticas exhalaciones de los naranjos y limoneros engalanados con su simbólico ornato nupcial, y más bullicioso si es posible, el ruido peculiar de aquel pueblo que canta y ríe á todas horas como si jamás sintiese penas, esparciendo raudales de alegría con sus voces los vendedores ambulantes, particularmente los de las flores, cuyos clásicos pregones son armoniosos cantares llenos de placidez y de poesía.

Todo respiraba una atmósfera de delicia embriagadora, y hasta la misma naturaleza parecía convidar en aquel suelo privilegia-

© Biblioteca Nacional de España

do, á los dulces halagos de la dicha y del amor, ya por sus floridos vergeles, por la ribera de su claro río, entre las plantas odoríferas ó junto á los caprichosos surtidores que vierten sus aguas adormecedoras sobre alabastrinas conchas en los preciosos patios de mármol; al pié de sus monumentos artísticos; bajo las arabescas arcadas de sus régios alcázares, y hasta en sus ricos templos cuyas extensas naves, magestuosas capillas, dorados altares y bellas imágenes deslumbrantes de joyas y de resplandor divino, infunden al corazón veneración profunda, amor inmenso, bien infinito; pero amor puro, sagrado, místico, bienestar santo, suave, consolador, el que se siente lejos de todo pensamiento profano, bajo las bóvedas grandiosas de aquellas admirables casas del Señor.

La estación primaveral predisponía los ánimos de los hijos de la placentera Hispalis, al goce de sus populares celebraciones y de sus magníficas fiestas religiosas.

Solo una pobre criatura parecía indiferente á tanta explendidez, á tanta hermosura y á tal derroche de tesoros divinales, en aquel gran concierto de cielo y tierra; solo un pecho parecía agobiado de amargura y solo un espíritu parecía entregarse con abatimiento á los transportes de una dolorosa desesperación.

© Biblioteca Nacional de España

Salud, la infeliz Salud, no veía más que su desventura.

Convaleciente aún de su larga y penosa enfermedad, hallábase una tarde sentada en una butaca junto al balcón, mirando á cada instante con visibles muestras de inquietud, unas veces á la calle como si esperase á alguien y otras veces al cielo, en actitud piadosa y meditabunda cual si implorase la santa misericordia y la gracia excelsa de la bendita Madre de Dios.

Su palidez era todavía estremada, pero en sus ojos negros había animación de vida y destellaban la brillantez de la imaginación que piensa, el ardor del alma que siente, la ternura del corazón que ama.

Cuantos esfuerzos hizo por arrancar de su pecho aquel tierno afecto que constituía su primero y único amor, fueron inútiles. Esta pasión constante y cada vez más poderosa con la vista frecuente del objeto amado, la asustaba. En su estado de casada aunque en circunstancias tan singulares, por las cuales podía conceptuarse libre, juzgaba un crimen alimentar su ardiente sentimiento, y muchas veces persistió en la idea de no dejarse ver por Luis, pero se mostraba éste tan resignado y prudente desde la noche en que le prometió no hablarle más de su amor y era además para ella un hermano tan bueno y generoso, que la jo-

© Biblioteca Nacional de España

ven temiendo ofenderle ó más bien por miedo quizá de que aquél acatase su deseo no volviendo más á su lado, desistía de su empeño y se abstenía de decirle ni una palabra, sobre el particular. Y después de todo, ella, ¿qué falta cometía á los ojos de Dios, pensaba para sí, aceptando el cariño puro y desinteresado de un amigo del alma que la colmaba respetuoso de cuidados y de atenciones?

De este modo solía disculparse á sí propia cuando la asaltaban escrúpulos de conciencia, y en tales instantes manifestábase confiada y espansiva con Salazar; pero en otras ocasiones y eran las más, el recuerdo de sus desdichas y del hombre causante de ellas, la sumía en una tristeza y en un silencio tan absoluto que angustiaba verla, y entonces rehusaba hablar con Luis, exponiendo fútiles pretestos para no recibirlo.

La memoria de su marido la mortificaba cruelmente, y horrorizábale pensar si aquel hombre atrevido y audaz con exceso, se apareciera otra vez ante ella, lo que pudiera suceder entre Luis y él, y lo que en la opinión pública perdería su acrisolada reputación.

Terribles pesadillas alteraban sus sueños y la hacían pasar momentos de espantosa amargura, viendo siempre al que llamó su esposo, como un mónstruo feroz que la arre-

© Biblioteca Nacional de España

taba del lado de sus padres para encerrarla con él en un aposento oscuro, donde la sujetaba despiadado á las pruebas más infames y á los más duros tormentos; otras veces lo veía armado de un puñal que lo clavaba en el pecho de Luis, mientras que de su garganta salía una carcajada ronca é infernal; y en otras ocasiones, era ella la sola víctima, conducida por mano del vengativo esposo hasta un espeso bosque donde multitud de negros danzando en torno de una hoguera y lanzando imponentes ahullidos, esperaban la señal de su amo para arrojarla entre el fuego.

De estas fatigosas pesadillas despertaba siempre en un estado tal de excitación, que se hacía precisa la asistencia del médico. Afortunadamente el ataque nervioso pasaba y la reflexión de que se hallaba segura bajo el amparo y la protección de las personas más queridas de su alma, volvía pronto el sosiego á su intranquilo espíritu.

Por su parte, el joven doctor, sufría tambien disimulando valerosamente sus sentimientos por no disgustarla; más de una vez estuvo á punto de desbordarse su corazón diciéndole que no podía vivir sin su amor, y dificilmente se contenía temeroso de tener que renunciar entonces á la dicha de contemplar de cerca el bello rostro de

© Biblioteca Nacional de España

la mujer querida, y de pasar todos los días aquellos gratos momentos á su lado.

La lucha empeñada entre los amantes, era cruel, insostenible, y no hubiera durado mucho tiempo si la providencia grande siempre y misteriosa en sus arcanos, no hubiese venido en auxilio de ellos.

Dijimos, que salud sentada junto al balcón, miraba hacia la calle como quien aguarda con impaciencia. Sin explicarse la causa, aquel día esperaba con más vivo anhelo la visita de Luis y su corazón palpitó de alegría cuando le vió aparecer por la acera de enfrente y atravesar hacia su casa.

No con poca extrañeza observó que el joven tardó en subir más que de costumbre.

Con efecto; al entrar éste por el establecimiento como todos los días, D. Pedro y D.ª Angela, que parecían esperarlo á su vez con ansiedad, le llamaron aparte, con aire misterioso, y le mostraron una carta que había llegado para Salud y otro sobre lacrado, más voluminoso, con igual dirección, los dos procedentes de la Habana.

Desconfiando los precavidos padres, de lo que aquellos pudieran encerrar, y sospechando que nada bueno contuviesen para su hija, no se atrevieron á entregárselos sin consultar antes á su buen amigo el joven y discreto doctor.

Pensativo y cabizbajo quedóse al pronto

© Biblioteca Nacional de España

Salazar, no acertando á resolver el asunto, pero comprendiendo al fin que era preciso salir de dudas averiguando lo que aquellas cartas significaban, tomólas decidido, manifestando que no había inconveniente en dárselas, puesto que Salud estaba ya buena, y que él mismo se encargaba de ello.

Guardóselas en el bolsillo de la levita, y con cierto aspecto de preocupación que no podía disimular, subió á ver á la joven.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO VEINTINUEVE

Noticias de sensación

Un ténue suspiro á la vez que una leve sonrisa de satisfacción, desplegó los lábios de la hija de D. Pedro, al entrar su tierno amigo; tendióle una mano afectuosa, que aquel estrechó con efusión, preguntándole al mismo tiempo por su salud, y despues de dirigirse mútuamente algunas frases vulgares, hubo una pausa entre los dos.

Salazar parecía meditar el modo de afrontar la cuestión, más Salud observando la distracción del joven le interrogó con interés.

—¿Tienes algún disgusto, hermano mío?

—No, no me ocurre nada, balbuceó;—pero estoy pensando que aún no me has dicho, después de referirme hace tantos días, la historia de la pobre Tula, si ella te escribió como tu le pedías en tú carta.

© Biblioteca Nacional de España

—No me ha escrito aún, contestó la joven extrañando la curiosidad de Luis.

Este sacó entonces la carta del bolsillo y dijo con aparente naturalidad.

—Puede que esta sea suya.

—¡Ah! quizá;—exclamó Salud tomándola con trémula mano y mirando el sobre.—No conozco su letra, pero debe ser suya, la que espero hace tiempo para saber... un estremecimiento convulsivo agitó su cuerpo y sus lábios palidecieron al evocar, aquella frase no concluída, tristes y dolorosos recuerdos.

—Si tanto ha de impresionarte la lectura de esa carta, deja que primero la lean tus padres para los que no guardas ningún secreto;—dijo en el instante mismo en que aquellos entraban en la sala.

—Tampoco los tengo para mi hermano... para mi médico;—se apresuró á contestar la joven; léela tú, te lo suplico; á mí me falta valor para ello, pero escucharé serena las noticias que me traiga esta carta por desagradables que sean.

Luis rompió con mano segura el sobre y miró la firma que decía: Tula Castro.

Era efectivamente la que Salud esperaba.

Luis de Salazar dió principio á la lectura de la larga misiva que se componía de varios pliegos escritos con letra menudita, y decía así:

"Mi querida amiga: á pesar mío he tarda-

© Biblioteca Nacional de España

do en contestar á su amable carta, con las noticias que deseaba usted, y que era mi deber comunicarle, pero sucesos inesperados y muy dolorosos, me lo han impedido antes.

Uno de mis hijos, el menor, que á usted pareció tan lindo y que acarició tanto la noche de triste memoria que pasó usted en mi humilde casa, enfermó cada vez más, y tuve la horrible angustia de verlo padecer muchos días, hasta que Dios, compadecido de su inocencia, lo coronó de gloria dándole su lugar merecido entre los ángeles del cielo. Sentí mi pecho desgarrado por el más cruel de los dolores, y en mi corazón quedó un vacío que voy llenando con lágrimas; ¡tantas son las que derramo!

En estos días de tristeza mi buen tío que no ha dejado de favorecernos como el padre más cuidadoso y que no piensa alejarse de aquí mientras necesitemos de él yo y mis hijos, trájome la noticia del arribo de Francisco á ésta, y ni aun fuerzas tuve en los primeros momentos, para participárselo á usted, más los nuevos y graves acontecimientos que no tardaron en sobrevenir, me obligaron á demorar hasta hoy mi respuesta.

Deseo, amiga mía, que viva usted ya tranquila en el seno de su familia, y que los pesares no alteren nunca más el sosiego de su alma tierna y bondadosa.

© Biblioteca Nacional de España

No sé cómo continuar ésta, pero es preciso contárselo á usted todo, y no vacilo.

Prepárese usted á saber lo más estupendo, lo más extraordinario, lo que menos podrá usted figurarse.

Cuando supe el regreso de Francisco después de haber ido en seguimiento de usted, y que volvía solo, respiré y dí gracias al cielo confiando que habría usted logrado evadirse de él y ponerse en seguridad á cubierto de su furor.

Una persona de la confianza de mi tío, fué á noticiar á aquél la muerte de su hijo, para ver si de este modo ablandaba su corazón, interesándolo por los otros y por mí; vano intento; pues si lo primero lo oyó con indiferencia, lo segundo lo exasperó en tales términos, que estuvo á punto de arrojar de su presencia al intercesor.

Al poco tiempo, una mañana, se propaló por la ciudad, hasta llegar á mis oidos el anuncio de un crimen misterioso que en las primeras horas no se había podido aclarar, pero sobre el cual corrían las más variadas y terroríficas versiones.

Sin saber por qué, tuve un presentimiento horrible, y estremecida, temiendo una catástrofe, me disponía á hacer por mí misma averiguaciones acerca de lo sucedido, cuando se presentó en mi casa un delegado de la autoridad mandándome seguirle de

© Biblioteca Nacional de España

orden del Juez. Sorprendida y sin darme cuenta de aquella arbitrariedad que se cometía conmigo, le seguí en silencio hasta el juzgado.

Allí supe entonces con horror lo que anhelaba saber.

¡Qué desgracia, Dios santo!

Para mayor desdicha mía, aún me faltaba aquel golpe tremendo, aquella prueba afrentosa que sufrir. Se sospechaba que yo hubiese tenido participación en el crimen de que tanto se hablaba... porque la víctima... ¡era mi marido!„

—¡Jesús! ¡Dios mío! gritó Salud con sorpresa, palideciendo mortalmente.

Hubo una pausa, durante la cual todos miráronse asombrados por tan inesperada noticia, sin atreverse á pronunciar ni una palabra.

Luis, con la carta sobre las rodillas, permaneció silencioso, hasta que la joven repuesta un tanto de su impresión, demostrando gran fortaleza de ánimo, mientras con una mano sobre el pecho intentaba contener los acelerados latidos de su corazón, le dijo con ansiedad.

—Continúa; ¡te lo ruego, hermano mío!

—El joven prosiguió leyendo:

“¿Puede darse cosa más estupenda? ¿vergüenza mayor? ¿dolor más grande para mi alma? ¡Pensar que yo pudiera haber sido

© Biblioteca Nacional de España

capaz de un acto tan feroz, de una venganza tan odiosa, contra el padre de mis hijos, porque no obraba dignamente con nosotros, era lo más absurdo, lo más injurioso é inconcebible para mí que á pesar de todo he respetado siempre y disculpado al hombre á quien la ley del matrimonio me mandó amar y obedecer!

Mi declaración, como era lógica, dada mi ignorancia en el asunto, no dió luz ninguna, pero debió parecer confusa ó sospechosa, porque á pesar de mis protestas de inocencia, de mis lágrimas y de mis súplicas por el desamparo en que quedaban mis hijos, fuí detenida y encerrada en una oscura prisión.

Sin embargo, como gracia especial, sin duda compadecido el Juez, me permitió participar á mi tío la noticia de mi encarcelamiento.

Tres días mortales, sin hambre ni sueño, bebiendo solo el amargo raudal de mis ojos, abatida más por el dolor de la víctima que por la vil calumnia que sobre mí pesaba, transcurrieron de este modo, sintiendo yo no haber podido evitar, ó al menos no haber estado al lado de aquel desventurado hombre para consolarlo en su desgracia. Al propio tiempo el recuerdo de mis hijos que llorarían mi extraña ausencia, me producía el más hondo tormento.

© Biblioteca Nacional de España

El cielo, sin duda, tuvo piedad de mí, pues al finalizar el último de aquellos tres días que me parecieron un siglo, fuí puesta en libertad, gracias á las activas diligencias practicadas por mi protector de siempre, mi noble y generoso tío, que logró esclarecer mi inculpabilidad en aquel hecho criminal, evitando así á los jueces cometer un grave error, sin que por esto adelantasen nada en el proceso cada día más complicado y dificultoso.

Entre las versiones que con más insistencia se divulgaron al principio, fué en primer lugar, la de que la mujer del interfecto, impulsada por los celos, había ofrecido una respetable suma, que daría después de viuda cuando estuviese en posesión de sus bienes, á unos bandoleros por que realizasen el crimen, lo cual justificó mi detención.

Otros decían que el robo había sido el motivo, fundándose en que fué hallada la víctima en el campo, despojada hasta de la ropa.

Y otros, los que al parecer se aproximaban más á la verdad, dijeron, que el hecho tuvo por causa una venganza personal; esto era lo cierto; ¡una venganza con circunstancias horribles, espantosas, como pude apreciar después, cuando conocí detalladamente

© Biblioteca Nacional de España

los pormenores de aquel triste acontecimiento!

Los adjuntos sueltos de un periódico local, explicarán á usted mejor que yo lo ocurrido.

Además, el suceso me ha producido tal impresión, pesar tan profundo, que mi pulso tiembla y me es imposible seguir escribiendo con serenidad.„

La carta de Tula, quedó nuevamente interrumpida al llegar á este punto, pues Salazar, temiendo que fuese demasiado fuerte la emoción de la convaleciente, al conocer con todos sus detalles la desgracia acaecida al hombre con quien había vivido, en la inteligencia de que era su esposo legal, digno de su agradecimiento y su cariño, hizo ademán de dejarla sobre una mesa inmediata, pero la joven, relativamente serena aunque pálida, y con los ojos humedecidos por las lágrimas, le suplicó otra vez que continuase porque anhelaba saber hasta el fin aquella terrible historia.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO TREINTA

Justicia divina

El primer trozo de periódico, decía lo siguiente:

"El horroroso crimen de que dimos ligera cuenta á nuestros lectores en el número de ayer, con las breves noticias que pudimos recoger sobre el terreno, está dando que hacer á la justicia por el misterio en que sigue envuelto.

Varias fueron como dijimos, las versiones que escuchamos al principio, entre las cuales corrió de boca en boca, fundada en ciertos rumores de cuya validez no nos atrevemos á hacernos eco, la de hallarse gravemente comprometida en el asunto una persona ligada á la víctima con sagrados vínculos de parentesco. Nada ha podido comprobarse todavía sobre esto, siendo aventurado cuanto se diga, por el impenetrable secreto que se guarda en el sumario, pero las

© Biblioteca Nacional de España

diligencias hechas por nuestra cuenta, nos permiten ampliar con más detalles, las noticias que dimos en los primeros momentos.

El delito no fué cometido como se supuso al pronto, en el sitio donde se encontró el cuerpo aun con vida, del desgraciado don Francisco Giménez, sino en la hermosa posesión de campo denominada "Recreo de la Salud,„ que dicho señor había comprado no hacía mucho tiempo, y en la que solía residir por temporadas, sin duda para descansar de sus frecuentes viajes y de la vida activa de los negocios, con los cuales había logrado reunir, según se dice, una cuantiosa fortuna.

El lugar del suceso ha podido confirmarse en las primeras pesquisas de la justicia, que al registrar dicha casa de recreo, cuya puerta encontró abierta, halló primero, en una pequeña habitación, á una negra sirviente del Sr. Giménez, fuertemente atada sobre su propia cama, de modo que no podía moverse ni gritar, y después á otros criados tambien negros é igualmente sujetos y amordazados, en la cuadra, sobre un monton de estiércol, el uno ahogado por la asfixia que le produjo el lienzo que le metieron en la boca, y el otro en lastimoso estado pero vivo, por haber logrado sacarse de la boca el pañuelo que como á su infeliz compañero le

© Biblioteca Nacional de España

habían puesto; mudo de terror éste, no se había atrevido à exhalar ni una queja por miedo de que lo asesinasen, más cuando se juzgó seguro entre las personas que lo desataron y lo socorrieron, dijo al Juez que hallándose aquella madrugada durmiendo, le despertó un quejido extraño lanzado por su compañero, viendo entonces con pavor, tres hombres enmascarados á quienes no le fué posible reconocer, que los imposibilitaron como dejamos dicho, amenazándolos además con la muerte si hacían el menor movimiento; y que inutilizados de este modo, no pudieron saber lo que harían con su amo que desde hacía pocos días se encontraba allí de vuelta de un viaje.

Los asesinos debieron penetrar por una ventana baja cuyos hierros y cristales estaban rotos, y salir luego por la puerta principal.

El desorden que había en los muebles de la alcoba y en la cama, y las manchas de sangre en ésta, así como el cuchillo enrojecido que se halló en el suelo fueron las únicas pruebas que se encontraron para el exclarecimiento de los hechos.

Es de suponer que hubo lucha por parte de D. Francisco, pero que no pudo resistir al número y la fuerza de sus enemigos, quienes se ensañaron ferozmente con él, apretándole la garganta para cortarle la

© Biblioteca Nacional de España

lengua, como hicieron, verificando además en su cuerpo otras mutilaciones horribles; y cuando ya lo creyeron muerto, lo condujeron, sin ocuparse en su precipitación de borrar todas las huellas delatoras del crimen, al centro de la inmediata arboleda, entre cuya espesura lo depositaron, pensando sin duda dejar de este modo envuelto en el misterio, su salvaje delito. Más la providencia es grande, y ya saben nuestros lectores cómo se descubrió el hecho, á la mañana siguiente, por un perro que con sus ahullidos atrajo hacia dicho lugar la atención de unos trabajadores que pasaban.

El desdichado Sr. Giménez que daba todavía señales de vida, fué llevado al hospital, pero su estado es tan grave que no es posible abrigar ninguna esperanza de salvación.

Aun no se ha podido confirmar si hubo robo.

Los asesinos no tardarán en caer en poder de la justicia„

El segundo recorte de periódico, sin duda de fecha posterior, después de dar nuevos y más detallados pormenores del crimen, terminaba del modo siguiente:

«Como era de suponer, á juzgar por las activas diligencias verificadas, han sido ya descubiertos y presos los feroces autores de semejante acto de salvajismo; son estos

© Biblioteca Nacional de España

un licenciado de presidio, su hermana, llamada Leocadia Burdín, sériamente complicada en el crimen, como instigadora, y dos cómplices más. También ha podido comprobarse que los miserables después de matar al dueño de la casa y de asegurar bien á los criados, robaron cuanto dinero y objetos de valor había en ella. Todos están convictos y confesos.

De esperar es que la justicia obre como es natural en estos casos, castigando severamente con todo el rigor de la ley á los bárbaros delincuentes.»

Terminada la lectura del impreso que tan terroríficos detalles daba, Luis de Salazar tristemente impresionado miró á Salud que muda, en actitud religiosa con la mirada fija en el cielo, movía los lábios como pidiendo á Dios clemencia para el desgraciado que había recibido tan cruel castigo de mano de los hombres. Cuando terminó su oración, pidió á Luis, con voz conmovida, que continuara hasta el fin la lectura de la carta, la cual prosiguía de este modo:

"Al saber yo cuando salí de la carcel que mi infeliz marido se hallaba en el hospital, aún vivo, corrí á verlo y á ofrecerle mis pobres servicios, en tan angustiosa ocasión, y entré en aquel asilo benéfico mediante un permiso que obtuve no sin dificultad.

No quiero mortificar á usted contándole

© Biblioteca Nacional de España

todos los pormenores de esta dolorosa entrevista, solo diré á usted que la impresión que me causó fué tan profunda, que jamás se borrará de mi memoria.

Mudo para siempre, lleno de vendajes, pálido como un muerto, y sin más movimiento que el de las manos para espresar su deseo, el desdichado Francisco inspiraba compasión, y lloré al verlo.

Abrió los ojos y pareció conocerme, porque estrechó suavemente la mano con que yo cogí una de las suyas, como dándome gracias por haber ido á verle en tan supremos instantes. Hizo seña de que quería escribir en una pizarra que había sobre la mesa junto á su cama, colocada allí para el objeto, y se la aproximé escribiendo entonces el pobre con mucho trabajo: "¿Me perdonas?„

Yo lo había perdonado ya con toda mi alma, y se lo repetí, vertiendo un raudal de lágrimas. Al punto volvió á escribir: «¡Gracias! mis hijos; un notario.»

¡Dios mío! se sentía morir y deseaba dejar dispuesta su última voluntad.

Salí para volver inmediatamente acompañada de mis hijos y de un notario, el primero que encontré.

El moribundo miró de una manera indefinible á aquellos queridos séres de mis entrañas, y fué poniendo sucesivamente una

© Biblioteca Nacional de España

mano sobre la cabeza de cada uno, conforme se iban acercando al lecho, como bendiciéndolos.

Enseguida hizo seña al curial, pidió la pizarra y puso en ella con más dificultad que antes, con letra casi ininteligible, cual si las débiles fuerzas que le restaban le abandonasen por momentos, lo siguiente:

"Mis hijos y mi mujer que están presentes, son mis herederos; pero es mi voluntad legar 25.000 pesos que serán remitidos en cuanto yo muera, á doña Salud Gutiérrez, residente en Sevilla, calle de San Pablo, número 32."

El notario se hizo cargo de este original testamento.

Un sacerdote ocupó entonces su lugar junto al agonizante, y algunas horas más tarde lo ví espirar tras de agudos y horripilantes sufrimientos.

La prensa cubana que se ocupó minuciosamente de todo lo relativo á este trágico suceso, dijo al notificar la muerte de la víctima, que el día antes, cuando pudo contestar escribiendo dificultosamente en una pizarra, al interrogatorio judicial, había estampado estas palabras, que justificaron de modo muy significativo las atroces sospechas que abrigaba ya contra aquel desventurado.

"¡Hay justicia divina!... Sucumbo bajo la

© Biblioteca Nacional de España

acción de una venganza. He sido muy criminal. ¡Yo también he matado!... ¡Dios es justo! ¡Perdón!„

No fué posible conseguir que declarase más, pero su arrepentimiento debió ser tan profundo y tan verdadero, como pude comprender y juzgar yo misma, cuando tuve libertad para acudir á su lado proporcionándole el triste consuelo de permanecer junto á él en sus últimos momentos, siendo éstos tan crueles y dolorosos que su alma debió ir purificada de sus terribles culpas, al tribunal del Supremo Juez.

Tres días hace que lloro su desastroso fin.

Recemos por aquel desgraciado para que Dios le haya acogido piadoso en el seno de su misericordia.

Su triste amiga,

TULA CASTRO.»

Religioso y sepulcral silencio reinó entre los circunstantes durante la pausa que siguió á la lectura de tan extensa y dolorosa carta. Salud y Luis profundamente impresionados y conmovidos, quedaron pensativos, y así hubieran continuado largo tiempo si doña Angela reparando en el otro sobre, no hubiera llamado la atención sobre él.

Interrogó el joven con los ojos á la interesada, como preguntándole si quería enterarse de su contenido, y á la señal afirmati-

© Biblioteca Nacional de España

va de ésta, lo abrió, viendo entonces que eran documentos procedentes del juzgado y de una notaría de la Habana, acompañados de una partida de defunción.

Por medio de aquellos papeles se comunicaba oficialmente á Salud, la disposición testamentaria de D. Francisco Giménez, y se le incluía además una orden para cobrar en el Banco los 25.000 pesos legados por el citado Sr. Giménez, ya difunto.

A los pocos días de lo que acabamos de referir, las campanas de la Magdalena, hermosa iglesia parroquial, doblaban con fúnebres y melancólicos tañidos, con motivo de unos solemnes funerales que se celebraban, costeados por la familia de Gutiérrez.

Lujoso catafalco se levantaba en la nave central del templo.

Salud de riguroso luto, y sus padres, sin acordarse ya del daño recibido, que en sus almas no cabían mezquinos sentimientos, rezaban con piadoso fervor por el alma de aquel á quien debían su improvisada riqueza.

También en lo más apartado de la iglesia y apenas visible, por las sombras que lo encubrían, Luis de Salazar, arrodillado, tomaba parte con sus oraciones en aquellos devotos sufragios.

© Biblioteca Nacional de España

va de esta, lo abrió, viendo entonces que eran documentos procedentes del juzgado y de una notaría de la Habana, acompañados de una partida de defunción.

Por medio de aquellos papeles, se comunicaba oficialmente á Sabré, la disposición testamentaria de D. Francisco Giménez, y se le incluía además una orden para cobrar en el Banco los 25.000 pesos legados por el citado Sr. Giménez, ya difunto.

A los pocos días de lo que acabamos de referir, las campanas de la Magdalena, hermosa iglesia parroquial, doblaban con fúnebres y melancólicos tañidos, con motivo de unos solemnes funerales que se celebraban, costeados por la familia de Gutierrez.

Lujoso catafalco se levantaba en la nave central del templo.

Sabré de riguroso luto, y sus padres, sin acordarse ya del daño recibido, que en sus almas no cabían mezquinos sentimientos, rezaban con piadoso fervor por el alma de aquel á quien debían su improvisada riqueza.

También en lo más apartado de la iglesia y apenas visible, por las sombras que lo encubrían, Luis de Salcedo, arrodillado, tomaba parte con sus oraciones en aquellos devotos sufragios.

© Biblioteca Nacional de España

Capítulo treinta y uno

Epílogo

En uno de los sitios más pintorescos de la campiña sevillana, por donde pasa con alegre murmullo el caudaloso Guadaira, derramando sus claras linfas por multitud de arroyos que riegan con su frescura aquellos plácidos lugares; sobre una pequeña eminencia bordeada de florecillas silvestres, se levanta una preciosa casa de dos pisos con una azotea ó galería descubierta, llena de pintadas macetas con olorosas flores, y en lo alto una torrecilla cerrada con cristales de colores á través de los cuales se descubre un panorama delicioso.

Hermoso jardín sembrado de vistosas plantas y de lindos arbustos que más tarde se convertirán en frondosos árboles frutales, rodea la casa á la cual se llega después de franqueada la verja de hierro de la entrada principal, por una calle de jóvenes naranjos

© Biblioteca Nacional de España

engalanados ahora, gracias á la próbida naturaleza, con el dorado y sabroso fruto nacido por arte maravilloso, de entre las delicadas hojas de los blancos y aromáticos azahares.

Asomada á una de las ventanas altas de la fachada principal, una hermosa joven, rubia como las mieses en el estío, de ojos grandes y oscuros como los misteriosos arcanos de la vida, miraba con significativas muestras de impaciencia, hacia lo largo del camino en dirección á la ciudad, unas veces, y otras, con espresión indecible de dicha, á un grupo formado por un caballero y una señora de no mucha edad aún, sentados en un banco rústico delante de la casa, y un rollizo niño como de un año, con rizos de oro y cara de rosa, que empezaba á dar los primeros pasos por el mundo, yendo con sus débiles piecesitos, tambaleándose y riendo con la alegría de los ángeles, de los brazos de la señora, á los de una joven mulata que se hallaba sentada en el primer peldaño de la escalinata de mármol que daba acceso al piso bajo, y volviendo otra vez la hermosa criatura á desandar lo andado, entretenía y encantaba con sus gracias á todas aquellas personas conocidas de nuestros lectores.

—¡Salud, baja;—dijo levantando la vista doña Angela, con el dulce acento que pres-

© Biblioteca Nacional de España

tan la dicha y la satisfacción,—verás que gracioso está el niño.

—Sí, sí; ya lo veo;—contestó aquélla con embeleso,—¡hijo de mi alma! En cuanto venga Luis, que ya no tardará, voy á comérmelo á besos. ¡Ah! gritó con alegría,—ya creo que viene por allí; voy enseguida.

Con efecto, sintióse el ruído de un coche que á poco paró delante de la verja.

Momentos después, Salud que había salido al encuentro de su esposo, volvía cariñosamente enlazada á su brazo, diciéndole con amor.

—¡Cuánto has tardado!

—Ciertamente, he tardado algo más que de costumbre, pero eso no debiera inquietarte, Salud mía, sabiendo que hay enfermos que necesitan de mi asistencia. También me entretuve un rato buscando unos libros de estudio, esos que lleva Antonio, dijo señalando á un criado que pasó junto á ellos cargado con una porción de volúmenes.

—Trabajas mucho, Luis mío, ¿qué falta te hace? ¿No tenemos bastante para nuestro hijo?

—Sí, por hoy, gracias á Dios, tenemos lo suficiente para atender al porvenir de nuestro Luisito; pero ¿sabes tu acaso entre cuantos hijos tendremos que repartir lo que la suerte nos ha dado?

—Es verdad, contestó ella con su natural

© Biblioteca Nacional de España

sencillez y sintiendo que el rubor enrojecía sus mejillas con el color de las amapolas.

—Además,—prosiguió aquél,—ser yo rico no es motivo para que deje de ejercer mi profesión; mientras que yo pueda ser útil á mis semejantes, mientras que valgan de algo mis conocimientos y mis auxilios científicos, estoy pronto á servir á la humanidad en todo lo que yo pueda. ¿No piensas tú como yo?

—¡Oh! sí; ¡qué bueno eres! No en vano te llaman ya por estos contornos, según me ha dicho Rufina, «el médico de la Providencia.»

Llegaron en esto los esposos al sitio donde estaban los demás, y el niño lanzando un grito de alegría al ver á su padre, dirigióse á él con vacilante paso levantando sus bracitos.

Luis entonces lo cogió con amoroso anhelo, estrechólo suavemente contra su pecho, le hizo muchas caricias y dándole un beso en los lábios, lo depositó en los brazos de la tierna madre que los miraba embebecida. Saludó después con filial afecto á sus padres políticos y dirigiéndose á Rufina, la dijo con bondadoso acento:

—Dí á Juana que vamos á comer.

—Pasados breves momentos, avisó la doncella que la comida estaba dispuesta, y todos se dirigieron alegremente al comedor.

Cuando acabaron de comer era ya esa ho-

© Biblioteca Nacional de España

ra crepuscular llena de aromas y de encantos, que en las tardes de verano convida á las inspiraciones poéticas y á los dulces transportes del corazón, bajo el límpido y ardiente cielo de Andalucía.

Dadas gracias al Altísimo devotamente por la familia y rezados algunos "Padre nuestros" por las almas de los difuntos, se encaminaron todos otra vez fuera de la casa con objeto de tomar el fresco; el niño en brazos de la negrita que se consideraba feliz con el cariño de este ángel y de sus buenos amos; D. Pedro y su mujer con la más santa ventura pintada en sus semblantes, apoyada la una en el otro, y el matrimonio joven dulcemente enlazados sus brazos por la cintura.

Estos últimos, separándose distraidamente de los demás, se internaron por el jardín.

—¡Qué dichosa soy, Luis mío!—dijo Salud con ternura.—Después de tantos sufrimientos y de las tristezas del luto que vestí durante un año, cuánta felicidad me ha concedido luego el cielo á tu lado.

—Esa es mi delicia, Salud de mi vida, esa es mi mayor gloria, saber que eres feliz conmigo como yo lo soy contigo, respondió aquél con apasionado acento.

Además,—continuó ella;—¡estos sitios tienen tantos atractivos para mi alma! Aquí

© Biblioteca Nacional de España

fué, casualmente por este mismo lado, donde nos conocimos; ¿te acuerdas?

Esto era un montecillo entonces. Un domingo vine aquí á merendar con mis padres. Yo, alegre como una niña, cansada de perseguir inútilmente á las mariposas que para mí tenían maravilloso encanto, me entretuve en hacer un ramo de flores silvestres; había reunido ya amarillos copetes, lirios morados y rojas amapolas, cuando casi al borde de un arroyo que ya no se vé desde aquí, divisé unas hermosas margaritas; quise agregar aquellas blancas flores á las otras, fuí á cogerlas, pero resbalé y caí, espinándome las manos. En tal ocasión pasabas tú con otros amigos y me auxiliaste sacándome de allí y acompañándome galantemente hasta donde se hallaban mis padres; ¿te acuerdas?

—¡Oh! jamás lo olvidaré; nunca se borrará de mi memoria aquel dichoso día en que te conocí, porque tu imagen bellísima quedó grabada en mi pecho, con caracteres indelebles. Así creo habértelo probado con mi acendrado cariño y comprando además estos terrenos, cuando pude aspirar, ya sin trabas, á la dicha de llamarte mi esposa, después de haber edificado aquí el nido de nuestro amor.

—Por eso me gusta vivir en esta casa más que en la de Sevilla, y paso aquí desde la

© Biblioteca Nacional de España

primavera hasta el otoño; y si no fuera porque tu presencia es necesaria allí, hasta el invierno lo pasaría más gustosa en este lugar tan agradable á mi corazón.

En efecto, desde que se casaron, al año de la imprevista y desastrosa muerte de don Francisco Giménez, vivieron casi todo el tiempo, cerca ya de dos años, en aquel precioso recreo que Salazar había hecho construir con todas las comodidades que reclamaban, según su claro juicio, el buen gusto y la higiene, mientras su amada cumplió el luto de la viudez. Los meses de frío eran los únicos que pasaban en la ciudad, en su casa de la calle de Trajano, donde el joven doctor tenía su gabinete de consultas.

Las hermanas de éste, que eran dos, se habían casado también con corta diferencia de tiempo, una con un comerciante rico de la localidad, y la otra con un médico que había sido compañero de estudios de su hermano, y vivían todos separadamente en la misma capital.

Los padres de Salud, á ruegos de ésta, traspasaron el establecimiento ya bastante acreditado, arrendaron la casa y se fueron á vivir felices como nunca, al lado de sus hijos, siendo para ellos el complemento de la dicha, la venida al mundo del precioso nietecito que los embelesaba con su hechicera gracia.

© Biblioteca Nacional de España

Los ancianos parientes, antiguos cordoneros de la calle de Francos, fallecieron en poco más de un año los dos, dejando los pocos intereses que les quedaban, bien repartidos entre varios sobrinos, y el establecimiento para Daniel, quien abandonando desde luego su humilde ocupación de camarero, se dedicó á continuar la industria de sus tíos, y se casó con la maestra encargada de los trabajos más delicados de la tienda.

De su paseo volvían los jóvenes esposos Salud y Luis dirigiéndose ternezas, cuando la primera recordando algo que había olvidado en aquellos momentos venturosos, dijo á su marido:

—Tengo que decirte una cosa y que dirigirte una súplica, Luis.

—¿Qué?

—¿No sabes que he recibido hoy carta de Tula?

—No me lo habías participado hasta ahora. ¿Y qué te dice?

—Ya sabes que desde que su buen tío se volvió á Washington al lado de sus hijos, tiene ella la idea de venirse á la Península para educar y dar carrera á sus hijos; pues bien, continúa en su propósito, y me escribe expresándome su deseo de fijar su residencia cerca de nosotros, no solo por el gusto de vernos con frecuencia, sino también porque careciendo en absoluto de otras

© Biblioteca Nacional de España

relaciones en este país, quisiera venir al amparo de personas que se interesen por ella; pero no se atreve á poner en práctica su plan sin que le aconsejemos antes lo que debe hacer. ¿Quieres que le escriba aprobando en un todo su proyecto y ofreciéndole tu incondicional protección?

—¿Y como nó, deseándolo tú, vida mía? Dile que no lo piense más y que se venga enseguida, en la confianza de que tendrá en nosotros una familia, unos hermanos cariñosos que velarán por ella y por el porvenir de sus hijos.

—¡Gracias! ¡siempre tan noble y generoso coadyuvando á mis deseos!

—¡Y tú, tan inteligente y bondadosa, anticipándote á los míos!

Un apasionado y tierno beso cambiado entre los esposos, fué el punto final de la conversación.

Salud tomó al niño en sus brazos y madre amante y cuidadosa fué á mecerlo en su regazo, junto al suave calor de su pecho, y al blando arrullo de su voz que entonó una melodía sin igual, una de esas armonías esencialmente meridionales con que las madres andaluzas duermen á los hijos de su amor, entre besos y suspiros.

Una hora después Salud en su gabinete escribía cariñosamente á su amiga Tula invitándola en nombre de su esposo á que se

© Biblioteca Nacional de España

viniese cuanto antes con sus hijos, segura de hallar cerca de ellos consideración y cariño, y espresándole al mismo tiempo su deseo de hacerla partícipe de su inmensa felicidad.

Luis entre tanto en su despacho, consultaba y tomaba notas de varios libros, no de medicina como cualquiera se hubiese figurado, sino de derecho civil. Estudiaba hacía tiempo y trabajaba con asiduidad sobre un asunto de mucha trascendencia y muy poco exclarecido todavía por los sabios legisladores.

Hombre observador, de profundos conocimientos á pesar de su juventud, y de talento despejado, se propuso en sus ratos de descanso hacer un gran servicio á la jurisprudencia, escribiendo una importante obra que debería tener gran resonancia en el mundo de la ciencia, titulada: «La Poligamia.» «Estudio científico-patológico-juridico y leyes que sobre este punto debieran regir en la sociedad actual.„



© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

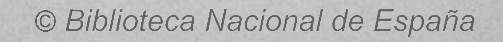
INDICE

CAPÍTULOS		PÁGINAS

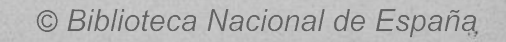
© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULOS		PÁGINAS
XXVI	Crisis.	209
XXVII	Esplicaciones.	217
XXVIII	Convalecencia.	227
XXIX	Noticias de sensación	235
XXX	Justicia divina	243
XXXI	Epílogo.	253

© Biblioteca Nacional de España


© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España


© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

Obras de la misma autora.

El Faro de la Virtud, (libro de texto para las escuelas).—Segunda edición.

Corona á Santa Teresa de Jesús, por una hija de Nazareth.

El Santo de la Aldea, (poema).

El Terremoto de Andalucía, (cuadro).

Album de Boda, (para regalo de novias).

Americanistas Ilustres, (apuntes biográficos).

El Diablo en el Púlpito, (cuento en verso).

Colón y América, (poema histórico).

BÍGAMO.—Esta novela se halla de venta, al precio de DOS PESETAS, en las principales librerías de Madrid y de provincias.

© Biblioteca Nacional de España